

JORDI SIERRA I FABRA

huellas y manchas

neo
plataforma

«Desgarradora, emotiva y apasionada.
Una doble historia de amor, tan real como la vida misma».

Eva Rubio, administradora de *Juvenil Romántica*

Huellas **y manchas**



Jordi Sierra i Fabra



Primera edición en esta colección: abril de 2012

Publicado anteriormente en catalán con el título *L'empremta del silenci*

© Jordi Sierra i Fabra, 2012

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2012

Plataforma Editorial

c/ Muntaner 231, 4-1B – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

info@plataformaeditorial.com

www.plataformaeditorial.com

Depósito Legal: B. 7.086-2013

ISBN Digital: 978-84-15750-95-6

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Contenido

Portadilla

Créditos

Primera parte: Huellas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Segunda parte: Manchas

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Tercera parte: Huellas y manchas

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Epílogo

Créditos y agradecimientos

Primera parte Huellas

UNO

A veces la oía gemir de noche.

Y llorar.

Cuando estaban juntas era incapaz de verter una sola lágrima o quejarse. Se tragaba el dolor como las pastillas. Crispaba las facciones al sentir los ramalazos de la tortura que la devoraba por dentro y congelaba una falsa sonrisa de determinación en su rostro. Y no era valor. Era rebeldía, tozudez, y protección. Seguía protegiéndola, que para algo era su madre.

Pero de noche...

De noche se derrumbaba, tocaba fondo, y aunque los gemidos apenas eran unos quedos lamentos con la boca abierta sobre las sábanas, para que ellas y el colchón los absorbieran, eran lo bastante fuertes como para que los escuchara desde su propia habitación, en aquel duermevela agónico que la tenía en una tensión constante.

Siempre alerta.

Hora tras hora.

Los gemidos, entonces, la atravesaban de lado a lado, le poblaban la cabeza de penas y resentimientos, de rabia y un dolor distinto al de su madre pero igual de fuerte en otro sentido, el de la impotencia.

La estaba viendo morir y no podía hacer nada.

Ni ella ni, ya, los médicos.

Aquella espera...

En ocasiones dejaba de respirar, temiendo lo peor, y no se tranquilizaba hasta escuchar el siguiente gemido. En ocasiones estos eran tantos y tan seguidos que la desarbolaban, la llevaban a una espiral de miedo y tensión de la que no sabía cómo salir. Si no se movía de su cama se sentía mal, pero si se levantaba y acudía a la de ella, era peor. Por un lado su madre se enfadaba. Por el otro se sentía culpable de haberla despertado y eso no hacía sino acrecentar su malestar. Lo que hacía en estos casos era asomarse a la puerta y atisbar en el interior.

Las escenas solían ser tan patéticas...

Su madre boca abajo, con las manos engarfiadas en las sábanas o la almohada. Su madre retorcida sobre sí misma, hecha un ovillo. Su madre raramente dormida más allá de una hora. Su madre con los ojos abiertos, mirando el techo, o la ventana, aferrándose a la vida y las sensaciones.

Las crisis se hacían cada vez más frecuentes.

Y el fin más próximo.

Los médicos habían dicho de tres a seis meses, excepcionalmente tal vez más, siete, ocho, nueve... y de eso hacía apenas uno y medio.

¿Cómo se gastaban las últimas semanas de amor hacia una madre?

–Cecilia...

Salió disparada. Tropezó con la pata de la mesa y se hizo daño, pero se lo calló. Intentando no cojear, con el dedo pequeño del pie izquierdo machacado, acudió a la habitación contigua con toda su experiencia por bandera, es decir, lo más rápido posible pero sin que se le notara.

Cuando metió la cabeza por el quicio de la puerta su voz fue igualmente serena.

–¿Sí, mamá?

–Puedes traerme un poco de agua. Se me ha terminado.

–Claro.

Fue a la cocina y regresó con un vaso lleno. Era inútil dejarle una jarra para que se lo llenara ella misma. Solía derramarlo y era peor, porque entonces se levantaba, fregaba el suelo o cambiaba las sábanas. Un suplicio. Se sentó en la cama para ayudarla a incorporarse si era necesario.

–Lo siento.

–Tranquila.

–¿Estabas estudiando?

–Sí.

–Pillarte todo este marrón en plenos exámenes...

–Si no lo saco ahora lo sacaré en septiembre.

–Ya.

Septiembre era una palabra muy, muy lejana.

La mujer se acodó en la cama y bebió un par de sorbos. No más. Luego le entregó el caso a su hija y ella lo dejó en la mesita atiborrada de medicinas. Una farmacia entera. Y sólo para mitigarle el dolor.

–Cuando puedas me traes un vaso de esos de cartón que dan en los cines, con tapa y una pajita atravesándola. Será lo mejor o no podré beber agua.

Estaba en todo.

–No es mala idea –admitió la chica.

–Ya.

Se derrumbó de nuevo de espaldas y cerró los ojos. Cecilia le pasó una mano por la frente. La descendió por la mejilla hasta convertirla en algo más que una caricia. Luego la arropó un poco.

–No tengo frío.

–Por si acaso.

Unos segundos de silencio. Unos segundos de inmovilidad. Una falsa paz que las acompañó hasta que su madre extendió su propia mano y le tocó el brazo.

–Anda, vete a estudiar –le pidió.

–No sé ni por qué lo hago –se encogió de hombros–. Esas palizas de los últimos días no sirven de casi nada.

–Tú has llevado bien el curso, tranquila.

No era del todo exacto, porque las últimas semanas habían sido muy duras, pero no quiso desencantarla.

–Es la inercia, ya sabes.

–Anda, ve –insistió la mujer.

–Vale –suspiró Cecilia.

Se levantó de la cama y la contempló un momento antes de retirarse. Lo peor era que seguramente la recordaría en ese estado tanto o más que en el que tenía cuando se encontraba bien. De la mujer hermosa, hermosísima, que siempre había sido, al fantasma irreconocible de la actualidad mediaba un abismo. La quimioterapia se le había llevado aquella increíble mata de pelo negro y espeso, y el cáncer la carne hasta dejarla convertida en un simple esqueleto recubierto de piel seca y apergaminada. El rostro, enteco, lo formaban una serie de ángulos, abiertos o cerrados, con los ojos llenos de sombras hundidos en los cuévanos, los dientes salidos, los pómulos marcados, la mandíbula recortada igual que un cuchillo y la nariz cabalgando sobre la expresión torturada. De toda aquella belleza quedaba tan sólo la interior.

Y en la derrota ni siquiera esa bastaba.

Cecilia regresó a su habitación y se sentó en la silla, frente a la mesa. El libro, abierto, le comunicó una sensación de vacío. No quería estudiar. Le daba igual aprobar el curso o no. Le quedaba septiembre, aunque para entonces tal vez ella ya hubiese muerto, y si no era así, estaría en las últimas, y entonces sí perdería incluso el año.

En el fondo también le daba igual.

Se sentía deprimida, sin que nada le importase más allá de...

¿De qué?

Iba a quedarse sola.

¿Cómo podía digerir eso?

Sola y ni siquiera era mayor de edad.

De pronto se dio cuenta de que el miedo que sentía era tanto por su madre como por sí misma. Un miedo atroz que le paralizaba la razón. Un miedo egoísta.

Natural pero egoísta.

Apretó los puños, hasta la extenuación, y cerró los ojos vencida, dominada por él.

Siempre habían estado juntas. Las dos. Unidas. Y más desde la muerte de Simón. Uña y carne a través de sus vidas y su historia, los cambios.

Aquel era el cambio definitivo.

No abrió los ojos. Bajó la cabeza hasta apoyarla en los dos brazos, formando una almohada bajo ella, y permaneció así un largo rato.

Tanto que ni siquiera fue consciente de que se quedaba dormida.

DOS

La salida del instituto en viernes solía ser mucho más agitada y caótica que la de cualquier otro día de la semana. El despertar de los instintos reprimidos de lunes a jueves. Eso y la primavera, ya avanzada hasta casi desembocar en el verano, que les alteraba algo más que la sangre. Si en un curso solían pasar muchas cosas, en los escasos tres meses de la primavera sucedían muchas más. Como por ejemplo que Adela y Roberto, que antes se odiaban, ahora estuviesen acaramelados y enamorados hasta la médula, o que Elena hubiese roto con su novio tras «abrir los ojos» a la realidad, según sus propias palabras, o que Raquel, destapada su anorexia, decidida a adelgazar aún más ante la liberación del cuerpo con menor presencia de ropa, se hallase internada en un hospital con serios problemas físicos y mentales.

Cecilia intentaba zafarse de todo eso, pero le resultaba difícil. Era su gente, compartían algo más que las clases, formaban un cuerpo común, llamado «estudiantes», y otro aún más intenso y especial llamado «adolescencia», aunque la mayoría, cerca ya de los diecisiete o recién cumplidos, creyeran que esa era una parte de su pasado superada.

Era de las pocas que sabía que no era así.

Se sentía peor que nunca, más confundida de lo que jamás hubiera creído estarlo.

Y toda aquella rabia...

Quería llegar a casa cuanto antes, porque dejar tantas horas sola a su madre le producía un sentimiento de culpa capaz de aplastarle el ánimo. Y al mismo tiempo necesitaba caminar despacio, sentir el amparo de sus amigas, recordar que el mundo seguía funcionando y que, pasara lo que pasara, seguiría haciéndolo. Esa dicotomía no la ayudaba en absoluto. Su interior corría pero su mente y sus piernas no lo hacían. Después de todo llevaba el móvil abierto todo el día, por si ella la necesitaba. Los profesores la habían autorizado.

La muerte de su madre era del dominio público. Ni siquiera sería un acto privado e íntimo.

—¡Ceci!

Las esperó. Elisa y Rocío eran sus amigas. Llevaban juntas desde el comienzo de los estudios y formaban un trío inseparable, aunque en aquellas semanas todo hubiese cambiado. Las dos chicas eran tan distintas entre sí como ella de ambas. Elisa tenía el cabello castaño y un cuerpo esbelto, Rocío el cabello del color de la paja y era un poco más redondita aunque sin llegar a nada exagerado. Ella tenía el cabello negro, como su madre antes de perderlo, y estaba en un punto equidistante de las dos. Por ello se sentía

normal, aunque todo el mundo la considerase guapa. Normal por vulgar.

Nunca le había prestado demasiada atención a su cuerpo ni a su físico.

Cuanto más desapercibida pasase, mejor.

–¡Qué rollo de última clase, por Dios! –protestó Elisa, siempre extrovertida.

–A mí es que se me cerraban los ojos –gimió Rocío.

–Pues mejor tener a la Loles calmada que no peleona –objetó ella.

–Esa no ha tirado la toalla, seguro –consideró Elisa–. Me apuesto lo que quieras a que prepara una de buena para el examen, para fastidiarnos.

Los malos augurios hicieron presa en las tres, pero ya no quisieron seguir hablando de la asignatura ni de la profesora, ni tampoco del instituto. La autopista de la libertad se extendía por delante suyo, con sus infinitas posibilidades. Al menos para dos de ellas.

–¿Qué tal todo? –preguntó Rocío la primera.

No había querido pronunciar la palabra «madre».

–Igual.

–Ya –hizo una mueca de impotencia.

–¿Saldrás algún rato este fin de semana? –fue directa Elisa.

–No lo sé.

–¡Tienes que salir y distraerte, tía! –protestó Rocío.

Cecilia pensó: «Tendré toda la vida para hacerlo cuando muera». Pero en su lugar dijo:

–Tampoco es que me apetezca demasiado.

–Eso vale, pero... –Elisa pareció quedarse sin argumentos.

Unos pasos más. Pocos.

–¿Quieres que vayamos a tu casa, a oír música, ver una peli, charlar...? –se ofreció Rocío.

–No está el panorama como para que podamos estar tranquilas, en serio –fue rápida en su objeción Cecilia–. De todas formas gracias.

–Vas a perder la vida.

–Caray, que es su madre –suspiró ahora Rocío ante el comentario de Elisa.

–No me atrevo a dejarla sola. Bastante rato paso en el instituto como para que encima también esté fuera el sábado y el domingo. Y no me apetece, en serio.

–¿Pero tu madre por qué no va a casa de sus padres?

–Mi abuelo tiene ochenta y cinco y mi abuela, ochenta y dos. ¿Qué quieres?

–Al menos la cuidarían.

–¿Y verla morir día a día?

Lo dijo con naturalidad, pero a Rocío se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No es justo que te caiga todo a ti encima –insistió Elisa con rabia.

–No me cae. Hago lo que puedo y ya está.

–No, que va –se lo rebatió su amiga.

–Tampoco falta mucho, ¿vale?

Era un comentario destinado a poner punto final a la conversación. La humedad en los ojos de Elisa se acentuó. Rocío bajó la cabeza y tragó saliva. Cecilia se detuvo en la acera, frente al semáforo en rojo, con la mirada dirigida al frente. El nudo de su garganta permanecía inmóvil. No se trataba de una cuestión de fortaleza, sino de integridad, de probarse pequeños detalles a sí misma. Elisa y Rocío jamás sabrían qué era aquello. Para suerte suya. Ellas incluso tenían padre.

Padre.

Rocío le pasó un brazo por encima de los hombros.

Elisa la agarró de la mano.

Mejor que mil palabras.

El semáforo cambió a verde y atravesaron la calzada. Al otro lado se encontraba el punto de separación. Una echaba a andar por la derecha, otra por la izquierda, y la tercera al frente. Muchas mañanas también coincidían en él si les sobraban uno o dos minutos. La hora límite para irse era faltando cinco minutos exactos para la entrada a clases, y entonces había que correr un poco por si las moscas. Si cerraban las puertas se la ganaban.

–¿Nos echarás una mano con el inglés? –le preguntó Elisa recordando el tema.

–Ya sabéis que sí.

–Menuda suerte tienes hablándolo tan bien como el castellano –hizo una mueca de fastidio Rocío.

–Pero si ya lo tengo bastante olvidado –objetó Cecilia–. Después de diez años aquí apenas si recuerdo nada.

–¡Ya me gustaría a mi recordar tan poco como tú! –se burló con amargura Elisa.

–¡Y a mí! –la secundó Rocío.

–Veo cómo está el patio y nos llamamos, ¿vale? –se llenó de resignación Cecilia.

–De acuerdo.

–¡Hasta luego!

Se despidieron y Cecilia mantuvo su caminar pausado, al menos hasta que estuvo fuera del alcance de sus dos amigas.

Luego echó a correr para llegar a casa cuanto antes.

TRES

El móvil emitió su cantinela de aviso justo cuando iba a entrar en el portal de su casa. Frenó en seco, antes de cruzar la puerta del vestíbulo, y con gesto nervioso lo extrajo del bolsillito de su mochila. Su nerviosa mirada se hundió en la pantallita frontal, para comprobar el número del que la telefoneaba. Se sintió mitad aliviada mitad contenta al comprobar, primero, que no era su madre por una urgencia, y segundo que quien la llamaba era Juancho.

A veces se olvidaba de él.

O mejor decir que en quien menos quería pensar era en él, como si ser feliz en aquellas circunstancias la hiciera sentirse culpable.

No entró en el edificio. Prefirió alejarse unos pasos mientras abría la línea. Por un lado, no deseaba hablar en la escalera, con los vecinos siempre atentos a lo que fuera. Y por el otro tampoco quería llegar a su piso, como si tal cosa, hablando con él.

Se apoyó en la pared, lejos de miradas indiscretas y oídos ajenos, y cerró momentáneamente los ojos.

–Hola, Juancho –habló con voz muy queda.

–Hola –la envolvió la calidez de aquel tono tan suave.

–¿Estás ya en casa?

–No, en la puerta.

–He calculado bien –se jactó el chico–. Entre que dejas a Rocío y Elisa y llegas a casa sólo quedan tres minutos.

–Cerebritito.

–¿Qué tal?

–Una noche más –comprendió a qué se refería.

–¿Has dormido?

–Sí –mintió.

–Se te van a caer los ojos.

–Mientras no se me caiga la vergüenza.

–¿Por qué lo dices?

–Nada, era una frase tonta. Un vecino mío solía decirlo. ¿Dónde estás?

–¿Dónde quieres que esté? –le mostró su asombro por la pregunta–. En el hospital.

–Persona, a veces me confundo y nunca sé...

–Tranquila. Tengo apenas un minuto –la detuvo–. ¿Te veré después, aunque sólo sea un ratito?

–No lo sé, depende del panorama –fue sincera.

–Es que si no te veo hoy... me da algo.

–Ya será menos.

–Vamos, Cecilia, que tengo guardia este fin de semana –más que informarla de la situación, lo que percibió por la línea fue su súplica.

Ella también tenía ganas de verle, de acurrucarse un poco en sus brazos, escuchar su voz junto al oído, sentir la suavidad de sus manos acariciándole el pelo, las mejillas, los dedos.

Los labios.

Aquella corta caricia tan especial.

–Te llamaré en cuanto sepa cómo están las cosas.

–¿Y cuándo será eso?

–Una hora, más o menos.

–Si no tengo el móvil abierto déjame el mensaje, no hagas como otras veces.

–Ya sabes que aborrezco hablarle a esos aparatos.

–Mira que eres...

–Rara, sí.

–No, sólo exótica –se burló Juancho.

–Yo no digo lo que eres tú porque soy una chica bien educada.

–¿Qué soy yo? –tronó su voz ahogada.

Cecilia se rió un poco, por primera vez en muchas horas.

–Nada, tonto. He de irme.

–Cinco minutos, sólo verte, para que no te me despistes de la memoria.

–Pues sí que la tienes floja tú.

–La memoria sí –se lo dijo con intención.

–Va, Juancho, no seas malo –se sintió agotada–. Entre ellas y tú... –mencionó refiriéndose a sus amigas.

–Los fines de semana de guardia me deprimen –suspiró él.

Ella llevaba deprimida meses.

–Te llamo luego.

–Un beso.

–Ya.

–O dos.

–¡Corta, pesado!

–Corta tú.

Lo hizo. Pulsó el botoncito de cierre y se guardó el móvil. Regresó a la puerta del vestíbulo y la empujó con el hombro. Era una puerta antigua, pesada, como correspondía

a una casa añeja con cien años de historia. A veces se preguntaba por toda la gente que había vivido allí, piso a piso. Cuantos sueños, ilusiones, pasiones, niños nacidos y ancianos muertos, parejas amándose y parejas peleándose, alegrías y tragedias. Pero nadie llevaba un registro de las casas viejas ni de sus historias. Los muros no hablaban.

¿Y por qué ella siempre pensaba en ese tipo de cosas?

¿Era normal?

Acabaría como Emilio.

Loca.

–Emilio no está loco –le defendió de sus propios pensamientos.

El ascensor estaba en las alturas, y su descenso, tanto como su ascenso, era muy lento, a cámara lenta. Todavía funcionaba como la época en la que lo habían instalado, despacio. Un tiempo remoto y lejano. Lo esperó y maldijo su mala suerte cuando a su lado se detuvo la vecina del piso inferior al suyo, la señora Amalia, recién llegada de la calle como ella. De todas las mujeres de la escalera era la peor, la más pesada e insufrible.

–¡Ay, hola, cariño! –le mostró toda su agitación–. ¡Fíjate la hora que es y aún no he empezado a hacer la comida! ¡Hay días que...! ¡Llegará mi Gonzalo y lo encontrará todo por hacer!

–Bueno, pues que se lo haga él –se sintió peleona.

–¿Gonzalo? –la cara fue de absurdo total–. ¡Bueno es!

–Sería hora de que aprendiera.

–¡Cómo sois las jóvenes de hoy! –se echó a reír–. ¡Qué carácter! ¡Pero ya verás, ya, cuando te cases!

–¿Y yo para qué quiero casarme? –siguió combativa.

Eso la hizo parpadear.

–Sí, claro, hoy en día... –se dio cuenta de que pisaba terreno resbaladizo y fue directa a lo que le interesaba, el tema de conversación de toda la escalera–. ¿Qué tal tu madre?

Cecilia lo esperaba.

–Bien.

–Pero... ¿bien, bien o...?

–Aguanta –tampoco era cuestión de decirle que estaba como una rosa, porque entonces era capaz de subir a visitarla.

–Si es que estas cosas... –puso cara de sufrimiento contenido–. Mi tía Asun estuvo cinco años, y su cuñado, el marido de mi hermana mayor, la Paca, casi diez. En cambio una señora de aquí al lado, en el veintinueve, en menos de un año...

El ascensor se detuvo en el vestíbulo. Quedaba la subida. Estuvo a punto de hacerlo a pie o fingir que se había dejado algo en la calle.

No tenía sentido, así que las dos ocuparon el camarín.

–La vida tiene estas cosas –hablaba ahora más para sí misma que para ella su vecina–. Es injusta, y no se puede hacer nada. Dios te lo da y Dios te lo quita.

Cecilia se sintió furiosa.

–Dios no da ni quita nada.

–¡No digas esas cosas! –se escandalizó la mujer.

–Mi madre tiene cáncer y se muere –se lo dijo con toda naturalidad–. Y mañana veinte personas según las estadísticas de cada fin de semana se matarán en la carretera, unas por culpa suya y otras por culpa de otros. Así que no me hable de Dios, ni de dar o quitar.

Estuvo a punto de decirle que había gente inmerecidamente viva, y gente inmerecidamente muerta, pero se abstuvo.

–Mi hermana Federica, la segunda...

Dejó de escucharla. Miró el lento ascenso del camarín y bloqueó su mente. La señora Amalia era una infeliz, sin nada que hacer. Una mujer sin cultura, sin estudios, sin esperanza, casada para toda la vida con un talibán de los de siempre. Lo único que tenía era el lento paso de los días, sus chafarderías, ver pasar la vida. Si Dios daba, a ella le había dado muy poco.

Llegaron al rellano de la señora Amalia y el aparato se detuvo. La mujer abrió las puertas y Cecilia recuperó la sintonía de onda.

–Bueno, saluda a tu madre de mi parte, ¿eh? Y dile que se mejore, y que a ver si la vemos por la escalera, que le conviene distraerse.

–Gracias –cerró las puertas lo más rápido que pudo.

Se apoyó en la pared del ascensor y aguardó a que este se detuviera de nuevo, ya en su piso. Cuando bajó de él extrajo las llaves de la casa. Introdujo la de la cerradura de la puerta en silencio, por si su madre dormía, y franqueó la entrada sin hacer ruido.

Primero fue a su habitación, dejó la mochila.

Después al baño, porque se estaba orinando.

No se oía nada.

Finalmente se limpió, volvió a arreglarse y salió del baño, caminando casi de puntillas, para asomarse a la puerta de la habitación de su madre.

No tuvo que buscarla en la cama.

La mujer estaba en el suelo, casi frente a la puerta, boca arriba y en una ridícula postura, resultado de un desmayo o una caída al límite de sus fuerzas mientras intentaba llegar a la cama o salir de la habitación para ir al baño.

–¡Mamá! –grito Cecilia echándose sobre ella para comprobar su estado.

CUATRO

En la sala de espera del hospital el silencio lo rompían los suspiros, algunas lágrimas y las entradas y salidas de los que no podían estar sentados y se movían como perros enjaulados a la espera de noticias. La presencia de algún médico envaraba las espaldas. Cualquier llamada hacía que la persona aludida saliera disparada del lugar, mientras que el resto se resignaba a seguir aguardando sin dejar de mirar el reloj de tanto en tanto, en períodos cada vez más breves, como si quisieran estar seguros de que las manecillas avanzaban.

Cecilia los contempló a todos.

No muy distintos de las otras veces.

Ya era una experta, una veterana del hospital.

Apoyó la espalda en la pared y continuó de pie. Cerró los ojos. La visión del dolor ajeno le producía una especie de resentido pudor. Allí eran desconocidos que compartían un espacio común en un limbo irreal. Al otro lado de la puerta de la sala, médicos y enfermeras caminaban y se movían a cámara lenta. Al otro lado de la ventana, por contra, la vida seguía, y por las calles las personas sí se movían en tiempo real, es decir, aceleradas. Nadie miraba aquellas paredes. Nadie le prestaba atención al dolor ajeno.

Ya les tocaría a ellos, un día u otro.

–Cecilia...

Reaccionó al escuchar su nombre y al reconocer la voz que le hablaba, casi en un susurro, a su lado. Al abrir los ojos su visión se llenó de la imagen de Juancho, y por el simple hecho de tener a alguien amigo allí dentro, se sintió vencida y al mismo tiempo aliviada. Lo abrazó con una especial intensidad que iba más allá de cualquier medida.

–Hola –suspiró.

Juancho la apretó levemente contra sí. Ella notó como él aspiraba el aroma de su cuerpo, cómo se estremecía, y cómo su nariz se hundía en su mata de pelo negro hasta casi fundirse en su infinito. Fue algo más que una descarga de sentimientos. Fue una entrega.

Juancho era lo único bueno que había salido de todo aquello.

Y todavía no estaba segura de poder emplear la palabra amor.

Simplemente se dejaba llevar.

–¿Cómo estás? –susurró junto a su oído.

–Nunca me acabaré de acostumbrar –fue sincera–. Cada vez que sucede, o cada noche, al oírla gemir... Quiero despertar de esa pesadilla, y el hecho de que sea real... –su voz se

trocó en un agónico quejido—. No quiero verla morir así...

El abrazo se hizo más fuerte.

—No estás sola —le dijo él.

Pero sí, sí lo estaba. No quiso decírselo para no herirle, porque para Juancho la palabra amor sí existía, y cobraba forma día a día. La que tomaba todas las precauciones era ella. La que ponía frenos y barreras era ella. La que estaba resentida era ella.

A veces aún sentía a Emilio dentro de sí misma.

—¿Sabes algo? —le preguntó cortando el contacto.

—No, lo siento.

Juancho no era médico, ni enfermero, ni estudiaba medicina. Juancho trabajaba en el hospital, nada más. Había sido lo único bueno de hacer tantas visitas, de mantener tantas esperas, de llevar a cabo tantas urgencias. Se portó bien con ella, le agilizó muchas cosas, se encontraron un par de veces en el bar del centro hospitalario, hablaron, y la tarde que le pidió una cita... le dijo que sí. Elisa y Rocío eran otro mundo. Quizás necesitase aquello, una aventura, un amor, un novio, un rollete, lo que fuera.

Pero Juancho se estaba colando en serio.

Y era perfecto. Lo reconocía. Perfecto. Cariñoso, atractivo, simpático, centrado...

Pronto haría tres meses.

—Escucha —dijo él rompiendo aquella larga pausa cargada de sentimientos—, yo no entiendo mucho de esas cosas, pero por lo que oigo, lo que dicen cuando pregunto... Creo que deberías hospitalizarla.

—No quiere, Juancho —movió la cabeza de lado a lado.

—Estaría mejor, más atendida.

—Quiere morir en casa, y yo la entiendo.

—Pero te lo estás cargando todo tú, y no eres de hierro. Nadie lo es con una cosa así.

—Ahora llega el verano, no tendré que estudiar.

—No se trata de eso y lo sabes. ¿Por qué eres tan terca?

—Marca de fábrica.

—¿Y por qué eres tan individualista? ¿También eso es marca de fábrica?

—No lo sé —admitió—. Ya sabes que hay una mitad de mí que es desconocida.

—¿Has llamado a tus abuelos?

—No.

—¡Tienen derecho a saberlo! ¡Es su hija!

—Están muy mayores. ¿Para qué hacerles sufrir? Cuando llegue la hora les avisaré. Ya saben que tiene cáncer, lo que no saben es que está en fase terminal.

—Cecilia...

—¡No sólo soy yo! —gritó con contención dado el lugar en que se encontraban—. ¡Mi

madre tampoco quiere!

–Tal para cual.

–Tú no sabes nada de su vida, así que no puedes entenderla.

–¡Cuéntamelo!

Sostuvo su mirada inquisitiva, inmóvil, sin ceder, sin dar ninguna muestra de debilidad. Era débil frente a la muerte, pero no frente a la vida. Todavía se estaba preguntando si abrir o no la puerta ante la llamada de Juancho, si quería dejarle pasar, si lo necesitaba.

«Todo el mundo necesita amor», recordó la canción.

–Ven –Juancho tiró de ella.

Lo siguió, sumisa, hasta salir de la sala de espera del hospital. En el pasillo nadie parecía mirar a nadie. Era ancho, espacioso, blanco y aséptico. No caminaron mucho. Juancho la empujó de forma suave contra la pared más próxima y allí la abrazó de nuevo, con mayor intensidad y fuerza. Un atisbo de pasión que nacía y moría allí mismo, en cada gesto, en cada respiración. Ella correspondió al abrazo aunque sin excesiva intensidad. Se dejó querer. Sintió de nuevo la mano del chico en su nuca, la respiración junto a su oído, y el roce de los labios contra la piel de su cuello. Una escena más propia de una discoteca, o un parque, o de la esquina de una calle antes del adiós. Y no le importó. En un lugar en el que se luchaba por la vida contra la muerte, el amor era la mejor de las medicinas, aunque se tratase de un amor que, de momento, sólo fluía en una dirección.

Por más que lo intentaba.

–Déjame compartir esto contigo –le susurró Juancho.

Quiso decirle que se compartía la vida, no la muerte, pero no pudo. El peso de la derrota se le instaló en el alma, en el corazón, en la mente. Estaba sola. Creía haberse habituado a esa palabra pero, de pronto, descubría que no era así: estaba sola.

Y cuando su madre muriese, lo estaría todavía más.

Si no se protegía, si no cerraba todas las válvulas y hacía de sí misma un compartimento estanco, se ahogaría.

Apretó las mandíbulas.

Por ello cuando Juancho buscó sus labios los encontró cerrados.

Cecilia apartó la cara.

Luego se echó a llorar, vencida por el último golpe de mar de su tormenta interior.

CINCO

El doctor Juan Padilla era un hombre mayor, un veterano. Cabello abundante aunque ya enteramente blanco, bigote frondoso, aspecto solemne, digno, alto y de buena planta, voz afable... Tenía el tacto y la sapiencia de la edad, de las personas que entienden del dolor ajeno, quizás porque han visto y han conocido muchos o quizás porque también se les acerca su hora, y al mismo tiempo mostraba un lado jovial, inundado de una esperanza que siempre había sabido transmitir incluso en aquellos días tan decisivos y, a la postre, deprimentes.

A Cecilia le gustaban sus manos, cuidadas.

–La hemos estabilizado –fue lo primero que le dijo–, pero ya, a estas alturas...

Lo escuchaba como si lo que le decía no fuera con ella. De nuevo la distancia, la barrera. Su madre se hacía real por las noches, o ayudándola, limpiándola cuando no podía hacerlo por sí misma, dándole de comer, conversando en la intimidad de su casa, pero cuando le hablaban de su estado... algo en su mente se negaba a asimilarlo, creaba aquella frontera.

–Nos dijo que en dos, tres años... Y apenas ha pasado uno –fue lo único que acertó a decir.

–Dejó la quimio –la advirtió el médico.

–Aún así...

Primero había sidos dos o tres años, antes del agravamiento final. Después de tres a seis meses, nueve como mucho, antes del último declive. Era como tener una fecha de caducidad, igual que la comida envasada. Y su madre empeñada en batir todos los récords, pulverizar márgenes, dispuesta a morirse.

Bueno, ella tal vez no. Pero su cuerpo sí.

Cuerpo y mente, disociados, igual que los sentía ella frente a casi todo, comenzando por Juancho.

–Esta crisis es fuerte –fue implacable el doctor Padilla–. Y con cada una que tiene o tenga a partir de ahora, el plazo se acorta. Hemos de enfrentarnos a ello. La progresión de la enfermedad...

«La enfermedad».

Les costaba decir cáncer.

–Ella no va a querer volver a lo de la quimio, se lo aseguro yo.

–Llegará el momento en que perderá la conciencia.

–¿Y quiere que yo lo autorice?

El médico abrió y cerró las manos haciendo un gesto evidente.

–Quiero respetar su voluntad –dijo Cecilia–. No pienso alargar su sufrimiento artificialmente ni un segundo más. Por Dios, ¿sabe lo que le duele?

Era una pregunta estúpida.

–Sí, lo sé.

–¿Y cuando llegue la hora...?

Se asombroó de su entereza. Rocío y Elisa hablaban de chicos, de ropa, y su mayor decisión en aquellos momentos era qué hacer durante el verano. Ella hablaba de cómo moriría su madre, de si prolongaban su agonía o, en un acto de piedad, le permitían acabar de una forma mucho más rápida. Volvía la distancia. Iba a cumplir diecisiete años y en algún lugar de las últimas semanas había dejado la adolescencia para dar el salto no ya a la juventud, sino a la madurez.

–Le retiraremos todo para no alargarlo, descuida –le aseguró el médico.

–Bien –lo aceptó.

–Pero mientras no llegue ese momento hay que luchar, ¿entiendes? Hablamos de calidad de vida. En este caso de calidad de lucha.

–Sí, lo entiendo.

–Sin quimioterapia...

–¿Qué nos queda?

–Internarla.

–Dígaselo a ella.

–Te lo digo a ti. Tú eres la única que puede influir en tu madre. Sólo os tenéis la una a la otra.

–Siempre ha sido una mujer fuerte.

–Conozco su historial –asintió el médico.

–Cuando murió mi hermano Simón... –Cecilia hundió los ojos en la blanca bata del hombre, recordando otra bata, otro hospital, trece años antes, porque aunque sólo tenía cuatro años lo recordaba, vivamente–. Me dijo que la vida no iba a poder con nosotras –levantó la mirada y la fijó en él–. Sabe lo que quiso decir con eso, ¿verdad?

–Ahora estamos hablando de la muerte.

–Ella siempre gana al final –Cecilia se encogió de hombros, pero no por frustración, sólo por evidencia.

El doctor Padilla dejó transcurrir unos segundos. Los necesarios.

Sus manos abiertas, en un claro gesto de impotencia, tomaron el relevo de sus palabras.

–Lo siento –dijo la chica.

–Yo también, aunque respeto todas las voluntades y todas las decisiones. Ahora, con la

inmigración, son más difíciles para nosotros. Religiones que no aceptan las medicinas, religiones que no admiten que una mujer sea atendida por un hombre, ritos ancestrales, usos, costumbres... Y mujeres tercas, como tu madre, o tú misma.

–Yo no soy terca –se defendió Cecilia–. Cumplo su deseo y nada más. ¿Acaso cree que no daría lo que fuera por tenerla un sólo día más conmigo? Pero con todo lo que está sufriendo...

–Me gustaría pedirte algo.

–¿Qué es, doctor?

–Que visitaras a un especialista.

–¿Yo? –se extrañó.

–Un psicólogo.

–¿Me voy a volver loca?

–Sabes que no se trata de eso. Eres una chica inteligente –manifestó el doctor–. Pero la presión a la que estás sometida, y más aún a la que te someterás en los días finales... y después... –hizo un gesto de preocupación–. Nadie es de hierro, y tú eres muy, muy joven.

–Si pasa algo...

–No es si pasa algo –la detuvo el médico–. Estas cosas hay que prevenirlas. Es mucho mejor. Y de todas formas pasará.

–Pues sí que lo pinta mal.

–Sé lo que me digo.

–Lo tendré en cuenta.

–¿Y dices que tu madre es tozuda?

Cecilia bajó los ojos. Un par de veces llegó a pensar que le hubiera gustado tener un padre como Juan Padilla. Un par de veces se dijo cómo sería eso. Ahora deseó abrazar al hombre en cuyas manos reposaban los días finales de su madre.

Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Un beso que el médico agradeció.

Un sinfín de lucecitas titilaron en sus ojos llenos de edad.

–¿Sabe por qué me puso Cecilia? –le dijo ella.

–No.

–Por una canción de Simon & Garfunkel.

–La conozco, es muy animada.

–Dijo que yo era como esa canción, y que siempre sería una chica así.

–¿Le puso Simón a tu hermano por Paul Simon?

–Sí –sonrió.

–Fueron buenos años –asintió el médico–. Yo también tuve algo de hippy.

–¿Usted?

–No llevaba una túnica, ni flores en el pelo, y además eran tiempos de dictadura así que aquí, de amor libre y drogas y esas cosas... nada de nada. Pero el espíritu sí.

–Haz el amor y no la guerra.

–Siempre –le acarició la mejilla el hombre.

Cecilia la absorbió, como una esponja.

Fin de la conversación.

–¿Puedo verla?

–Está dormida, sedada, aunque si quieres...

–Sí –dijo con firmeza.

–Díselo a la enfermera.

–Gracias –alcanzó la puerta envolviéndose en un largo suspiro.

–Suerte –le deseó el doctor Padilla.

Cecilia sabía que era lo único que no tenía, y que además no se vendía en el supermercado, ni siquiera en la sección de congelados.

Le dio la espalda al médico y fue a buscar a la enfermera para poder estar unos minutos con su madre y velar su sedado sueño.

SEIS

Ya era bastante tarde, había anochecido, pero él parecía no dormir nunca.

Apenas unas pocas horas, nunca más de cinco, nunca menos de tres.

Cecilia todavía se preguntaba cómo podía resistirlo.

–Hay gente que necesita dormir mucho, nueve horas diarias, y hay gente a la que le basta con unas pocas –solían decirle.

Pero Emilio tenía dieciocho años.

No era un hombre mayor, ni siquiera...

Se quedó mirando su ventana iluminada desde la calle. Un faro en la noche. Por lo menos habían conseguido liberarla, que aceptara retirar la placa de porexpán con la que se la tapió en lo más agudo de su proceso. Entonces vivía en la oscuridad completa, iluminado por la luz artificial de su habitación, y a veces ni eso, sólo con la que emitían las pantallas de sus ordenadores.

Siempre conectados.

Siempre funcionando.

Sus ojos y su voz.

Cecilia se quedó quieta, atrapada por aquella luz, un canto de sirena procedente de las alturas. Un canto irresistible.

A fin de cuentas no tenía por qué pasar por su calle para ir a casa.

Había sido deliberado.

–Emilio –susurró para sí misma.

Comprendió que necesitaba verle, que esa era la razón de su presencia allí y que por ello se acababa de desviar dando aquel rodeo. Seguían siendo amigos. Los mejores amigos del mundo. Lo habían compartido todo, especialmente aquel sentimiento tan profundo, único y maravilloso, pero la separación, que ni siquiera había llegado a ruptura, no fue traumática. Amarga sí, traumática no. Un choque con una realidad impensada.

Y no quiso olvidarle. Por entonces aún tenía esperanzas.

Aquello había sido casi un año antes.

Miró la hora y vaciló por última vez.

Después cruzó la calzada, por el centro, eludiendo a una moto inesperada que petardeó cerca de ella, y penetró en las entrañas del edificio.

No tomó el ascensor. Era un segundo piso. Subió a pie, despacio aunque con la mente acelerada. Cada vez era más frecuente. Ella iba a un ritmo, a una velocidad, y su cabeza a

otra. Una dicotomía inquietante. Al detenerse en el rellano respiró profundamente. Lo que menos quería era mecerse en el dolor, inundarse de recuerdos. Y sin embargo todo era un recuerdo, cada olor, cada ruido, cada sensación. Los besos en la escalera, en el rellano, las caricias robadas en las sombras en el despertar de aquella magia. A ella le gustaba la habitación de Emilio. Era excitante, con sus aparatos, su música, sus juegos, todo lo que ya le había envuelto y atrapado sin que se diera cuenta. Por esa razón pasaban más tiempo allí que en su casa, donde su madre se comportaba con mayor severidad en esas cosas.

–¡Tienes quince años, cuidado! –le recordaba.

La madre de Emilio era distinta. Dejaba vivir.

Llamó a la puerta y escuchó sus pasos al otro lado. Siempre el mismo y característico sonido, con sus zapatillas restallando quedamente sobre las baldosas del suelo. Dada la hora no le extrañó que le preguntara:

–¿Quién es?

–Cecilia, señora Marta.

Corrió la aldaba y abrió la puerta. Su expresión de eterna tristeza se alteró al verla. Alzó las cejas hasta el límite por lo inesperado de su presencia allí, sobre todo por la hora. Pero la sorpresa no menguó el cálido afecto de su sonrisa, ni la forma en que pronunció su nombre mientras alargaba los brazos para recibirla en ellos.

–¡Cecilia, hija!

La chica se sintió estrujada, y la correspondió con su propio abrazo y dos besos en las mejillas, mucho menos fuertes que los de la mujer. Tras eso se sintió arrastrada hacia el interior del piso y la madre de Emilio cerró la puerta.

–¡Qué alegría! ¿Cómo tú por aquí? ¡Hacía... no sé!, ¿tres, cuatro meses?

Cinco, pero no se lo dijo.

–Pasaba por aquí...

–¡Emilio se alegrará tanto de verte! –la empujó hacia el interior, pasándole un brazo por encima de los hombros. Luego llamó–: ¡Raúl, mira quién está aquí!

El padre de Emilio estaba en la sala-comedor, en su eterna butaca, leyendo un libro. Allí la televisión apenas si contaba. No existía. Bastantes pantallas de todo tipo había en la habitación de su hijo.

El santuario.

O el infierno, al menos para ellos.

Capeó la charla, tópica, y casi mintió cuando le preguntaron acerca de su madre. Les dijo que la enfermedad avanzaba, que ya era imparable, pero no quiso hablarles de la inminencia del proceso. No quería dar más explicaciones de las precisas a nadie, aunque fueran tan buenas gentes como aquellas. La señora Marta se llevó las dos manos unidas a

la boca y allí las apretó una con otra. El señor Raúl hizo un gesto de amargura con la cabeza. Cecilia lo aprovechó para acelerar su paso por la estación intermedia, camino de la habitación de Emilio.

–No tengo mucho tiempo –lamentó.

–¡Oh, por supuesto, pasa pasa! –la mujer la invitó a continuar.

Ni siquiera la acompañó.

–Gracias.

Tampoco les preguntó cómo estaba él. No era necesario. Las noticias sobre su comportamiento, su encierro, sus extravagancias, solían sobrevolar más allá de la casa o la calle. Se esparcían por todo el barrio. Unos decían que el genio se había vuelto loco. Otros aseguraban que, simplemente, era raro. Los más le echaban la culpa a los ordenadores, los videojuegos, como si Emilio fuese un adicto a ellos cuando no era así.

Lo que menos hacía era jugar.

Creaba mundos, espacios, navegaba, absorbía, vivía a través de aquel universo virtual, pero jugar...

Nada era un juego.

La música no sonaba tan fuerte como en veces anteriores. Desde luego era electrónica, aunque Emilio no le hacía ascos a casi nada, desde el rock duro a los sonidos más étnicos. Una cortina sónica dominaba el ambiente, como si un muro de teclados creara una densa atmosfera de manera machacona y repetitiva, con cadencias constantes en torno a una misma base melódica y rítmica. Él mismo la mezclaba a veces, produciéndose sus propios discos. Una de sus habilidades.

Nada que tuviera que ver con ordenadores le pasaba por alto o lo despreciaba como posibilidad de investigación.

Llamó a la puerta con los nudillos.

Silencio. Sólo aquella música.

Repitió su gesto.

–¡Ahora no! –le llegó la respuesta del interior.

Si la puerta estaba cerrada por dentro, tendría que pedirle que la dejara entrar, tal vez a gritos. Y él la abriría, lo sabía, porque ella era de las pocas personas admitidas en aquel santuario. Para su suerte no tuvo que hacerlo. Puso una mano en el tirador, lo movió hacia abajo y la puerta se abrió. Emilio ya no se encerraba por dentro, sabedor de que sus padres no le desafiarían sin más.

No valía la pena.

Estaba de espaldas a ella, tecleando a toda velocidad. Tenía tres ordenadores con las pantallas iluminadas, y otros tres funcionando, sin imágenes, quizás conectados entre sí, quizás descargándose algo, quizás formando parte de cualquiera de sus proyectos. No

sólo estaban ellos. Había que contar con el equipo de música, los instrumentos musicales, las cajas de ritmos, un sintetizador, los mezcladores, ecualizadores...

El espacio era mínimo.

La cama, las tres mesas, estanterías repletas de libros, CD's, vídeos, los equipos que lo invadían todo...

–Emilio –lo llamó.

No, no estaba loco, sólo atrapado en su propio mundo. Ella era quien mejor lo sabía. La frontera era la puerta de su habitación. Y el límite de su espacio la del piso. Más allá ya no había nada.

Emilio era un hikikomoris.

Allí, en aquel espacio, se quitó la ropa por primera vez para ser una mujer.

Esa imagen de sí misma y de él sí la atravesó.

Estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse.

–¡Emilio!

Había cerrado la puerta, así que él la escuchó, de forma clara. Fue igual que si recibiera una sacudida violenta, una descarga. Dejó de teclear y alzó la cabeza. Debió de verla reflejada en una de las pantallas, porque ya la volvió iluminando el rostro con su sonrisa.

–¡Ceci!

Estaba más delgado, y también más guapo. Emilio era guapo. Cabello largo lleno de mechas rubias naturales, ojos limpios, labios grandes, nariz recta, la barbilla partida, y aquella sonrisa limpia e inocente que tanto la había devorado al comienzo, siempre colgada de ella y de su mirada. La suya era una belleza natural, masculina, pero también con dosis femeninas, la dulzura de los rasgos, la ternura, la manera de hablar, la voz envolvente.

–Hola –se quedó de pronto sin saber qué decir.

–¡Ven, mira esto!

Acudió a su lado y mostró interés aún cuando no lo sentía. Más aún: odiaba todo aquello. Aquel universo tecnológico era el culpable de la pérdida de Emilio. Era típico de él tratarla como si en lugar de semanas hiciera un par de días que no se veían. No entendía nunca nada de lo que le hablaba, pero le escuchaba, y se quedaba colgada de su pasión. Cuando Emilio empezó a no querer salir de su casa, ni de su habitación, se apartó del mundo y se recluyó en sí mismo, se sintió peor que mal: se sintió culpable. Si ella, que le quería, no conseguía sacarlo de su cárcel de cristal, ¿acaso significaba que no era lo bastante buena ni su amor lo suficientemente firme? Y si él, que la quería a ella, no luchaba por ese amor ni superaba su paranoia, ¿acaso no significaba que no la amaba más que a su mundo virtual atrapado en aquellos ordenadores?

Aún no lo había superado.

–¡Mira, he desarrollado un interface flotante que...!

Miró la pantalla del ordenador central. Le miró a él. La mezcla de dolor y pena fue sólo un daño colateral. Su madre se moría de cáncer y no se podía luchar contra eso. Emilio había renunciado al mundo y, aunque sí se podía luchar, se trataba de tiempo, y el tiempo los devoraba a veces demasiado rápido, a veces demasiado lento. Durante tantos meses se había sentido vacía, y el vacío había llegado a ser tan grande, que ahora Juancho apenas sí se lo llenaba un poco.

Le quedaba la esperanza.

De que Emilio despertara y saliera de su universo.

De que con Juancho llegara realmente a alcanzar la paz que necesitaba.

–¿Qué te parece? –terminó de hablar el chico.

–Genial –asintió.

A veces se extendía mucho. Por una vez había sido breve. La cubrió con sus ojos expectantes y bajó el nivel de tensión de su reciente explicación. Por un momento volvió a ser él mismo, el que ella recordaba, lejos del genio informático loco en el que se había convertido.

–¿Cómo tú por aquí?

–Para verte –hizo un gesto de cansancio–. ¿Puedes bajar la música?

Emilio la quitó y el sonido monótono, electrónico, casi espacial, desapareció para dar paso al silencio. Arrodillada en el suelo, a su lado, experimentó una rara turbación y sintió la tentación de abrazarle. Sólo eso. Se contuvo y mantuvo la distancia. Lo necesitaba ella, pero le habría hecho daño a él. Los médicos afirmaban que era cuestión de paciencia, que los casos se multiplicaban y que no existía un tratamiento a base de operaciones o pastillas, sobre todo si el paciente se negaba a tomarlas. Los otakus, que habían surgido del Japón más «avanzado» para extenderse a todo el mundo tecnológico, eran las primeras víctimas globales del futuro.

Un futuro que ya estaba aquí.

–Te veo diferente –dijo él.

–Lo estoy pasando mal –reconoció–. Vengo del hospital.

–¿Tu madre?

–Sí.

–Lo siento –fue sincero, y se lo transmitió con sus ojos.

Ya no le pedía que saliera. No valía la pena. No lo consiguió en su momento y ahora... La psicóloga decía que dependía de él, que un día, tarde o temprano, daría el paso y cruzaría la frontera.

–Necesitas distraerte –reapareció la agitación, feliz de tenerla allí, contento de que fuera su público–. ¡Quiero enseñarte los últimos proyectos que he desarrollado, el nuevo

disco que he mezclado y algunas virguerías de la red que apenas nadie conoce!

Había ido allí para refugiarse en el mundo de Emilio y abandonar el suyo propio. No estaba segura de conseguirlo, pero al menos, con él, todo era distinto, tenía sabor a pasado. Cada beso, cada caricia, cada promesa rota volvía a su mente y a su ser.

Y le gustaba. Lo necesitaba.

Emilio empezó a moverse de un lado a otro, a hablar y hablar mientras conectaba aparatos y tecleaba en ellos. La habitación se llenó de luces y sonidos. Parecía una cápsula espacial.

Al otro lado de la ventana, la realidad.

Cecilia miró a través de ella un instante.

Se iría sin abrazar a Emilio, y era lo que más deseaba en el mundo en ese momento.

SIETE

Cada vez que superaba una crisis, reaparecía en ella el ánimo. En contrapartida, cada vez que superaba una crisis, una nueva dosis de energía se le había escapado del alma. El resultado era que día a día menguaba el conjunto de su estado, un inexorable declinar hacia el inevitable colapso. Sin embargo, en el hospital, atendida debidamente, siempre renacía con mayores bríos.

–Me comería unos bombones –puso cara de niña mala.

–Te los traeré –le prometió Cecilia.

–Sin leche, ya sabes –los ojos se entrecerraron por el placer–. Que sea chocolate bien negro, amargo, 80 o 90% de cacao puro.

–Ya, como siempre.

La imagen se apoderó de ella y la consoló por espacio de unos segundos. Cuando abrió los ojos de nuevo los paseó por la habitación. Era individual, coqueta y agradable. Resultado de pagar un buen seguro privado. La ventana daba a la avenida, y los cristales dobles devoraban los emergentes sonidos de la calle. Se notaba que era sábado porque el tráfico era considerablemente menor al de cualquier día laborable.

–Siéntate a mi lado –le pidió la mujer.

La obedeció. Se sentó en la cama, con cuidado. El gota a gota lo tenía al otro lado, pero aún así temió alborotar lo que ella pudiera tener por debajo de las sábanas. Cuando la limpiaban, las enfermeras la hacían salir, como si ella no lo hiciese en casa.

–Tienes mala cara –suspiró su madre.

–Estuve bailando toda la noche –quiso hacer un comentario liviano y ocurrente.

–Lo imagino.

No supo de qué hablarle, así que se oyó a sí misma decir:

–Fui a ver a Emilio.

–¿En serio? –se sorprendió ella.

–Seguimos siendo amigos.

–¿Cómo está?

–Igual.

–¿Metido en su mundo?

–Sí.

–¿Y por qué fuiste a verle a él?

–Para aislarme –se encogió de hombros–. ¿y qué mejor aislamiento que ese?

–Eso no es aislarse, hija.

–Ya lo sé.

Su madre levantó la mano y le acarició la mejilla. Luego, como si le pesara mucho, la dejó caer de nuevo sobre la cama. Otra caricia, la de los ojos, suplió a la primera.

–¿Aún le quieres?

–No es eso, mamá.

–Las parejas siguen o rompen, y eso cuenta igual a los quince que a los treinta.

–Nosotros no rompimos, sólo lo dejamos estar.

–A la fuerza.

–Ya sabes que estoy saliendo con ese chico del hospital.

–Juancho.

–Sí, Juancho.

–Podías haberte buscado un médico –lo dijo seria aunque ella sabía que bromeaba.

–La próxima vez.

–Muy promiscua estás tú.

–No sé a quién habré salido.

No lo dijo con mala intención, sólo por mantener el tono distendido, pero captó el destello en los ojos de su madre.

Fugaz, apenas vivo.

Con todas las sombras de su pasado ocultas tras él.

¿Y si ella moría sin contarle nada?

¿Y si ella no tenía el valor para preguntarle?

Casi estuvo tentada de romper su eterna catarsis. Después de todo no había nada mejor que hacer, salvo esperar. En los hospitales, más que curar o morir, la gente esperaba; los enfermos, las familias...

Su madre lo evitó, consciente o inconscientemente.

–¿Has llamado a tus abuelos?

–No.

–Entonces hazlo. Ahora ya sí.

–Vale –le dolió la realidad con la que lo expresaba.

–Iría yo, pero... –abarcó la habitación con la mano libre, la misma con la que la había acariciado.

–Iré a verles después. Antes quería verte a ti.

–Pues ya me has visto.

–Mamá...

El dolor se le disparó, y aquel vértigo que la sumergía en un caos de sentimientos. Una bomba silenciosa que causaba estragos en su mente. Al inundársele los ojos de lágrimas la enferma reaccionó y ahora su mano se le aferró al brazo.

–No llores, Cecilia.

–Es que... –hizo esfuerzos por dominarse.

–Sin ti no habría vivido tanto –le dijo ella–. Y en cuanto a mí... He intentado hacer las cosas como mejor he sabido, hija.

–Esto es diferente.

–No, no lo es. Mueres como vives, para bien o para mal. No me arrepiento de nada, pero si en algo te he fallado... lo siento.

Siempre su carácter, indomable, decidido. Se iría con la directa puesta.

A Cecilia le cayeron dos lágrimas de los ojos. Volaron el breve tramo que iba de sus pupilas a su regazo. Una se estrelló en su pierna y la otra en su mano. Sorbió los mocos con intensidad.

–¿Qué te ha dicho el médico?

–¿A mí? –miró a su madre.

–¿A quién se lo va a decir?

–Pues a ti.

–A mí ya no me dicen nada –movió la cabeza de lado a lado–. Quieren lo de siempre.

–Entonces deberías...

–No –fue categórica.

–¡Deja que te ayuden!

–Todo lo que no te ayudes a ti misma...

Cecilia escrutó aquel rostro tan distinto al que recordaba. La belleza robada. Una belleza pura y enigmática, radiante. Era increíble que no se hubiese casado jamás. A veces se preguntaba las causas, y las atribuía a su espíritu libre, sus convicciones, sus ideas progresistas, la herencia hippy. Ningún hombre desde su llegada a España diez años antes. Y en Estados Unidos... tampoco, al menos que recordase o supiese. ¿Era por falta de oportunidades o por ellos? Primero la muerte de Simón, después el hecho de haberse volcado en ella...

Sólo tenía cincuenta y cinco años.

Y ya no quedaba apenas tiempo para hablar.

Su madre era la gran desconocida, el gran misterio.

Tan distinta a ella.

Cada vez más, en medio de tantas preguntas silenciosas, que nacían y morían en sí misma, Cecilia se dijo que por fuerza habría salido a su padre, fuese quien fuese.

Fuese quien fuese.

–¿En qué piensas? –le preguntó la enferma.

En su interior, una voz gritó: «En mi padre, en ti, en el pasado, en lo que no sé, en lo que callas, en lo que ocultas...». Sin embargo de sus labios sólo salieron dos palabras

envueltas en un suspiro cobarde.

–En nada.

La enfermera entró en la habitación en ese momento, interrumpiendo lo que pudiera haber sucedido a continuación.

–¿Qué tal, Esperanza? –la saludó.

Y ella le respondió irradiada de ánimo:

–¿Cómo quiere que esté llamándome como me llamo, mujer?

OCHO

El abuelo David era una fortaleza venida a menos. Hasta los ochenta había sido un roble. Después de la operación de próstata ya no. Se vino abajo y con él toda su dinámica personal, su indomable carácter, aquel temple del que su nieta se sentía tan orgullosa. La abuela Natalia, por su parte, era el complemento perfecto; menuda, callada y discreta, a veces hasta la exageración, pero no por ello exenta también de su propio carácter, del que sólo hacía gala cuando era estrictamente necesario. Los dos formaban un equipo. Llevaban juntos cincuenta y cinco años, más de medio siglo. Ya ni siquiera necesitaban hablar para comunicarse. Les bastaba una mirada, un gesto, un suspiro o un lamento. Para Cecilia eran un milagro. Se preguntaba a veces qué clase de persona podía pasar cinco décadas y media al lado de otra, especialmente en el cambiante mundo en que vivían.

O sería que ellos pertenecían a otro tiempo, otra dimensión del amor, el respeto y la compañía.

Quizás por haber nacido sin padre, en Estados Unidos, y haberlos recuperado diez años antes, como surgidos de la nada, los apreciaba y valoraba mucho más.

Sus abuelos.

La familia terminaba ahí.

–¿Te quedas a comer? –fue lo primero que le preguntó ella nada más darle los dos besos de rigor.

–Claro, abuela.

–No tan claro, no tan claro –se enfurruñó la anciana–. ¿Cuánto hace que no se digna la señorita a quedarse a comer?

–Hoy puedo –lo dijo paciente, alargando la e.

–Tu abuelo está en la sala, viendo no sé qué.

Lo encontró ante el televisor observando atentamente un programa de animales. Le encantaban. Solía decir que se aprendía más de ellos que de las personas. Llegó a su lado y le dio un beso en la mejilla mientras le abrazaba con fuerza.

–¡Vaya, hola! –la saludó lanzándole una rápida mirada antes de hacerla regresar a la pantalla.

–Hola, veterinario.

–Ya me habría gustado, ya –asintió el hombre–. En lugar de esa mierda de despacho en el que me consumí tantos años.

–Haberte ido.

–Mira, no me toques lo que no suenea –la reprendió con su habitual cachaza–. ¿Te quedas a comer?

–Sí, me quedo.

–Pues ayuda a tu abuela, venga.

–Ya te dejo con tus bichos, tranquilo.

–¡Que no lo digo por eso, mujer!

Salió de la sala y fue al cuarto de baño. En sus días premenstruales orinaba el doble y no tenía ni idea de por qué. A Rocío le dolía. A Elisa se le ponían los senos muy sensibles. Como si cada una reaccionara de distinta forma para lo mismo. Por lo menos el ginecólogo le había dicho que no pasaba nada. La primera vez se moría de vergüenza, pero decidió visitarse en previsión de que sucediera lo inevitable, tarde o temprano, con Emilio. Después lo hizo por rutina, una vez al año, la tercera muy reciente. Seguía muriéndose de vergüenza, porque el médico era un hombre, pero ya no tenía miedo. Si decidía ser una mujer, deseaba estar preparada, no caer en las estupideces de la mayoría de adolescentes.

Rocío y Elisa no habían ido todavía.

Con la mente envuelta en esos pensamientos, tan vagos como otros muchos que en ocasiones la asaltaban cuando se sentía saturada, no fue consciente de lo que estaba viendo hasta que se le hizo más que presente. Fue al pasar por delante de la habitación que un día muy lejano había sido de su madre, cuando ella vivía allí de joven, antes de irse para decidir su propia vida.

Por la puerta entornada vio la cama hecha.

Se detuvo en seco.

Aquella habitación había estado cerrada, clausurada, con la cama sin hacer y las cosas guardadas año tras año. Un lugar inservible. Ahora de pronto cobraba vida.

La habían arreglado.

Se echó a temblar y se metió en el cuarto de baño antes de que la viera su abuela. Una vez en él cerró la puerta y, ya sin ganas de orinar, se sentó en el inodoro. Todos sabían, y ella la primera, que cuando su madre muriese tendría que ir a vivir con ellos.

Y de pronto la habitación estaba dispuesta.

Sin que les hubiera dicho nada.

¿Lo sabían?

¿Sabían que la muerte de su única hija era ya inminente?

Los viejos tenían esas cosas, un sexto sentido, la experiencia de la edad.

O tal vez fuera prevención, por si acaso. Tenerlo todo a punto por si...

Se sintió desfallecida pero no quiso llorar. Si lo hacía, la abuela se lo notaría al salir. Quería hablar con los dos desde la calma y la serenidad. Aquella habitación ya lista para

ser ocupada, sin embargo, acababa de darle el peor de los golpes. Directo a la razón.

–Mamá, no te vayas... –gimió apretando los puños.

Sabía que no permanecería demasiado tiempo en aquella casa, con sus abuelos, que nada más cumplir los dieciocho, si podía, se iría a vivir sola, aunque tuviese que dejar los estudios y trabajar, o compartiendo el piso o lo que pudiese con alguna amiga, quien fuera, tal vez incluso Juancho si tomaban la decisión final, aunque eso equivalía a algo en lo que ni siquiera quería pensar. Irse a vivir con él implicaría algo muy serio, demasiado arriesgado como para tomar semejante iniciativa víctima de la urgencia.

¿Qué haría ella con dos ancianos octogenarios?

Se abrazó a sí misma y bajó la cabeza. Sus abuelos la querían, más aún: la adoraban. A su modo, a veces seco, pero la adoraban. Para ellos era el eslabón vital, incluso el nexo perdido y recuperado después del distanciamiento ocasionado por la marcha de su madre. Nunca le habían perdonado, primero, que se fuera a los Estados Unidos a vivir una vida que no comprendían, con apenas veinte años, y segundo que les tuviera a ellos, nada menos que gemelos, sin estar casada.

Hijos de un padre desconocido, quizás ocasional.

Hijos de una noche loca, o un mal viaje, o lo que fuera.

Aún así, era su hija. Cuando regresó la aceptaron. No la entendieron pero la aceptaron, y más a ella, su nieta. De Simón no quedaba más que el recuerdo y unas pocas fotos en las que se los veía juntos.

El pobre Simón.

–¿Estamos gafados? –le preguntó a su imagen reflejada en el espejo del baño.

Un embarazo, la muerte de su hermano, ahora el cáncer de ella...

–¿Por qué no abortaste? –volvió a dirigirse al espejo.

No, las preguntas no eran esas. Las preguntas seguían siendo las que no se atrevía a formularle a ella, con las respuestas que, por su parte, ella nunca le daba aunque no se las formulase.

–Mierda, mamá, ¡mierda! –se enfureció mientras apretaba los puños hasta hacerse daño.

Buscó la forma de serenarse y contó hasta diez, hasta veinte, hasta cien. Cerró los ojos y recuperó el deseo de orinar. Cuando lo hubo hecho se levantó, se limpió y se apoyó en el lavamanos. Optó por pasarse un poco de agua por la cara, se secó con la toalla y se dispuso a salir de nuevo. Cuando lo hizo no quiso mirar la habitación que parecía estarla esperando igual que un agujero negro capaz de devorarla. Se dirigió directamente a la cocina.

–¿Te ayudo? –le preguntó a su abuela.

–Todavía no, aunque si quieres ir poniendo la mesa...

Regresó a la sala, abrió el aparador y tomó el mantel. Por la televisión una voz en off decía que los peces que se camuflaban con el entorno eran los reyes del mimetismo, un prodigio natural con el cual se autodefendían de los peligros del entorno. Su abuelo no perdía ni una imagen, ni una palabra.

–¿Cómo está tu madre? –le quebró la paz su abuela entrando en la sala.

No supo qué decir.

–Mal –fue sincera.

El abuelo David apartó los ojos del televisor.

–¿Mucho? –la interrogó la abuela Natalia.

–Ahora sí –se liberó por completo.

El hombre y la mujer se miraron. En el rostro de él se dibujó una críptica expresión de tristeza. En los de ella una agotada resignación.

Se decía que eran los hijos los que debían ver morir a los padres, no al revés, que eso era contranatura.

–¿Dónde está?

–En el hospital.

–¿Tan grave?

–Volverá a casa mañana o pasado.

–Siempre tan tozuda –dejó oír su lamento la anciana.

Eso fue todo. No hubo más. Pero ya nada fue igual.

Su abuelo dejó de prestarle atención al televisor, aunque continuó mirando la pantalla. Su abuela perdió la concentración y la coordinación, porque acabó encontrándosela en la cocina con la mirada extraviada dos minutos después. Se les moría la hija díscola, la que se les enfrentó de joven, la que se apartó de su lado para ser libre en el tiempo de la libertad, la que vivió en el lado peligroso, la que había traído al mundo dos hijos envueltos en la vergüenza, aunque fuese la suya, no la de ella.

Esa hija.

Nunca la habían perdonado.

Tolerado, sí. Perdonado no.

Probablemente ahora la estuviesen castigando por morirse, culpándola también de eso.

Cecilia no dijo nada. Comenzó a poner la mesa. Culpable o no, su madre les había dado la nieta que en parte les estaba salvando de morir, porque ellos vivían una prolongación de sus sueños y esperanzas a través suyo.

Y eso contaba, estaba segura.

NUEVE

No quería llamar a Rocío y Elisa. Y Juancho tenía guardia. Tampoco le hubiese llamado a él. No en un sábado como aquel, con su madre en el hospital y el peso, la sensación de que todo se estaba terminando.

El momento de la verdad, de enfrentarse a sus propias decisiones.

Antes de regresar al hospital para pasar la noche a su lado, era necesario que examinara sus cosas, que buscara los papeles, seguros, entierro... Su madre nunca había sido muy cuidadosa en ese sentido. Al menos así lo creía. Llegado el instante decisivo, todo le caería encima. No podía contar ni mucho menos con el abuelo o la abuela. Bastante llorarían por la hija que ya en vida tanto les había hecho llorar por el sólo hecho de querer ser independiente.

Entró en la habitación de su madre y vaciló una sola vez.

Nunca registró sus cosas, nunca miró en los cajones del armario o la cómoda. Jamás sintió la tentación de buscar allí unos secretos que tal vez ni existiesen. De la misma forma que ella jamás le registró su habitación, respetando su intimidad de niña primero y de adolescente después, Cecilia siguió el código ético no escrito de la reciprocidad.

Ahora era distinto.

Tenía que hacerlo.

Ya no importaba.

Rompió la inmovilidad y se sentó en la cama. Lo primero que hizo fue abrir la mesilla de noche, pero en ella no había nada, unos pañuelos, un libro, los dos relojes con los que turnaba su muñeca y algunos adornos baratos, pendientes de plata o collares, muñequeras y abalorios, agujas y pins.

Se levantó de la cama de nuevo y ésta crujió extrañamente. Volvió la cabeza igual que si esperase encontrársela a ella. La cama le mostró su desnudez, pero de pronto recordó aquella conversación, años atrás. La primera.

Se lo dijo allí mismo:

–Cecilia, tengo cáncer de pecho.

Se vino abajo, y su madre la abrazó, pero de inmediato la apartó para mirarla a los ojos y conminarla.

–Has de ser fuerte, ¿de acuerdo?

–Pero...

–Es probable que muera, no ahora, pero sí dentro de unos años. Está muy extendido y van a operarme. Sin embargo las probabilidades son mínimas y quiero que lo sepas, para

que te prepares.

Prepararse.

Llevaba años haciéndolo, o creyendo que lo hacía, y el momento era tan amargo y cruel como si todo aquello hubiese sucedido un año años o sucediera un año después.

Primero había sido un pecho. La operación, satisfactoria, pero de inmediato el cáncer reapareció en el otro. Una segunda operación y después... la invasión, como si el cuerpo hubiera iniciado una carrera para ver cuál de todos ellos la mataba antes. Y no era debido a ningún tipo de mala vida previa. Sólo mala suerte.

La mala suerte que parecía perseguirles.

Simón, su madre...

Le dio la espalda a la cama y abrió el armario. La ropa, perfectamente alineada en las perchas y los estantes, no mereció ninguna atención por su parte. Se arrodilló para abrir los cajones de la parte de abajo y tiró del primero.

Un mundo inesperado se abrió a sus ojos.

Primero, las cajitas. En una ponía «Simón», en la otra «Cecilia». Las tomó con mano trémula y abrió la suya. Lo primero que vio fue la pinza de su cordón umbilical y la cinta de su pie con su nombre y la fecha de nacimiento. A continuación, en otra cajita más pequeña, de plástico, halló sus dientes de leche. En la de Simón había exactamente lo mismo y un añadido: un mechón de pelo anudado con una cinta.

Temió tocarlo, olerlo.

A veces recordaba tanto a su hermano gemelo...

Prosiguió el examen, despacio, tanto para aquilatar sus sentimientos como para no ser víctima de sus emociones. Intentó recordar cómo estaba todo, para que no se notara que lo había estado inspeccionando, y abrió otras muchas cajas sin nombre. Entradas de cine y teatro, de conciertos de rock, cafés, museos, salas de exposiciones... Las había de San Francisco, de Los Angeles, de Nueva York, de un sinfín de ciudades estadounidenses, pero sobre todo de la primera, la preferida de su madre.

–No hay nada como circular en coche por el Golden Gate –solía decirle–, ni nada como tomar el tranvía en Main Street y comer pescado en el Fisherman's Wharf.

Guardó las cajas y abrió el segundo cajón.

Fotografías.

Desordenadas, a decenas, sólo fotografías.

En muchas se les veía a ellos, sobre todo a Simón y a ella de niños, antes de los fatídicos cuatro años en los que él murió. Pero en otras aparecía su madre mucho más joven y sonriente, feliz.

Con otra mujer.

Abrazada, cantando, bebiendo cerveza, en un festival hippy, en una cocina, en una

cama, en una sala, en una terraza... Siempre la misma mujer, pelirroja, no tan atractiva como su madre pero generosa de formas, sensual. Eso se apreciaba todavía más en una serie de instantáneas tomadas en una playa o un lago, con ellas en bikini, o sin la parte de arriba del bañador. Incluso había una en la que mostraban su plena desnudez mientras reían y reían. Eran las fotos más felices que jamás hubiera visto. Ni siquiera recordaba a su madre riendo de aquella forma.

Ni mirando a nadie como miraba a la mujer pelirroja.

Continuó navegando por aquel océano desconocido. Encontró fotos de sí misma ya más crecida, en España, pero las que estaban en la parte superior, aquellas que su madre debía ver de vez en cuando, eran las suyas con la pelirroja. Las dos andarían en la plenitud de los treinta, más o menos, porque eso era imposible de calibrar vistas aquellas imágenes del pasado. Sin embargo en el fondo de la caja encontró una más.

Su madre y la pelirroja besándose.

En la boca.

O más bien devorándose.

No supo qué pensar, ni cómo reaccionar. La dejó en su lugar tras mirarla largamente y se sintió agotada. Estaba hueca por dentro. Ni rastro de un posible padre. El pasado fotográfico de su madre se limitaba a Simón, ella y la pelirroja.

Abrió el tercer cajón. El último.

Y fue como si cerrara un círculo.

Cartas, libretas...

Cartas cuidadosamente guardadas, anudadas con cintas de colores, separadas por remitentes o años o... lo que fuera. Un centenar o más. Miró los remites y encontró algunas de los abuelos, pero las más pertenecían a personas desconocidas, mujeres de nombres anglosajones, Peggy, Sue, Cynthia... En cuanto a las libretas...

No contenían garabatos, ni poemas, ni nada típico de cualquier chica joven, sino diarios.

Escritos por su madre a través de años y años.

Cecilia se llevó una mano a la boca.

No respiraba.

Y aquella tormenta, que parecía ser exterior, no era más que el latido de su propio corazón, desatado, bombeando una sangre que parecía no llegar a su cerebro.

Segunda parte Manchas

DIEZ

El verano estaba siendo más caluroso de lo normal, con temperaturas altas, con sensación de ahogo, con noches en las que no se movía ni una hoja y días en los que salir a la calle y caminar un sólo segundo bajo el sol era un suplicio. Había pasado otros veranos en la ciudad, pero ninguno como este, con las idas y venidas del hospital, con su madre más tiempo en él que en casa, con crisis constantes y más graves a medida que se acercaba la hora.

Una hora que ella estaba decidida a prolongar, aferrándose a la vida con uñas y dientes.

–Mientras tenga un atisbo de razón, seguiré aquí –decía.

Cecilia se preguntaba qué pasaría cuando perdiera la consciencia.

Entonces las decisiones serían suyas.

Aunque ahora, por lo menos, los abuelos ya ayudaban. Se habían implicado en el tema. Y eran más fuertes de lo que ella creía. O tal vez quemaran sus últimas energías ayudando a que los días finales de su hija fueran más llevaderos.

¿Cómo se hacía más llevadera la muerte?

¿Y ella? ¿Estaba ya preparada?

Entró en su habitación y miró el ordenador. Al comienzo los había odiado, porque ellos eran los causantes de la locura de Emilio. Los ordenadores y todo su mundo secreto, virtual. Solía emplearlo poco, para trabajos escolares y nada más. Ahora, desde aquel día, apenas un mes antes, se abocaba a él mañana, tarde y noche. Entraba en Internet, en su correo electrónico, con el corazón en un puño, y esperaba una y otra vez hallar la respuesta que esperaba.

Una respuesta de lo más insólita, casi imposible, lo sabía.

Y aún así...

Lo único que le quedaba era la esperanza.

El mismo nombre de su madre.

Iba a conectarlo cuando sonó el móvil. Miró la pantallita y se encontró con la palabra Juancho iluminándola. Por un momento pensó en no abrir la línea. Casi al instante se sintió culpable de ello. Juancho le estaba demostrando todo el amor que sentía y más, porque él sí estaba ya completamente colgado, enamorado de ella. Y su ayuda, su soporte, su aliento, le servía para no estar sola ni sentir todo aquel peso que la aplastaba. Se daba cuenta de lo importante que era para sí misma no vivir aquella pesadilla sin nadie a su lado, salvo sus abuelos. Elisa y Rocío no contaban. Eran sus mejores amigas pero no

contaban. Juancho por contra la entendía, la mimaba, la hacía sentirse, cuanto menos, segura.

Mientras que ella seguía sin saber si lo que sentía por él era amor o necesidad.

Suspiró y pulsó el dígito de apertura en lo más alto de su sintonía de aviso de llamada. Luego se lo llevó al oído y cerró los ojos, para sentir más íntimamente el calor de aquella voz.

Se sintió envuelta por ella.

–¿Ceci?

–Hola.

–¿Qué haces?

–Nada. Iba a salir para el hospital en diez minutos.

–Por aquí todo sigue igual, tranquila. Acabo de verla.

–¿Está sedada?

–Sí.

–Hasta las cejas –no fue una pregunta, fue una afirmación llena de pesar.

–No es que le guste, ya lo sabes. Nunca he visto a nadie que soporte así el dolor.

–En eso te equivocas, Juancho. No lo soporta. Nunca lo ha soportado. Pero le puede más la rabia, la desesperación por la vida. En el fondo se siente estafada. Siempre había creído que llegaría a vieja. Solía decirme que sería una anciana encantadora, y que si yo le daba nietos...

–Escucha, no puedo extenderme mucho, te llamo desde el lavabo de hombres. ¿Nos vemos hoy?

–Lo intentaré.

–¿Tienes algo que hacer?

–Estudiar un poco, o tampoco aprobaré en septiembre y entonces sí que tendré un problema.

–Cinco minutos.

–Te he dicho que lo intentaré, Juancho.

Hubo un silencio grave al otro lado de la línea. Ella misma se dio cuenta, demasiado tarde, de lo seco de sus palabras, el tono, la forma. Se mordió el labio inferior y quiso arreglarlo, pero el chico se le adelantó.

–A veces creo que me apartas.

–No es cierto.

–Sabes que sí.

–No sé qué habría hecho sin ti –fue sincera.

–Sentirte más rabiosa, como tu madre, y culpar al mundo entero de lo que te sucede.

–Juancho, ¿sabes lo que es vivir con esta crispación, esperando día tras día a que tu

madre se muera mientras la ves sufrir como sufre?

–Sí que lo sé, porque te quiero y estoy contigo.

–Perdona –suspiró largamente.

–Me dijiste que tu madre te había estado preparando para esto, y te dije que era imposible, que nadie puede preparar a otra persona para que asista a su muerte, ni nadie puede sentirse preparado para algo así. Y para eso estamos los demás. Los seres humanos se apoyan entre sí. No es mucho, pero a veces basta.

–Juancho...

–¿Sí?

–¿Por qué estás enamorado de mí?

–¿Quieres la respuesta fisiológica o la normal? Es decir, ¿quieres que te hable de todo eso de las feromonas y las reacciones físicas y químicas o del impulso humano puro y natural que hace que la gente se empareje por empatía, amor...?

–Eres un cielo –reconoció sonriendo.

Juancho no respondió.

Los últimos segundos fueron cómplices.

–Te veré después –le prometió Cecilia.

–Te quiero –se despidió él.

–Y yo a ti –se oyó decir a sí misma sin estar todavía segura de la sinceridad de sus palabras.

Cerró la línea, pulsó el dígito de bloqueo de seguridad, para que no se le disparase sin más con un roce, y se guardó el móvil en el bolsillo. No era la primera vez que lo dejaba en la mesa y luego lo olvidaba por el hecho de tener la cabeza metida en media docena de cosas a la vez.

Ahora sí se sentó en su silla, frente al ordenador, y lo puso en marcha.

La pantalla tardó los habituales quince o veinte segundos en iluminarse. Una vez completado el proceso inicial entró en Internet. La línea rápida la conectó a la red en un abrir y cerrar de ojos. Buscó el acceso a su correo electrónico con el cursor y presionó el ratón sobre él.

Unos pocos segundos más.

«Tiene un correo nuevo».

Lo abrió.

Y entonces sí se quedó sin aliento.

Porque la respuesta estaba allí.

ONCE

Esta vez la música que sonaba en la habitación de Emilio era rock duro. Más que duro, durísimo. Lo primero que hizo al entrar fue dirigirse al equipo de sonido y cerrarlo.

El chico la miró asombrado.

–Vaya –dijo–. Hola.

Cecilia no perdió ni un segundo.

–Escucha –se puso frente a él–. Te necesito.

–¿Me... necesitas? –pareció no entenderlo.

–Mírame, Emilio –le puso las dos manos en los hombros–. Esto es lo más importante que jamás te he pedido en la vida, ¿de acuerdo? Olvídate por un rato de tus cosas, tu mundo, tus inventos y tus conexiones. ¿Crees que podrás?

El dueño de la habitación exhibió una sonrisa tímida.

–No estoy pirado –le dijo con toda naturalidad.

Cecilia captó la ironía, la forma en que su nerviosismo podía hacerla perder la equidad, incluso el hecho de que a través de sus palabras o su comportamiento acabase de insultarlo.

No supo si abrazarlo o pedirle simplemente perdón.

–Tú eres el genio informático –se limitó a decir.

–Y tú me recuerdas a la Cecilia divertida y llena de energía con la que salía.

La sonrisa de Emilio era un canto celestial. Cuando eran novios quería comérsela a besos.

–Creo que puedo encontrar a mi padre –optó por ir directa al grano.

Logró conmocionarle.

–¿En serio?

–Sí –lo dijo suspirando y asintiendo con la cabeza, vehemente, liberada de aquel peso que por fin compartía con alguien.

–¿Cómo ha sido...?

–Ven.

Le levantó de la silla y lo arrastró hasta la cama. Los dos se sentaron en ella. Cecilia incluso retuvo las manos del primer amor de su vida entre las suyas, presionándoselas, para que él no perdiera la concentración ni apartara sus ojos de los suyos. Cuando se serenó lo suficiente, y supo que él también le pertenecía al cien por cien, buscó la forma de ordenar sus ideas y contárselo.

–Mi madre no tuvo una aventura como siempre creímos, ni pasó una noche loca con

alguien de quien luego ni se acordaría. A los veinte o veinticinco años tal vez, pero no a los treinta y cuatro.

–¿Qué quieres decir?

–Se inseminó, incluso es probable que por eso tuviera gemelos.

–¿Que se... inseminó? –lo repitió Emilio.

–Fue a un banco de esperma. Quería tener un hijo, está claro. Escogió el semen de un donante anónimo previamente seleccionado y... así aparecimos Simón y yo.

–¿Dónde fue eso?

–En San Francisco.

–Pero... ni siquiera se acostaron. No hubo amor, ni sexo, ni nada. Él es un desconocido.

–Eso da lo mismo. Yo llevo los genes de ese donante.

–¿Y sólo con eso ya piensas que puedes encontrarlo? Esas cosas son secretas y anónimas. Que yo sepa no hay ningún precedente...

–Escucha –lo detuvo–. Es secreto en España, por ejemplo, donde la receptora no sabe nada del donante, pero allí no, lo he averiguado. En Estados Unidos las mujeres quieren saber cómo es el donante de semen del cual nacerá su hijo. Por lo menos lo que pueda saberse. En Inglaterra desde primavera del 2005 tampoco es secreto, aunque sí se mantiene para quienes donaron esperma u óvulos antes de esa fecha. Las leyes cambian, y más de país a país. Pero hay algo más: hace diecisiete años, casi dieciocho, no existía Internet como lo conocemos hoy. Ningún donante hubiera imaginado que su secreto pudiera ser descubierto.

–Sigue sin haber ningún precedente –hizo de abogado del diablo.

–¡Pero si existe una brecha, y yo la he encontrado, existe la posibilidad! ¡Los precedentes están para derribarlos!

–Sigue –la invitó Emilio tras una pausa en la el brillo en la mirada de su compañera le indicó que había algo más.

–Mamá escogió un donante muy determinado. Casi un prototipo. En su diario...

–¿Has leído su diario?

–¡Sí! ¿Quieres callarte?

–Perdona.

–No fue a un banco y se inseminó con lo primero que le dieron. Podía haberse tratado de una persona de otro color, o ser un anciano, o qué se yo. Ella estudió las características de los donantes y escogió a la carta. En su diario describe el color de pelo, de los ojos, la edad, los estudios... y lo más importante: la fecha de nacimiento. Todo eso se lo facilitaron en el banco de semen para que ella escogiera el más favorable a sus deseos. Sólo eso, nada más. ¡Pero es suficiente!

–De acuerdo, estudió para... lo que sea y nació un día concreto. ¿Sabes cuánta gente habrá nacido ese día en Estados Unidos?

–Miles, ¿pero cuántos habrán estudiado ese lo que sea?

–Aquello es muy grande. Puede estar muerto, o no haber ejercido la carrera que estudió y ahora ser tendero, o incluso vivir en otro país.

–Tengo ya las primeras pistas, Emilio –le dijo llena de fe.

–¿Cómo que tienes las primeras pistas?

–Tú eres el genio de la informática, pero los demás no somos tontos.

–¿Qué has hecho?

–Entré en una página de Internet llamada familytreedna.com, que se dedica a rastrear y a encontrar personas que tiene el mismo ADN.

–Me estoy perdiendo –reconoció Emilio.

–Es muy sencillo: los de esta web se dedican a construir o facilitar la construcción de árboles genealógicos. Su lema es «America's first genealogy driven DNA testing service». Buscan a personas con el mismo cromosoma Y que tú, y los ponen en contacto. El cromosoma Y es el que distingue al sexo masculino del femenino, y se transmite de padres a hijos y a sus descendientes. Mucha gente quiere saber de dónde viene, con quién está emparentado, o cuáles son sus orígenes. Y los de esta web se especializan en eso. Pero yo pensé que si tenían miles de archivos de códigos genéticos... podían servirme para lo mío.

–¿Y qué hiciste?

–Les envié unos pocos cabellos de un mechón de Simón que encontré en el armario de mi madre. Y para que no estuviera de más, también un palillo de algodón con saliva mía, diciéndoles que éramos gemelos, aunque ya te he contado que el cromosoma Y es el que diferencia el sexo masculino del femenino. Eso y los 300 dólares, unos 245 euros, que es lo que cobran por el servicio.

Los ojos de Emilio se agrandaron de golpe.

Dejó de mirarla como si estuviese loca.

–¿Te han... contestado?

–Hoy.

–¿Y?–Me han dado dos nombres. Ambos coinciden con mi ADN y entre sí. Lo más curioso son los apellidos. Uno se llama Robert Hausser y el otro Thomas Hauser. La única variación es una letra s en el apellido. Ellos ni se conocen entre sí. Uno vive en Sausalito y el otro en Woodstock, de costa a costa. Es evidente que están emparentados, y yo con ellos, aunque sea de forma remota y lejana, porque ese cromosoma Y de mi hermano puede provenir de una generación anterior.

–¿Qué más te decían?

–Esa gente de la web cree que buscas familiares lejanos o antepasados por lo que te he dicho: el árbol genealógico. Supongo que ni se les ha ocurrido algo así, como lo que yo intento. Su publicidad dice que tienen 24.667 apellidos únicos registrados y el cromosoma Y de 46.793 clientes. Un autentico banco de datos. Me han preguntado si quería ponerme en contacto con los dos que han encontrado. Según ellos, es lo más común, porque la gente es curiosa. Los que comparten ADN acaban interesándose unos por otros, escribiéndose, incluso conociéndose, para saber más de su origen. Vamos, que si uno se gasta ese dinero es por algo, y quiere llegar hasta el final. El que inicia la investigación porque es lo que busca y al que le hablan del resultado porque se le despierta la curiosidad.

–Vale, les dices que sí, te dan su correo electrónico o sus señas y les escribes a los dos. ¿Crees que uno va a ser ese donante de semen?

–No, no lo creo, sería demasiada casualidad. Ya te he dicho que el cromosoma Y puede que lo compartan de varias generaciones atrás. Que uno se llame Hauser y el otro Hausser parece probar esto último. Pero es un comienzo. Por eso te necesito ahora a ti.

–¿Qué pinto yo en eso? –tomó conciencia de lo que le decía con asombro.

–¡Por Dios! ¿Y tú me lo preguntas? –Cecilia abarcó su universo informático–. Si yo sola he conseguido dar con esa asombrosa pista, valiéndome de unas personas que se dedican a buscar ADN's semejantes para confeccionar árboles genealógicos, ¿qué no podrás conseguir tú con esos indicios? ¡Siempre has dicho que en la red todo es posible si se sabe dónde buscar!

Emilio tuvo que apoyar la espalda en la pared. Se hubiera dejado caer sobre la cama de haber estado en el otro lado. Se llevó una mano a la cabeza y se alborotó el cabello mucho más de lo que ya lo tenía. Era uno de sus gestos característicos. Lo hacía en momentos de tensión, o de lucidez, o al disparársele la adrenalina.

–Eres genial –reconoció.

–He tenido un buen maestro. ¿Nos ponemos en marcha?

Emilio se levantó de un salto, pero no fue hacia su silla. Le tendió la mano a Cecilia y tiró de ella. Sonreía con los ojos vivos.

–Me alegro de ayudarte –reconoció.

–Lo sé.

–Primero les pedimos a los de la web las señas o correos electrónicos de esas dos personas, luego nos pondremos en contacto con ellas. Y mientras rastreamos cómo hacer que alguien, allí, empiece a moverse.

–Bien –asintió Cecilia.

–Puede que no sea barato.

–Tengo dinero ahorrado, y la cuenta del banco con mi madre es de las dos. Sabes que

nunca nos ha faltado.

La mirada de Emilio era lúcida. La de ella tenía un halo invisible. El chico no se dio cuenta. Cecilia tuvo que contenerse una vez más.

Deseaba abrazarle, sentirle.

Había tantas clases de amor...

–¿Sabes que tu historia da para un libro? –Emilio se sentó en su silla.

–Y no lo sabes todo.

–¿Ah, no? –abrió unos ojos como platos–. ¿Qué puede haber más?

Se lo dijo despacio, quizás porque era la primera vez que lo manifestaba en voz alta y ella también quería escucharlo.

–Mi madre era lesbiana, Emilio.

DOCE

Las manos de Emilio volaban por encima de los tres teclados. Las tres pantallas principales vertían datos, información. Con un ordenador mandaba y recibía correos electrónicos. Con los otros dos navegaba por Internet a una velocidad de vértigo. Abría las opciones seleccionadas por el buscador y leía otras, alternativamente. Por si eso fuera poco, seguía hablando con Cecilia, sentada ahora a su lado. La chica a veces se apoyaba en su hombro.

De pronto se sentía muy cansada.

No por lo que estaban haciendo, sino por lo que sabía que se le vendría encima.

¿Cómo abrir una caja, que tal vez fuera de Pandora, sin sentirse inquieta.

–Es excitante, ¿verdad? –se dejó arrastrar por la fiebre informática él.

No le respondió.

Aquellos aparatos habían sido su rival, sus enemigos. Ellos habían sacado a Emilio del mundo real. Ahora los necesitaba y se servía de su poder para continuar formando parte ella de ese mundo real.

Allí, en alguna parte, estaba el nexo que la unía con sus raíces.

–¿Crees en el destino? –le preguntó Emilio de pronto.

No tuvo que meditarlo demasiado.

–Sí.

–¿Crees que la gente que lucha consigue lo que quiere y la que no lucha pierde la vida?

–Sí.

–Pero a veces las cosas no dependen de uno mismo.

–Ya.

–¿Nunca te has preguntado que habría sido de ti si tu madre se hubiera quedado en Estados Unidos?

–Muchas veces.

–¿Mejor o peor?

–Diferente.

–¿Y ahora?

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, lo que acabas de contarme. No es lo mismo que creyerais que habíais vuelto por la muerte de Simón, exclusivamente, que descubrir que lo hizo comenzando por un desengaño sentimental, por romper con el amor de su vida.

Cecilia no supo qué decir.

Todo era excesivo, y todavía tan confuso.

–¿Nunca sospechaste nada?

–¿Por qué tenía que hacerlo?

–¿Nunca la viste...?

–No, siempre ha sido discreta –resopló ligeramente–. Bueno, más que discreta ha sido hermética.

–¿Por qué crees que lo hizo?

–¿No decirme nada? Por protección.

–Los padres siempre creen que han de protegernos, eso es cierto –dijo Emilio con un pesar que a su amiga no se le escapó.

–A veces es necesario, aunque depende de la edad –quiso ser contemporizadora.

–¿Y cómo estás segura de que fue por eso, para protegerte?

–No he podido leer todo su diario, por vergüenza y porque es muy extenso, pero eso sí lo dice. No quería continuar en Estados Unidos, pensó que ya era hora de regresar y empezar de nuevo. Y en España todo eso de la homosexualidad... Aún ahora sabes que levanta ampollas.

–¿Lo habrán sabido tus abuelos?

–No.

–Podría ser la causa del distanciamiento que siempre han tenido con relación a ella.

–Ese distanciamiento se produjo cuando se fue con veinte años, y cuando nos tuvo a nosotros sin padre. Si además supieran lo del lesbianismo...

–¿Y cuándo rompió con... la otra?

–Mamá se inseminó para ser madre, y por lo que deduzco, fue la otra mujer la que al final se cansó, o no quiso seguir. ¡Llegamos dos de golpe! Ni siquiera sé si mamá tomó la decisión de forma unilateral o de acuerdo con ella. ¡Vivíamos los cuatro juntos y no recuerdo nada!

–¿Quién recuerda lo que ha hecho o visto a los dos o tres años?

–He buscado una imagen, algo... Y no encuentro nada. Se separaron teniendo yo poco más de dos años.

–Luego tu madre acusa el golpe, y en menos de dos años más pierde a Simón... ¡Joder! –suspiró–. Anda que no lo ha pasado mal ni nada como para que encima ahora...!

Cecilia miró el ordenador destinado a los correos electrónicos. Ninguna respuesta de Estados Unidos. Los responsables de familytreedna.com todavía no habían mandado las señas y los datos de Thomas Hauser y de Robert Hausser. Emilio abría páginas y más páginas a una velocidad de vértigo. Y sin dejar de hablar.

Ella sintió una punzada en la cabeza.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –dijo Emilio.

–¿A qué viene ahora eso? –se extrañó la chica–. ¡Pues claro que puedes hacerme las preguntas que quieras!

–¿Por qué quieres encontrar a tu padre?

–Curiosidad –fue demasiado vaga.

–Él ni siquiera es consciente de que tú existas.

–Sólo quiero saber quién es, no pretendo...

–¿Qué te adopte?

–No seas burro.

–Ceci, ¿te das cuenta de que haces esto justo en el momento en que tu madre se está muriendo?

–No, hago esto justo en el momento en que lo he sabido.

–¿Lo habrías hecho igual de haber estado tu madre sana?

–Probablemente sí.

–Probablemente.

–¿Quieres no estar haciendo de abogado del diablo?

–¿Y quién te lo va a hacer si no?

Cecilia pensó en Juancho.

Emilio no sabía nada de él. Jamás preguntaba si salía con alguien. Su mundo era electrónico, no humano.

–Escucha –quiso ser sincera con el primer amor de su vida–, no sé por qué lo busco, ¿vale? Sólo sé lo que siento. Ahora mismo me parece importante saber quién soy. Voy a quedarme sola y lo necesito. ¿Quieres más razones?

–Perdona...

–No seas tonto –le presionó el brazo.

Recordó el último beso. Recordó lo que sintió al irse. Aquel adiós alucinado. No era como romper igual que los demás, sobre todo en la adolescencia, cuando las cosas son más trágicas. No había terceras personas. Emilio había escogido su universo.

Se sintió tan impotente...

–Creo que esto puede servirnos –dijo el chico rompiendo aquel bloqueo emocional.

–¿Qué es? –Cecilia miró una de las pantallas.

–Se llaman Omnitrace.com –leyó despacio el texto que ilustraba el portal de la web–. Ahí pone que se dedican a esas cosas.

–»Detectives privados especializados en encontrar personas» –musitó ella deslizando sus ojos por encima de la pantalla.

Contuvieron la respiración.

–¿Les mando un mail diciendo lo que tenemos?

Tardó tres segundos en responder.

Uno para vencer el susto, otro para armarse de valor y el tercero para decidirse.
–Adelante –suspiró.

TRECE

Acostar a su madre era un ejercicio de resignación, y eso era lo que más le dolía. Si algo le había enseñado ella era a no resignarse jamás, a apretar los dientes y dar el siguiente paso, a tirar para adelante. Ahora, incluso, desde que conocía los secretos del pasado de su madre, la entendía mejor, y valoraba de manera más firme cuánto había hecho, para bien o para mal. Jamás se rindió. Ni lo hacía con la muerte.

Otra cosa era que pudiera marcharse de este mundo sin contarle nada, sin abrirse aunque fuera en el último segundo.

–¿Te pongo otra almohada?

–No, quiero estar tumbada.

No hizo la siguiente pregunta, «¿Te duele?», por absurda. Ni la que le quemaba el alma, «Mamá, ¿por qué no me lo cuentas todo?», porque todavía le pesaban más los miedos de la adolescencia que los anhelos de la juventud o las necesidades de la madurez. Y sabía que no quedaba mucho tiempo, que el colapso final podía ser cuestión de días. Su madre ya no tenía mucho que perder en forma de carne o energía. Se deshacía igual que una sombra barrida por el sol.

La ayudó a tenderse y vio cómo se hundía más allá de las sábanas. El calor era sofocante, pero las dos odiaban el aire acondicionado. En las playas miles de personas se tostaban y divertían. No lo imaginaba como tortura, sólo como ironía de la propia vida. Nadie valora lo que tiene hasta que lo pierde.

–Lo siento, Cecilia.

La voz de su madre la pilló desprevenida. Y más que atrapara su brazo y la obligara a quedarse allí.

–Lo siento –repitió la mujer.

–Vamos, mamá.

–He de decírtelo –tiró un poco de su hija hasta hacerla sentar en la cama.

Sus ojos, dulcificados al máximo, la bañaron de ternuras.

–Soy yo quien debería sentirlo.

Ni siquiera podía imaginar qué clase de dolor era el que ella soportaba.

–Dios... –la voz se quebró en un suspiro–. Toda la vida he pisado mierda, pero esto...

No supo qué contestarle. Los ojos de su madre seguían fijos en su rostro, como si siguiera cada pequeña porción de él, llenándose de su imagen, reteniéndola igual que una foto fija con la que acompañar la eternidad.

–¿Por qué no haces lo que te dicen los médicos?

–No quiero vivir unos meses más siendo un despojo.

–Esto no lo sabes.

–No pierdas nunca la dignidad, Cecilia.

No le preguntó a qué clase de dignidad se refería.

Había una dignidad que vivía en los silencios, y otra que vivía en las acciones, y otra que lo hacía en la serenidad de los años.

–Mamá...

–¿Qué, cariño?

El armario estaba a menos de un metro. Y aquel cajón, el diario, las fotos, los recuerdos...

Cecilia sintió la sangre arremolinándosele en la cabeza.

–No, nada.

–Estás cansada.

–No –mintió.

–Queda con Juancho, va.

–Trabaja. Ya sabes que en el hospital en verano van más justos de personal.

–Pues entonces sal un rato con tus amigas antes de que se vayan de vacaciones, anda.

–No voy a dejarte sola.

–Estaré bien, y tus abuelos no tardarán en venir.

–Si por lo menos vivieras con ellos o se quedaran aquí...

–Cecilia...

–Vale, perdona.

¿Por qué no se abría? ¿Acaso temía humillarla por el hecho de haber descubierto sus inclinaciones sexuales? Si no se trataba de eso, ¿de qué se trataba?

Tantas preguntas...

Y aquel colapso mental.

El timbre del teléfono cortó la parálisis. Se soltó de su madre y salió de la habitación. Cuando llegó a la sala sonaba por tercera vez. Lo descolgó antes de que emitiera el cuarto zumbido. En su móvil sabía quién llamaba, pero en el viejo teléfono fijo de su casa no. Se lo llevó al oído y emitió un quedo:

–¿Sí?

–Cecilia, soy la abuela.

–Ah, hola.

–Vamos para allá, ¿quieres algo?

–No, gracias, y tranquilos.

–Entonces hasta ahora.

La abuela Natalia era pragmática. Decía lo que tenía que decir y cortaba, sin esperar la

respuesta del otro o sin despedirse. Y no se trataba de que quisiera ahorrar en el costo de las llamadas. Era su carácter y su temperamento. Ahora que los dos sabían la realidad y estaban a su lado, la situación no dejaba de ser más irreal. Dos ancianos y una adolescente cuidando de una hija y una madre moribunda. Ni siquiera entendía de dónde sacaban ellos las fuerzas para hacer lo que hacían y para resistir lo que estaban viendo.

Por más que el distanciamiento hubiese sido enorme durante años.

No se apartó del teléfono. Sintió la tentación de llamar a Emilio.

Ninguna noticia de los detectives de Miami, Florida.

A lo peor tardaban semanas, o meses.

A lo peor no encontraban nada.

Después de ponerse en contacto con Hauser & Hausser y con ellos, ya no quedaba sino esperar.

Regresó a la habitación de su madre sólo para quedarse tranquila y verla descansar, aunque fuese postrada en aquel limbo mantenido con el último aliento de aquellos días. Después fue al baño y se lavó las manos y la cara, para refrescarse. La imagen del espejo no le gustó. El cabello, las sombras de los ojos, las mejillas hundidas por la pérdida gradual de apetito, la piel blanquecina por la falta de sol, la falta de brillo en la mirada. Cuando Juancho decía que era guapa le daban ganas de reírse. Cosas del amor. Pero en aquellos días, más y más, de no haber sido por él...

Fue a su habitación y se tendió en la cama.

Saldría cuando llegasen los abuelos.

Lo necesitaba.

CATORCE

Elisa y Rocío trataban de animarla, pero lo hacían a su modo, mediante la evasión, y no lo conseguían. Las conversaciones de un año antes ya no servían. Hablar de ropa, de chicos, de problemas personales o ajenos, pero siempre livianos aunque para ellas fuesen importantes, tropezaba con el muro de su indiferencia. Cecilia sentía que no le interesaba nada.

A pesar de lo cual agradecía estar allí, con ellas.

Le habría gustado contarles su secreto, pero tampoco podía.

Las miró a las dos. Las quería. La distancia que las unía se había agrandado un poco con el paso de aquellas semanas decisivas. Antes no habría podido pasarse sin ellas, y ahora en cambio... Eso la hacía sentirse culpable.

Demasiadas culpas.

Y necesitaba tanto evadirse...

–¿Cuándo os vais?

–Yo el diez de agosto –dijo Rocío–. Aún falta la tira.

–Yo el cinco –dijo Elisa.

–Tengo unas ganas...

–Pues anda que yo...

Hubo una pequeña pausa.

–Menos mal que tienes a Juancho –mostró su alivio la primera.

–Quedarte sola aquí con este marrón... –la segunda movió un poco la cabeza de lado a lado.

–Espero que liguéis un montón –trató de sonreír Cecilia.

–Ojalá esté el chico del año pasado –Rocío abrió los ojos por completo y se mordió el labio inferior–. Fui una cagada pero este...

–Anda, calla –se le burló Elisa–. Volverá a pasarte lo mismo.

–¿Y tú qué sabes?

–Por lo que contaste...

–Es que parecía de película, tú.

–Pues por eso. Las películas sólo pasan en el cine o en la tele, así que valía la pena.

–Seguro que viene –manifestó Rocío.

–Pues lo que es yo lo tengo crudo –rezongó Elisa–. Antes aquello estaba lleno de italianos, que son majos, y se les entiende, pero ahora no sé lo que pasa que cada vez hay más rusos.

–Dijiste que eran ucranianos, rumanos, búlgaros... –objetó Rocío–. Esos no son rusos.

–Para mí todos son rusos –se encogió de hombros con indiferencia.

Cecilia se echó a reír.

–Vaya, menos mal –la aplaudió Rocío.

–¿Ves como tiene cura? –le dijo Elisa a su amiga guiñándole un ojo.

–Venga, no seáis malas –las reprendió Cecilia.

–No somos malas, en el fondo sólo estamos celosas –la advirtió Rocío.

–¿Celosas?

–Por Juancho.

–Es tan mono.

–Eso sí, te los buscas...

–¿Qué le pasa a Juancho? –alucinó Cecilia por el inesperado ataque de sinceridad de sus amigas.

–Hija, siempre tiene guardias y cosas así.

–Uno se te vuelve raro... ¿Cómo lo llamas?

–Hikikomori. Son los que se encierran en sus casas con sus aparatos y no quieren salir de ellas –se lo dijo remarcando cada palabra ella.

–Pues eso –continuó Elisa–. Uno se te vuelve hikikomori y el otro tiene unos horarios...

–¿No hay novios normales? –bromeó Rocío con inocencia.

–Juancho y yo no somos novios.

–¿Qué dices? Pero si está colado.

–Ya.

Bajó los ojos y jugueteó con sus dedos. Rocío y Elisa dejaron pasar apenas unos segundos.

No demasiados.

–Sigues colgada de Emilio –dijo la primera.

Cecilia no respondió.

–Es por todo ese rollo del primer amor de las narices –hizo chasquear la lengua la segunda.

–Quiero a Emilio, mucho, pero ya no como antes –reflexionó Cecilia en voz alta.

–¿Estás segura?

–Sí.

–Te da pena porque está enfermo –manifestó Rocío.

–Emilio no está enfermo –lo defendió–. Es la persona más inteligente que he conocido.

–Tanto que se le ha puesto el cerebro del revés.

–Algún día saldrá de su habitación, y volverá a la vida –suspiró antes de agregar–: Es decir, si consideramos que esto es la vida y su mundo lo irreal.

La nueva pausa fue más densa. Rocío se inclinó sobre la mesa del bar y se agarró a su vaso de limonada. Lo hizo como si fuera un soporte que le evitara una caída. Elisa se cruzó de brazos, en un gesto de autodefensa.

–Perdona, con lo de tu madre, encima...

–No seáis tontas. Estamos hablando –lo expresó con naturalidad–. Puede que me venga bien sacar algunas cosas fuera, porque a veces estoy hecha un lío.

–No me extraña –la apoyó Elisa.

–Es que con Juancho ni siquiera estoy segura de nada, y menos de mis sentimientos. Por una parte lo necesito, pero me da miedo apoyarme en él y descubrir luego que lo he hecho por egoísmo, sin pensar que él va en serio. Y hay algo más.

–¿Qué? –la alentó a continuar Rocío.

–He vuelto a ver a Emilio.

Las dos saltaron víctimas de una reacción proporcional a su sorpresa.

–¿Qué dices?

–¿En serio?

–¿Por qué?

–¡Cuenta, cuenta!

–No hay nada, ¿vale? –les puso ambas manos abiertas, por delante, para frenarlas–. Necesitaba ayuda en un tema informático, por lo de mi madre, para averiguar unas cosas en Estados Unidos, y él era la persona indicada.

–Vaya –mantuvo su sorpresa Elisa.

–¿Y cómo está? –quiso saber Rocío.

–Genial. Muy bien.

–Pero sigue encerrado.

–Sí.

–¿Algún cambio...?

–No.

–¿Y habéis hablado... o dicho algo de lo vuestro...?

–No, aunque cuando estoy con él... –sonrió con ternura–, es como si el tiempo desapareciera.

–¿Lo ves?

–No se trata de amor, Rocío –quiso dejarlo claro–. ¡Y le quiero, sí, pero ya no como antes! Hay un sentimiento profundo, al menos por mi parte. Una sensación de paz... Por contra cuando estoy con Juancho lo que experimento es diferente. Yo misma cambio. Con Emilio siento que vuelvo a ser la niña que era al conocerle, y con Juancho lo que

siento es que soy una mujer, ¿entiendes? Emilio es la paz y Juancho la vida.

–Emilio es el pasado y Juancho el futuro –dijo Elisa.

–Pues yo sólo quiero un presente –repuso Cecilia.

El camarero se les acercó. Había tonteado con ellas al llegar. Ahora reaparecía tanto para ver si querían algo más como para hacerse notar y mostrar sus plumas de depredador estival.

–¿Otra ronda, princesas?

–No, gracias –Cecilia fue básicamente seca.

–¿Y qué pasa, que todos los chicos de por aquí son ciegos o qué?

–Trabajaron de camareros y nuestros novios los fueron eliminando, uno a uno –le soltó Rocío.

–¡Huy, mírala, qué sádica! –se echó a reír con ganas.

–Aquella de allí creo que ha puesto anuncios en la prensa buscando novios –Elisa señaló otra mesa, más lejana, en la que había una joven solitaria leyendo un libro–. Tiene aspecto de irle la marcha.

–Vale, fieras.

Se despidió resignado a su suerte y Rocío se llevó dos dedos a la boca, como si fuera devolver, mientras Elisa elevaba los ojos al cielo, cómplices las dos de su juego. Luego se echaron a reír.

Cecilia las secundó.

Unos meses antes habría sido quizás la más gamberra de las tres.

Siempre le había tenido miedo a crecer, a hacerse mayor, responsable. La enfermedad de su madre había acelerado todo el proceso, lo quisiera o no. Eso y la caída a los infiernos por parte de Emilio, porque antes ella vivía en un cielo perfecto.

Descubrir su origen, su pasado y el de su madre, era la puntilla final.

Si eso no era enfrentarse a la madurez...

Rocío y Elisa se marcharían de vacaciones, ligarían, seguirían siendo adolescentes despreocupadas, aunque tal vez se enamorasen y sufriesen, o tal vez algo más, lo que fuera, las sacudiera de arriba abajo. No importaba. Se aferraban a la adolescencia. Durase lo que durase, mientras pudieran, vivirían mecidas y arropadas por su amparo. Ella ya no podía.

Y lo lamentaba.

Y lo odiaba.

–Si hubiese hecho algo con Juancho nos lo dirías, ¿verdad? –preguntó inesperadamente Rocío.

–No ha pasado nada todavía –alzó las cejas Cecilia.

–Pero nos lo dirías, ¿no? –insistió Rocío apuntándose a la cuestión.

–Sí –dijo Cecilia–. Claro.

Logró decirlo como si fuera una verdad incuestionable.

Y nadie más que ella supo que era mentira.

QUINCE

El atardecer en el parque confería al conjunto el apacible efecto del aislamiento. Poco importaba que por allí deambularan otras parejas cogidas de la mano, hablando o comiéndose a besos. Y poco importaban los últimos niños que aprovechaban el frescor de la puesta de sol con sus padres o los ancianos más vitales que le arrancaban al día la mayor cantidad de segundos de vida posibles. El efecto seguía siendo el mismo, el de hallarse en una isla abierta en mitad de la ciudad, una isla protegida del tráfico por la densidad de los árboles y los parterres, las zonas de hierba que servían de cama a los ociosos o los bancos en los que aleteaban las esperanzas igual que las mariposas dando vueltas por las flores.

Cecilia hubiera preferido no hablar.

Dejarse llevar y nada más.

Pero Juancho todavía no captaba o interpretaba sus silencios.

–Me gustan tanto tus pies –le dijo inesperadamente.

Los tenía bonitos, sí, pero era él quien se los había descubierto, hasta elevarlos a la categoría de obra de arte cincelada en carne. A Juancho le gustaba tocárselos, acariciárselos, hacerle masajes, y subir delicadamente por las pantorrillas hasta las rodillas. Decía que eran muy suaves.

Una vez se los había besado.

Y se le antojó lo más erótico que nadie le hubiese hecho o que ella hubiera sentido.

Ahora estaban los dos sentados; Cecilia de lado, así que tenía las piernas semiextendidas, y él en cuclillas. A Juancho le bastaba con inclinarse hacia adelante y extender la mano para alcanzárselos, aunque no lo hizo. Apenas sí les separaban unos centímetros. Podían aspirarse el uno al otro y sentirse más allá de cualquier contacto físico.

–Eres un fetichista –sonrió ella.

–Es la verdad.

–A mí me gustan tus manos.

–¿Sólo mis manos?

Era la clase de conversación tonta y estúpida, de enamorados, que no estaba dispuesta a mantener todavía. No en momentos como aquellos y mientras durase la tormenta interior, la que iba y venía de su mente lo mismo que los huracanes en el Caribe en la época estival.

Movió la cabeza a un lado. La pareja más próxima estaba tumbada sobre la hierba y

casi fundidos en un abrazo y un largo beso sin fin. Unos ancianos les criticaban desde uno de los bancos, casi a gritos. El chico y la chica sin embargo permanecían ajenos a nada que no fuese su amor y su apasionada entrega. Otra pareja, cerca de la primera, jugueteaba con los dedos de sus manos. Tenían las frentes apoyadas y miraban desde las alturas cómo sus veinte dedos dialogaban mudamente. Había otras hablando, o descansando panza arriba, o acariciándose.

Y Cecilia quería ser una de ellas.

Necesitaba un beso y un abrazo.

Como si Juancho leyera sus pensamientos, se inclinó sobre ella y la besó.

El deseo murió en su pecho igual que si fuese una pompa de jabón.

Estalló.

Permitió el beso, pero no lo correspondió. Dejó que él la disfrutara, que le entreabriera los labios, pero no colaboró en lo más mínimo. Cerró los ojos para buscar la empatía, sentir el calor, dejarse llevar y arrastrar, pero lo único que sintió fue el mismo miedo de todos aquellos días, la inseguridad de no saber qué le sucedía ni cuál era el color de sus sentimientos.

Despacio, pero con firmeza, puso fin al beso y se apartó.

Quiso ser dulce sin conseguirlo.

–¿Qué te pasa? –preguntó él.

–Nada.

–Perdona.

–No seas tonto.

–Con todo lo de tu madre es normal que no te permitas ser feliz.

–¿Quieres decir que me castigo?

–No, pero cuando se nos muere alguien cercano sentimos algo parecido a la culpa.

–¿Quién se te ha muerto a ti?

–Lo veo a diario en el hospital –Juancho hizo un gesto ambiguo–. A veces no sé si la gente llora por el que se va o si lo hace por la soledad propia, porque la ausencia es dura de sobrellevar. El que se va ya no siente nada, pero el que se queda...

–Es su agonía lo que me está matando a mí –le confió ella.

Seguían estando muy cerca, así que ella leyó en sus ojos, en su rostro, en la inmovilidad de sus manos. Supo captar el deseo en toda su dimensión e intensidad. Juancho no sólo la adoraba. Era ya más que amor. Se le había rendido.

En él, de pronto, todo era deseo.

Se rindió un poco, lo justo. Extendió su mano libre, ya que la otra la tenía apoyada en el suelo, y le acarició la mejilla. Luego, despacio, subió hacia la nuca, hundiendo sus dedos por la mata de pelo del chico. Notó cómo se estremecía.

El poder de una caricia.

Iba a besarle ella a él cuando el móvil detuvo su gesto.

Vaciló.

–No lo cojas.

–Puede ser mi abuela.

Estaban en casa, con su madre, pero seguían siendo dos ancianos octogenarios. Si se caía, si sucedía algo inesperado, no podrían con ella. Extrajo el móvil del bolso y lo miró con avidez.

Emilio.

Abrió la línea sin decirle nada a Juancho y se limitó a proferir un cáustico:

–Hola.

–¿Te llamo en mal momento?

–No, tranquilo.

–¿Alguna noticia de los de Omnitrace.com?

–No. Te habría avisado en seguida.

–Estoy de los nervios...

–Pues tómalo con calma.

Era ella la que tenía que estar nerviosa. Y sin embargo Emilio empatizaba la espera haciéndola suya, convirtiendo el tema en algo propio. Algo que formaba ya parte de su involución.

Como un niño atrapado por la magia de su último juguete.

–¿Cuándo te pasarás por aquí?

–En cuanto haya algo.

–¿Y si tardan?

–Vendré a verte, ¿vale?

Pareció aliviarle.

–Vale –la línea se llenó de gratitud–. Hasta luego.

Se quedó con el móvil en la mano y la sensación de irrealidad colgada del alma. Estaba a mitad de camino de ninguna parte, descansando unos minutos en un parque, a punto de besar a Juancho más por obligación que por amor y más por necesidad que por deseo, y le llamaba Emilio, con el que probablemente nunca podría acabar de cortar el lazo afectivo que les había unido.

A veces la vida era absurda.

¿O excitante?

–¿Quién era? –preguntó Juancho.

No se lo ocultó.

–Emilio.

–¿Tú...?

–Sí.

–Ah.

Otra necesidad: compartir todo lo que ya le pesaba demasiado. Si no confiaba en Juancho, ¿quién le quedaba? No quería compasión, ni un hombro para llorar. Quería vaciarse un poco. Hacer terapia.

–Estoy buscando a mi padre y él me ayuda –se oyó decir a sí misma.

–¿Cómo dices? –el pasmo invadió las facciones del chico.

Se lo contó, de la mejor forma que pudo, despacio y reflexionando cada palabra, para aquilatarla a sus sentimientos. Eso implicaba bucear en el fondo de sí misma y ser consecuente. Ni trataba de convencerlo a él ni perseguía la redención convenciéndose a sí misma. Bastantes preguntas le haría Juancho ahora que ella le otorgaba el supremo don de la confianza plena.

Su compañero no le hizo ninguna pregunta. La dejó hablar.

Hasta el final.

–Así que en eso andamos –hizo un gesto con la mano libre, abierta, dando a entender que no quedaba nada más por revelar ni compartir.

Juancho permaneció en silencio dos o tres segundos más.

–Me parece lógico que le busques –admitió.

–¿En serio?

–Si hay una posibilidad, ¿por qué no? Puede que sin saberlo hayas dado con la llave mediante la cual miles de personas abran otras tantas miles de puertas. Porque esto no lo ha hecho nadie, ¿verdad?

–No.

–¿Cuántas mujeres deben de inseminarse al año?

–He leído mucho sobre el tema. No hay datos de todos los países, pero por ejemplo en Estados Unidos hay unas noventa mil donaciones de esperma al año. En Inglaterra han nacido veinticinco mil niños en los últimos quince años.

–Pues eso te da una perfecta dimensión del tema. ¿A quién se le podía ocurrir que sabiendo la fecha de nacimiento y unos pocos datos, como los estudios, y guardando algo como eso de los cabellos de tu hermano, se consiguiera dar con otras gentes con el mismo ADN y en consecuencia seguir el rastro de una persona?

–Pues no es tan insólito.

–¿Te das cuenta de que eso puede cambiar muchas vidas? Si sientas un precedente...

–Juancho, yo no lo he hecho por eso. Sentía curiosidad por saber de dónde vengo, cómo es esa otra mitad que hay en mí y que desconozco.

–Si esa gente de Omni...

–Omnitrace.com.

–Si esa gente localiza a su padre, ¿qué harás?

–Sé que es muy difícil que lo consigan. Es como buscar una aguja en un pajar. Pero sí sucede... no lo sé, escribirle...

–¿Te imaginas? –Juancho abrió los ojos–. Hola, señor: soy su hija.

–Ya.

–Igual de ese mismo semen que donó han salido media docena más de Cecílias –se estremeció él.

No lo había pensado. Buscaba un padre, no una familia entera, llena de hermanastras y hermanastros, todos con una madre diferente.

–Dios, es de locos, ¿verdad? –suspiró agotada.

–No, que va –la apoyó de nuevo–. Lo único que temo es que si tu madre muere y le encuentras... te vayas otra vez a Estados Unidos. A fin de cuentas naciste allí.

–No creo que haga eso –fue sincera.

–Me alegro –también lo fue él–. Aunque ahora hay algo más importante que eso.

–¿Qué es?

–Que te obsesiones, o que te hagas daño a ti misma, tanto si le encuentran como si no. Cuando te quedes sola me temo que acabes siendo tan vulnerable...

–Lo pasaré mal.

Juancho alargó la mano y tomó la suya.

En ese momento Cecilia se dio cuenta de que sí le quería pero que, consciente o inconscientemente, trataba de apartarlo, como si no lo mereciera, como si el único espacio libre en su cuerpo estuviese reservado para el dolor.

El impacto la sacudió.

–¡Es increíble! –dijo de pronto Juancho–. Según la fecha de nacimiento de ese hombre y la de la inseminación de tu madre, tu padre donó semen con veinte años, así que... ¡tienes un padre con menos de cuarenta años!

DIECISEIS

Había cumplido todos los requisitos solicitados por los detectives de Omnitrace.com, incluido el envío de una provisión de fondos para gastos además de suministrarles todo lo que sabía. La palabra «espera» figuraba con letras rojas en su diccionario personal, pero se le hacía más dura cada día que pasaba. Las esperas nunca resultaban plácidas. Implicaban otros términos absolutos, como la paciencia, algo que a veces no tenía. Algún día recordaría aquel verano por muchas razones, su madre, Juancho, la inesperada búsqueda de su padre... Pero ahora, mientras lo vivía, se le antojaba lo más duro, lo peor de su existencia, porque el peso de la extinción de su madre superaba el nacimiento de su amor por Juancho y el interés despertado por la posible aparición de un padre.

Si aquellos apellidos, Hauser o Hausser, eran o se parecían al del donante de semen del cual ella había nacido, la búsqueda no tenía por qué ser larga.

También se daba cuenta del precedente que eso significaría.

Aunque le importaba muy poco ser una pionera.

Cerró la conexión a Internet y el ordenador resignada, un día más, a esperar las noticias procedentes de Estados Unidos. Un par de veces se había sentido tentada de escribir en persona a los dos «parientes», Robert y Thomas. No lo hizo por precaución, y porque siempre tendría tiempo de ponerse en contacto con ellos para preguntarles por su vida, su pasado y sus posibles parientes comunes. La cabeza a veces le dolía y otras le estallaba. Fuere como fuere, tal vez encontrara a «un padre» que al no ser consciente de haberlo sido se quedara consternado por su aparición.

¿Y si le hacía daño a él?

¿Cómo sería aquel hombre?

–No seas idiota –se dijo–. No van a encontrar nada.

Salió de su habitación y se encontró con su abuela arreglándose para marcharse a su casa. Había venido sola, sin el abuelo. Se fijó en sus movimientos cadenciosos, la forma en que se miraba en el espejo, coqueta. Por las fotografías de su casa y de la de ellos, sabía que había sido una mujer muy guapa, más que su madre incluso. Una belleza en un tiempo en el que las mujeres cuidaban los detalles, los peinados, el maquillaje, lejos de la complejidad del presente.

Se le acercó y la abrazó por detrás.

–¿Y a ti qué te pasa ahora? –le preguntó la mujer.

–Nada.

–Eres como tu abuelo.

–¿Y cómo es el abuelo?

–Un oso de peluche. Siempre necesita mimos.

Le sorprendió la revelación. Nunca se había imaginado a su abuelo como un oso de peluche. Le sorprendió todavía más la forma en que ella se lo había dicho, porque no hablaba del pasado, sino de su vida cotidiana.

Costaba imaginarse a unos padres amándose, pero aún más costaba imaginarse a los abuelos.

Y pensó que eso era el amor.

La compañía a través del tiempo.

–¿Cómo era mamá de joven, abuela?

–Rara –fue rápida.

–Vale, eso ya lo sé, conozco la historia, pero...

–Era rara, siempre fue rara, no hay más.

–Se fue de casa a los veinte años, sí, pero antes, a mi edad...

–Ya tenía sus propias ideas –le confió la anciana–. Vestía a su aire, era inteligente pero no lo empleaba en estudiar, leía mucho, devoraba cine y teatro, música... no paraba nunca.

–¿Y novios?

–Nunca le vi con un chico. Era muy reservada. Yo a veces le preguntaba, pero ella se limitaba a decir que todo llegaría.

–¿Y amigas? ¿Tenía amigas?

–Sí, muchas, claro, en especial una.

–¿Recuerdas su nombre?

–Esther. Era la hija de unos vecinos de la misma calle. Uña y carne.

–¿Qué fue de Esther?

–No lo sé. Cuando tu madre se marchó a Estados Unidos dejé de saber de ella. Bastante solos nos quedamos tu abuelo y yo.

–¿Nunca te contó nada?

–No –torció el gesto hasta convertirlo en una mueca de fastidio–. Cerrada, hermética, reservada... Todo lo ha guardado dentro de sí misma siempre. Tú deberías saberlo. ¿Te cuenta algo a ti?

–No mucho.

–Pues ya está.

La mujer se encaminó hacia la puerta seguida de cerca por su nieta. Se movía con dificultad, pero no utilizaba bastón. Su abuelo sí. En el fondo las tres eran muy parecidas. Al llegar al recibidor se dio la vuelta y esperó el beso de Cecilia.

–Gracias –la despidió su nieta.

–Está dormida y descansa. Déjala que siga así.

–De acuerdo.

Salió al relleno de la escalera, se dijeron adiós por última vez y la chica cerró la puerta sin hacer ruido. Cuando regresó a su habitación pasó por la de su madre para asegurarse de que seguía dormida. A veces la veía tan quieta que se acercaba asustada, impresionada, para comprobar si respiraba. Cada vez más le temía al momento en que pudiera encontrarla muerta, porque o moría en su casa o lo hacía en el hospital, y si era el primer caso...

La enferma respiraba.

Cecilia la miró con dolorosa ternura, luego fijó los ojos en el armario. Tan cerca. Tan lejos.

Su madre tenía que saber que cuando muriera ella lo encontraría todo, y leería los diarios.

¿Era su legado?

Una vez muerta, ¿le importaba ya poco lo que sucediera con los vivos?

No era la peor de sus confusiones, pero sí una más. Así que suspiró, salió de la habitación y regresó a la suya.

Cada día que pasaba en ella era una especie de penúltimo acto, porque cuando llegara el desenlace se iría a casa de sus abuelos por unos meses y perdería sus raíces, la casa en la que había vivido aquellos diez intensos aunque volátiles años de su vida.

DIECISIETE

Eduardo Torralba era un hombre de aspecto grave, mirada grave y talante grave. Su despacho también era grave. Una pared repleta de diplomas, otra con fotografías que le daban cierto pedigrí, muchos libros y algunos detalles añejos. Todo ello enmarcado en un ambiente severo y oscuro, con luces débiles y un silencio de funeraria. Para ser un abogado, cumplía ciertos requisitos, pero a Cecilia se le antojó más la oficina siniestra de una empresa de pompas fúnebres que un bufete lleno de doctos letrados.

–Así que eres la hija de Esperanza Valle –la escrutó como si valorara su candidatura para el puesto.

Cecilia optó por guardar las formas.

–Gracias por venir, y lamento las circunstancias, pero... cuanto antes lo hagamos, mejor, ¿no crees?

–Supongo que sí –asintió ella.

–¿Cómo está tu madre?

–Mal.

–Ya –chasqueó la lengua y curvó las comisuras de los labios hacia arriba en un gesto de fastidio–. Me sucedió con mi padre, en paz descanse, y sé por lo que debes de estar pasando. Nunca se es lo bastante fuerte para algo así.

–Yo lo soy –se arriesgó a decir Cecilia.

–Ojalá –la cubrió con una mirada aséptica.

–¿Puedo hacerle una pregunta?

–Por supuesto, soy vuestro abogado.

–Es que no sabía que mi madre tuviera uno.

–Todo el mundo debería tener un abogado –lo dijo convencido–. Nunca se sabe cuándo somos necesarios, y es mejor que exista una previa relación. Incluso una amistad, si es posible.

–¿Hace mucho que conoce a mi madre?

–Diez años. Le habló de mí un amigo común, vino a verme por unas cuestiones legales, y con el paso del tiempo ya convinimos que llevara sus asuntos. Es una mujer muy especial, con una fuerza tremenda. Para ella debe de ser terriblemente traumático pasar por lo que está pasando.

–Lo es.

–¿Le has hablado de mi llamada y de que venías a verme?

–¿Era necesario?

–No, supongo que no –convino Eduardo Torralba–. Todo lo que vamos a comentar aquí te atañe a ti. Sin embargo yo te llamé porque ella me avisó de su estado hace una semana.

–Lo entiendo.

–Bien –el abogado dio por terminados los prolegómenos y se inclinó un poco sobre su mesa de madera oscura, una mesa antigua y trabajada con mimo. Tenía un ordenador a un lado, pero lo que agarró fueron unos legajos y carpetas situadas en una esquina. Con ellos en la mano musitó–: Veamos...

Cecilia apenas sí se movió de la silla, al otro lado de la mesa. Seguía los gestos y las palabras de su anfitrión con cierto suspense. No había solemnidad, pero sí cadencia. Sin ser lo mismo, por un momento pensó en su madre, sentada frente al médico el día en que él le comunicó que tenía cáncer. Y después, el día en que le dijo lo que le quedaba de vida.

Tragó saliva.

–Naturalmente las últimas disposiciones de tu madre no tienen mayor secreto –empezó a hablar el abogado sin apartar los ojos de lo que estaba leyendo–. Todo lo que tiene es tuyo, y como nota más importante has de saber, que supongo que ya lo sabes, que no vas a quedar mal, es decir, que tienes suficiente dinero en el banco como para acabar los estudios universitarios e incluso vivir unos años, de manera modesta, pero sin agobios. En este sentido fue una mujer previsor.

–Sí –se vio obligada a decir algo.

–Vivirás con tus abuelos, claro –ahora sí, el abogado la miró por encima de sus gafas.

–Hasta los dieciocho sí. No tengo otro remedio.

–Mucho riesgo, ¿no crees?

–Mi madre se fue con veinte a los Estados Unidos, sola.

–Ya, pero...

Se encontró con la mirada de Cecilia y dejó de objetar.

Amistad o no, tampoco era su problema.

–Lo más urgente ahora mismo es lo que ella ha dispuesto para sus... exequias –buscó una forma elegante de decirlo.

–No le entiendo –se aturdió Cecilia.

–Tu madre quiere ser incinerada.

Creía que ya no quedaban sorpresas.

–No lo sabía –suspiró.

–Lo dejó escrito hace tiempo, cuando supo...

–Que iba a morir.

–Es una mujer muy valiente –la defendió el abogado captando el afilado matiz de la

respuesta de su cliente.

–Una mujer muy valiente que no habla nunca.

–Todo un personaje.

–¿En esos papeles aparece alguien más?

–No, ¿por qué?

–¿Ningún nombre, de aquí o de Estados Unidos?

–No.

–¿Le contó alguna vez algo de su vida?

–Nunca hablamos demasiado fuera de este despacho, y no tenía por qué hacerlo. Me dijo lo necesario, arreglamos algunas cosas legales cuando se instaló de nuevo en España, vimos la forma de cerrar su pasado americano, vender lo que tenía y traerlo aquí... Su trabajo como traductora tampoco es que le haya dado problemas. Y encima supo invertir bien sus ahorros. En este sentido todo lo hizo bien.

–Casi todo.

Eduardo Torralba sostuvo la intensidad de su mirada sin decir nada más. Probablemente conocía la naturaleza humana. Sabía reconocer gestos y tonos de voz. Su trabajo estaba hecho.

–Llegado el momento, deberás notificarme...

–Entiendo –apretó los puños por debajo de la mesa del abogado para que no lo viera él.

–Puedes contar conmigo para lo que necesites, asistencia legal o personal –se ofreció el hombre–. Lo que estás pasando es infrahumano a tu edad, y sé que tus abuelos son personas muy mayores con los que no vas a poder contar más que para lo justo.

–Gracias.

–Insisto en ello. No hablo por hablar. Yo también soy padre y abuelo.

–Gracias –se lo repitió Cecilia.

–¿Quieres conocer ahora la relación de bienes, estado de cuentas...?

–No, por favor –se sintió agotada.

–¿Tienes alguna pregunta más que yo pueda responderte?

–Me parece que no.

–En este caso...

El abogado se puso en pie. Fin de la entrevista. Cecilia lo imitó y mientras él rodeaba su mesa alargó la mano para estrechársela. El hombre sin embargo la sujetó por los dos brazos y le dio sendos besos en las mejillas.

Toda su gravedad desapareció en ese instante.

Se convirtió simplemente en una persona, un ser humano.

–Ánimo –le deseó.

Cecilia sintió como se le doblaban las rodillas. Ya no lloraba tan fácilmente, pero con cada emoción se le formaba un enorme nudo en la garganta que le impedía hablar y respirar. El nudo aparecía como surgido de la nada, y luego se fundía poco a poco, despacio, prolongando aquella sensación de desamparo.

No supo muy bien de qué manera salió del despacho, ni escuchó las palabras finales del abogado, ni recordó haber caminado a lo largo de aquellos pasillos hasta la puerta del bufete. De pronto se vio en un ascensor, y luego en la calle, y una vez en ella, batida por el implacable sol...

La despertó el sonido del móvil.

Volvió a la vida y lo extrajo del bolso que llevaba al hombro. Más bien una bolsa. En la pantallita apareció el nombre de Emilio. Los de Omnitrace.com tenían que escribirla a ella, pero pensó que su amigo había descubierto algo más. Abrió la línea y se lo llevó al oído.

Apenas si llegó a pronunciar el nombre.

–¿Em...?

–¿Cecilia, eres tú?

–Sí, señora Marta, ¿sucede algo? –se envaró al escuchar el tono agitado de la mujer.

–¡No sé qué le pasa a Emilio! –la desesperación arrasó la línea–. ¡Lleva dos días encerrado en su habitación, no come, incluso hace sus necesidades en un orinal...! ¡Ay, hija, estoy preocupada! ¡Muy asustada! ¡Y como sólo habla contigo...!

–Cálmese, señora Marta. ¿Ha avisado a...?

–¿Puedes venir? –la interrumpió más y más dominada por el pánico–. ¡A ti te deja entrar, y te cuenta cosas! ¡No quiero que se me lo lleven y lo encierren! ¡Por favor, Cecilia, por favor!

Sin darse cuenta, antes de que ella se lo pidiera, ya había empezado a correr por la calle.

DIECIOCHO

A duras penas logró dominar la excitación de la madre de Emilio. La mujer, hablando a trompicones y llorando, rozando la histeria, la abrazaba con furiosa avidez, como si ella tuviera la clave de la mejoría de su hijo. Si en su casa el ambiente era de funeral, allí era de locura. La antesala del manicomio. El padre de Emilio, el señor Raúl, intentaba calmar a su mujer, abatido, sin apenas alma o fuelle para hacer mucho más de lo que hacía. Uno estaba dominado por los acontecimientos. La otra superada por ellos.

–Déjeme sola con él, ¿de acuerdo?

–¡No abre la puerta, la ha cerrado por dentro! ¡Ya no sabemos que...!

–Si les ve a ustedes o les oye puede que tampoco me abra a mí –insistió Cecilia.

–¿Pero por qué?

–¡No lo sé! –tuvo que gritar ella también–. ¿Quiere que lo intente o no? ¡Para eso me ha llamado!

–Déjala, Marta –exhaló el cabeza de familia.

–Sí, sí... –asintió nerviosa.

Su marido tiró de ella. Cecilia se zafó del abrazo. Todo muy despacio. Cuando se sintió libre caminó hasta la puerta de la habitación de su amigo. Se aseguró de estar sola y llamó con fuerza, porque del otro lado el volumen de la música era muy alto. Pegó los labios a la madera y gritó:

–¡Emilio, soy yo, Cecilia, abre!

No estuvo segura del éxito de su primer intento. La música se mantuvo a su máxima potencia decibélica. O no estaban los vecinos o admitían estoicamente la gravedad de la situación. Golpeó con mayor virulencia la puerta y dobló el tono de su voz.

–¡Emilio, soy Cecilia!

Esta vez lo consiguió.

La música descendió lo justo.

–¡Soy Cecilia, abre! –insistió–. ¡He venido a verte!

Contuvo la respiración. La música bajó por segunda vez, aunque no se extinguió del todo. Al otro lado de la puerta escuchó a Emilio, tan pegado a la madera como lo estaba ella.

–¿Quién está contigo?

–¡Estoy sola!

–¿No vienes con ellos?

Pensó que se refería a sus padres.

–No.

–Cecilia, no me engañes. Tú no.

–¿Cuándo te he engañado? ¡Quieres abrir de una vez! –se puso furiosa.

Esperó un segundo, dos, tres. El sonido del pasador la tranquilizó un poco, lo justo. La puerta se entreabrió finalmente y por el hueco apareció uno de los ojos del chico. La miró a ella, pero de inmediato buscó algo a su espaldas.

–Ellos saben que somos amigos –dijo–. Podían haberte seguido.

–¿De qué ellos hablas? Tus padres están ahí, preocupados...

–¿Mis padres? –Emilio acabó de abrir la puerta–. Pasa, corre. Yo no hablo de mis padres. Hablo de ellos, ¿entiendes? ¡Ellos!

Se lo quedó mirando más asustada que desconcertada mientras él cerraba la puerta y echaba el pasador. Emilio tenía todo el aspecto de un alucinado, pálido igual que si nunca hubiera tomado el sol, ojos abiertos, movimientos rápidos y nerviosos, la ropa muy arrugada, como si llevara mucho más que dos días encerrado y sin lavarse. La habitación olía mal. Él olía mal. No se había afeitado la incipiente barba juvenil y el pelo, discontinuo todavía, poblaba su rostro de zarpazos negros.

Lo primero que hizo la recién llegada fue intentar subir la persiana y abrir la ventana.

–¡No! –se lo impidió el chico.

–¡Esto huele que apesta!

–¡Ellos pueden espiarme, tienen aparatos para eso, y están los satélites artificiales!

–¡Emilio, basta ya!

–Ven, ¡ven! –no le hizo caso, la tomó de la mano y la arrastró hasta su silla, frente a sus equipos informáticos–. ¡Mira!

Cecilia miró los ordenadores, las pantallas iluminadas llenas de cifras, gráficos y toda una parafernalia de la que no entendía nada en absoluto.

–¿Qué he de ver, por Dios? –gimió.

–¡¿No te das cuenta?! ¡Es sensacional pero... aterrador! –abarcó sus equipos informáticos–. ¡Esa es la manera en que la CIA intoxica los medios de comunicación del mundo entero! ¡Fíjate! –apuntó una de las pantallas–. ¡Informaciones falsas, simples rumores en determinados medios, mentiras leves... y luego todo se amplifica, las noticias se expanden hasta convertirse en auténticos aludes! ¡Todo dirigido con astucia milimétrica, siguiendo un patrón previamente elaborado para que las masas conviertan esas mentiras en verdades incuestionables! ¡Es... un complot, un plan absoluto!

Cecilia se sintió mareada, tanto por la certeza de la locura de Emilio como por el hedor y la música, todavía demasiado alta.

La apagó.

Después subió la persiana y abrió la ventana.

–¡No! –suplicó el chico.

Su exaltación, su nerviosismo, de pronto se quebró y le convirtió en un ser vulnerable y patético. La luz diurna penetró en la estancia barriendo las sombras de todos los rincones. Se apartó de la ventana con miedo, ojos muy abiertos, angustia en sus facciones. Cecilia sintió lástima por él.

Un solo segundo.

Hasta comprender que la lástima no le ayudaría.

–No les digas nada a mis padres –musitó él–. Son mayores y se asustarían mucho.

Ella se plantó delante suyo.

Le cogió el rostro con ambas manos.

–Basta –le dijo con la voz más firme que pudo encontrar.

–Ceci, ¿es que no entiendes...? –miraba la ventana lleno de aprensión.

–¡Basta, Emilio!

El miedo se hizo angustia. La chica no dejó que apartara la cara.

–Mírame a mí.

–Ceci...

–Vas a matarte.

–¡No! ¡Ellos...!

–¡No hay nadie, no has encontrado nada, todo está aquí –le sacudió la cabeza–, y te está volviendo loco! ¡El mundo real está ahí afuera, no en esos aparatos!

–¿Y lo que he descubierto?

–¡Hay miles, millones de páginas en Internet, y todas tienen su película! ¡Pero lo importante es mantenerte dentro de la tuya!

–Ceci, tú no sabes...

–Sé que mataste lo nuestro –estuvo a punto de echarse a llorar–. Y ahora te estás matando a ti mismo.

–Yo no maté lo nuestro.

–¡Lo mataste, y yo no me di cuenta, no lo supe ver! ¡Creía que eras un cerebritito, estaba orgullosa de ti, pero cruzaste los límites, me dejaste atrás y te internaste por ese mundo de luces y sombras! ¡Ni el amor pudo contigo, maldita sea!

Vaciló. Estaban tan cerca que sus respiraciones eran una sola. Sus agitaciones respectivas los hacían temblar. Las lágrimas que pugnaban por aparecer en el rostro de Cecilia se reflejaban en las que ya aleteaban en los ojos de él. Había tanta energía entre el delicado espacio que los separaba que cualquier cosa hubiera sido posible.

Incluso aquello.

Cecilia le besó.

Una vez, fuerte, con sentimiento.

Emilio no dijo nada. Ni reaccionó. Se la quedó mirando como si fuera una marciana, alguien sorprendente que acababa de hacer algo insólito.

Cecilia lo repitió.

Pero ahora más despacio, con una pasión mucho más medida, dejando que él percibiera el beso hasta la plenitud. Le entreabrió los labios con los suyos, proyectó su lengua hacia el interior de la boca, se la acarició y lamió la del chico. Dejó de importarle que olera mal. No se trataba de eso. Sin dejar de sujetarle el rostro con las manos se unió a él, pegó su cuerpo al suyo y le abrazó.

Le hizo sentir.

Por un instante, Emilio incluso compartió el beso.

Su intensidad.

Por un instante.

Al separarse, ella le abarcó con el infinito de su mirada.

–¿Lo has olvidado? –le preguntó.

Emilio era una máscara.

–Dime, ¿lo has olvidado? –repitió la pregunta.

Logró hacerle salir de su ostracismo.

–No.

–Si puedes recordar esto, y darte cuenta de lo que tienes ahora, del vacío en que vives, y de lo mucho que te espera ahí afuera –señaló la ventana con un gesto de cabeza–, es que aún tienes una esperanza.

–Pero yo... –el chico miró sus equipos informáticos.

–No renuncies a tu vida por nada. Yo soy real, ellas no. El mundo es real, ellas no. Las personas tienen sangre, corazón, cerebro. La sangre de las máquinas está hecha de energía y el resto... es virtual, flota en alguna parte.

–Las máquinas no engañan –se aferró con desesperación a lo que le había mantenido con vida durante tantos meses.

–Yo tampoco te engaño, Emilio.

–Tú te fuiste, y en cambio ellas... estarán siempre ahí.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo sé –gimió.

–No –se mantuvo firme–. Y sé que eres más listo que eso. Tanto que pese a costarte entender la verdad llegarás a ella de una forma u otra. Lo malo es que si lo haces demasiado tarde ya no habrá retorno, y habrás tirado tu juventud, tu propia vida. Sólo tienes que salir de esta habitación, de esta casa, y pisar la calle. Sólo eso.

Emilio miró la puerta.

–No es... tan fácil –se estremeció.

Ya no estaba excitado, ni paranoico, ni hablaba de la CIA o de complots internáuticos. El beso lo había calmado, relajado hasta devolverlo a un plano real.

Por lo menos en aquel momento.

–¿Dejarás la ventana abierta?

–Bueno –suspiró.

–¿Y saldrás a lavarte?

Otra mirada en dirección a la puerta. Segundo estremecimiento.

–Está bien –se rindió.

Cecilia le abrazó por última vez.

Había tenido que besarlo para calmarlo, pero también para darse cuenta, por fin, de que ya no le amaba como le había amado en un tiempo remoto, aunque nunca dejaría de quererlo mucho más que a un amigo.

Un círculo cerrado.

–No volveré por aquí, Emilio –le confió dando un primer paso en dirección a la puerta–. La próxima vez que quieras verme, tendrás que salir tú.

La alcanzó, la abrió, le miró y salió de allí sin cerrarla.

DIECINUEVE

Le dolía la cabeza de tanto pensar.

Y castigarse.

Emilio prefirió volverse loco con sus aparatos antes que seguir con ella. Descubría que amaba a Juancho pero eso le daba tanto miedo como antes no saber si era así. Su experiencia sentimental no era muy extensa, y estaba resultando más bien desastrosa. Encima, desde que descubriera la verdadera naturaleza sexual de su madre...

Se imaginó besando a Elisa o a Rocío.

Cerró los ojos y apartó esa idea de su cabeza.

Si «su padre» resultaba que había terminado siendo un asesino en serie, ¿tenía que serlo ella?

¿Qué habría heredado de aquel hombre que un día, con veinte años, decidió donar o vender su semen y que ahora ignoraba que al menos una hija suya formaba parte del zoológico de la Tierra?

Llegó a casa con la cabeza del revés y antes de abrir la puerta llenó los pulmones de aire. Nunca sabía qué iba a encontrar al otro lado. Le tenía tanto miedo al instante decisivo que los pasos previos se convertían en una tortura. Siempre había pensado que la muerte era algo inesperado, no un proceso agónico y extenuante, tan y tan cruel. La abuela de Rocío había muerto dos años antes mientras dormía, dulcemente, sin enterarse. Y esa era una buena muerte.

La de su madre más parecía un castigo.

Entró en el piso con el cuidado habitual, y antes de llegar a la habitación de su madre escuchó el ruido en la cocina. No podía ser la abuela porque no era su hora. Dejó lo que llevaba, renunció a pasar por su habitación para ponerse cómoda o por el lavabo para refrescarse la cara y se dirigió a la cocina. Para su sorpresa, se encontró allí a su madre, como si tal cosa, de pie y cocinando.

–¡Mamá! –no supo si alarmarse o quedarse en la sorpresa que eso le producía.

–¡Ah, hola! –la saludó concentrada en la sartén.

–¿Qué haces?

–¿No me decís que coma? Pues me estoy preparando una tortilla. Reconoce que nadie hace mis tortillas.

–¿Estás bien?

La miró como si la pregunta fuese una estupidez.

–Pues claro, ¿no lo ves?

Decían que antes del momento crítico los enfermos se recuperaban, que experimentaban una mejoría inmensa antes de caer hacia el abismo. Como tocar el cielo por última vez. Cecilia no supo si achacarlo a eso o al simple hecho de que su madre era mucha madre.

–Deberías estudiar un poco más o en septiembre no te sacarás lo que suspendiste –se puso combativa.

Sólo le faltó agregar: «Si no apruebas y has de repetir curso o te quedan asignaturas pendientes no podrás llegar como Dios manda a la selectividad, y ahora no puedes perder el tiempo porque te quedarás sola».

–Ya estudio, mamá –se sintió igual que una niña pequeña.

–Prométeme que iras a la universidad.

Su madre ya no miraba la tortilla, a punto en la sartén. La miraba fijamente a ella, con aquellos ojos inquisitivos y poderosos, olvidados en el largo proceso de su deterioro y recuperados ahora de forma inesperada.

–Ya sabes que sí.

–Es que ahora, con novio y todo... –puso cara de dudas y tomó la sartén con una mano y un plato con la otra.

–Juancho y yo no somos novios.

–Bueno, no sé cómo lo llamáis ahora, pero antes, cuando un chico y una chica salían juntos, eran novios.

La tortilla ya estaba en el plato. Lo dejó sobre el mármol para que alcanzara su punto y se sentó en una de las sillas de la cocina. En el gesto de contenido dolor evidenció que nada había cambiado, que sólo era una de sus pruebas de fortaleza, aunque el hecho de que estuviera de pie y cocinando constituía una maravillosa imagen.

–¿Has visto a Emilio recientemente?

–Sí –no le reveló que acababa de estar en su casa.

–¿Cómo sigue?

–Encerrado.

–Pobre chico –su gesto fue de pena.

–Puede que él tenga razón –Cecilia se sintió combativa–. Para lo que hay aquí afuera –señaló la ventana de la cocina.

–No digas eso. La vida es algo increíble.

–Es la verdad.

–Ni lo digas ni te deprimas, ni culpes al mundo de tu mala suerte ni de lo que me pase a mí, ¿de acuerdo? La vida es precisamente eso.

–Pues vaya mierda.

–¡Cecilia!

–Voy a quedarme sola con diecisiete años, mamá.

–Lo sé –sus ojos siguieron mostrando fortaleza a medida que la rabia de su hija aumentaba–. Pero eres fuerte.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque te he educado para eso y porque te pareces mucho a mí.

–Puedo tener algo de mi padre.

–No lo sé –admitió.

–¿Y crees de verdad que me has educado para ser fuerte?

–Sí.

–¿Cómo?

–Hay muchas formas de hacerlo.

–¿Sin decirme nunca nada?

–¿A qué te refieres?

–He tenido que saber por tu abogado que deseas ser incinerada.

–Lo había comentado algunas veces.

–Comentar no es decirle a tu única hija: «Cuando muera quiero que me quemes».

–¿Me estás reprochando algo? –frunció el ceño.

–¿De verdad crees que lo has hecho bien?

–Sí –fue categórica–. Todos los padres cometemos errores, pero creo que lo he hecho bien.

–Mamá –Cecilia dominó la rabia para no estallar–. No sé quién eres.

–Ningún hijo sabe cómo son sus padres. O no quieren o no se lo imaginan o no les interesa. Es ley de vida.

–Eso es una chorrada. Tú y yo estábamos solas, y ahora llevas meses enferma.

–Pregunta.

La alucinó su frialdad, la manera de decírselo. Y también la naturalidad con que lo hizo.

–¿Qué?

–Pregunta lo que quieras.

–¿Ahora? –la alucinación aumentó–. ¿Aquí, mientras te comes esa tortilla, como si tal cosa?

–Pues sí. No me queda mucho tiempo –colocó la tortilla delante suyo–. ¿Me alcanzas el tenedor, cariño?

Cecilia quería gritar.

–Mira, mamá, no soy yo la que tiene que preguntar, de entrada porque se supone que no sé qué preguntar. Eres tú la que tiene que contar las cosas, compartirlas y todo eso, que para algo eres mi madre.

Logró hacerla parpadear. Dejó de centrar su atención en la tortilla y volvió a mirarla a ella. Lo que vio Cecilia en sus ojos fue amor, un amor intenso y pleno, un amor absorbente, de alguien que se va y quiere llevárselo todo para consumirlo en la eternidad. Pero también leyó en ellos algo aún más evidente, algo parecido a: «Te protejo y te protegeré siempre. No quiero que te hagan daño».

Aunque para ello se llevara sus secretos a la tumba.

Sin darle la oportunidad de conocer la verdad y decidir por sí misma.

¿Y si los padres, en su afán de proteger a sus hijos, se protegían en realidad a sí mismos... y a los hijos de ellos?

–No hay mucho que contar, Cecilia –dijo de la forma más llana posible.

–¿Estás segura?

–Os tuve a ti ya Simón porque se me acababa el tiempo y quería ser madre.

–No me refiero sólo a eso.

–¿A qué entonces?

¿Le decía que había leído partes de aquel diario?

¿Le contaba que había traicionado su intimidad y su confianza como una vulgar ladrona de recuerdos y sensaciones?

–Déjalo –suspiró la chica con fastidio, abortando el último conato de rabia que pugnó por estallar en su pecho.

–Cecilia –su madre la detuvo antes de que saliera de la cocina.

–¿Sí, mamá?

–¿Qué te pasa?

–No, mamá –lo dijo despacio–. ¿Qué te pasa a ti?

–Me muero.

Lo había oído muchas veces. Muerte, muerte, muerte. Le dolía. Lo veía día a día y noche a noche. La estaba matando también a ella. Marcándola de una forma indeleble, convirtiendo aquellos días en un vértice entre su pasado y su futuro. Nunca olvidaría todo aquello y lo sabía. Pero esta vez fue igual que una bofetada. La muerte utilizada como resignación y punto final, sin esperanza.

El fin de los secretos, porque todos desaparecerían con ella.

Salvo por aquellos diarios.

¿O pensaba llevárselos a la tumba con ella?

–Tampoco es eso –suspiró Cecilia.

–¿Entonces qué es?

–Si no lo sabes...

Acabó de salir de la cocina, dejándola a ella sola frente a su tortilla aun sabiendo que ya no se la comería.

VEINTE

La mole del hospital se erigía igual que un templo en mitad de la zona. Desde las habitaciones, bien lo sabía ella, las calles formaban parte de otro mundo. La enorme distancia entre los enfermos del interior y las personas en apariencia sanas del exterior, era asombrosa principalmente para los primeros. Al revés, desde el exterior, las sensaciones eran distintas. Siempre se lo había parecido así. Estaba segura de que a nadie de la calle se le ocurría levantar la cabeza, mirar las ventanas, e imaginar que allí se jugaba con la vida para burlársela a la muerte. Nadie de la calle intuía las lágrimas, ni pensaba en las personas entubadas de la UVI, ni en los familiares que pasaban la noche en butacas pendientes de sus enfermos. ¿Para qué hacerlo?

Algún día les tocaría a ellos, mal dormir en una butaca o estar en esas camas.

–¿En qué piensas? –le preguntó Juancho.

–En lo distinto que se ve el hospital desde aquí afuera –respondió Cecilia.

–A mí me gusta –le reveló él–. Por cada persona que se cura...

–Eres un romántico.

–Pues sí, ¿y qué?

–Y un vitalista –se lo reconoció.

–¿Ah, sí? ¿Y eso qué es?

–Una persona llena de ánimo, siempre, con la suficiente carga de optimismo como para que las cosas te hagan menos daño. En este sentido te pareces a mi madre.

–¿Tú eres pesimista?

–¿No dicen que un pesimista es un optimista bien informado?

–Dime, ¿lo eres?

–No, pero me siento como esos boxeadores a los que derriban una vez, se levantan, y vuelven a derribar, se levantan, y vuelven a derribar. Esperan que suene la campana salvadora. No piden más, sólo que suene la campana, para descansar unos segundos antes de volver al combate.

–¿Y tú esperas esa campana?

–Sí, hace tiempo.

–Pero la vida no es un combate de boxeo, ni hay campanas que la detengan un rato.

–¿Te crees que no lo sé?

Juancho miró la hora. Le quedaban unos diez minutos antes de regresar. Esa era su campana. Sentados en el banco de la avenida, uno frente a otro y en cuclillas, ocupaban todo el espacio, impidiendo que otras personas los acompañaran. Pero había bancos

libres, y a la sombra, como el suyo, así que no se sentían culpables.

–Quería decirte algo –musitó él con suavidad.

Cecilia se envaró.

–Cuando esto termine...

–¿Quieres decir cuando mi madre haya muerto?

–Sí –se rindió–. Cuando todo esto termine quería proponerte que viviéramos juntos.

Sonó igual que un disparo en su razón.

Sobre todo porque ella misma había llegado a pensarlo en más de una ocasión.

–Juancho, voy a cumplir diecisiete años, y tú tampoco eres lo que se dice un adulto.

–La edad no importa, y la situación es excepcional.

–Sí importa –recuperó el espíritu del abogado del diablo–. Yo soy menor de edad, he de vivir con mis abuelos.

–Habla con ellos.

–¿Se les muere su única hija y su nieta se va a vivir con un chico? ¡No puedo hacerles eso, al menos por el momento! ¡Necesito un tiempo para prepararles, y por supuesto les diría que quiero vivir sola, no lo nuestro!

–¿Entonces lo harías? –se animó él.

–Ya pensaba irme y montarme la vida, sí, pero al cumplir los dieciocho.

–Déjame que cuide de ti.

–¿Y por qué ha de cuidarme alguien? –se irritó–. Puedo hacerlo yo sola.

–Dime sólo una cosa. ¿Lo harías?

–No lo sé –fue más que sincera.

–Yo te quiero.

–Ya lo sé.

–¿Y tú a mí?

–¿Qué tiene que ver eso con irnos a vivir juntos?

–Dime, ¿me quieres?

Se lo tomó con calma por espacio de tres segundos. Ya lo había pensado, y decidido. Lo único que quería y necesitaba era unir cada cosa en su momento y en su espacio.

–Creo que sí –dijo demasiado imprecisamente.

–¿Sólo lo crees?

–No quiero confundir amor con necesidad –frunció el ceño y decidió contratacar–. ¿Y por qué estás tan seguro de que me quieres? La gente se cuelga sin más, en un abrir y cerrar de ojos, y más los tíos.

–Yo sé lo que siento.

–¿Cuántas novias has tenido?

–¿Novias? –se extrañó por lo directo de la pregunta–. Ninguna, y menos a la que haya

propuesto irnos a vivir juntos.

–Vale, ¿pero cuántas?

–¿Por qué lo quieres saber?

–Si vamos a vivir juntos no quiero ver aparecer a una ex y quedar como una tonta. En mi caso tú sabes que antes estuvo Emilio.

–¿Nadie más?

–¿Cuenta un beso de un niño en el colegio a los nueve años?

–No creo.

–Pues eso. Te toca.

–Hay parejas que no hablan de las relaciones pasadas, por miedo, por celos, por respeto...

–Te toca –insistió Cecilia.

–Dos... sin contar el beso a una niña en el colegio a los diez.

–¿Tú besabas a las niñas en el colegio? –se extrañó ella.

–Fue de mutuo acuerdo, y nos pillaron.

–¿En serio? –no se lo imaginó.

–Sí. Y ahí acabó todo. Mis padres quedaron convencidos de que yo era un salido. La niña era un dulce, por cierto.

–¿Y las dos novias?

–Vaya por Dios –suspiró Juancho.

–Suéltalo.

–Blanca y Clara, una a los quince y otra a los dieciséis.

–¿Y desde los dieciséis nada?

–Nada.

–¿Qué pasó con ellas? –mantuvo el tono inquisidor.

–Blanca se enamoró de otro, muy voluble ella, y Clara, su mejor amiga, se aprovechó de la vacante, cosa que yo también aproveché por mi parte.

–Típico de los tíos. Lo fácil.

–No fue fácil.

–Si ella fue a por ti, sí.

–Bueno, pues por eso no duró mucho. Sólo escarceos, con las dos.

–¿Y nada más hasta que aparezcó yo?

–Nada más, te lo juro.

–No te pedía un juramento.

–Soy tuyo, estoy como quien dice nuevo –abrió los brazos como si se publicitara–. Y ahora deja de enrollarte tanto y volvamos al comienzo, a lo de si querías vivir conmigo.

–Ya te he dicho que no lo sé, y menos antes de los dieciocho, para lo cual falta un año

y unos días.

–¿Lo pensarás?

–Sí.

–Es suficiente.

Todo estaba dicho. Y se acercaba la hora de la separación, el momento en que él debía de volver al trabajo.

Cecilia se inclinó hacia adelante y Juancho la recibió en su seno. Luego se acomodó un poco mejor y quedó tumbada, arropada por el abrazo del chico.

Sintió la caricia en los brazos, en el vientre, el beso entre el pelo, la tenue fuerza de toda su ternura.

Cerró los ojos y se relajó.

Dejándose querer.

VEINTIUNO

A quien menos podía esperarse encontrar en pleno verano era a su tutor, Ricardo Blázquez. Había hablado con ella antes de abandonar el instituto, a causa de los tres suspensos, y le marcó una serie de normas y directrices para que recuperara y aprobara en septiembre. Las normas y las directrices, así como los deberes para mantenerla en funcionamiento, se las había pasado por el forro, no por rebeldía personal, sino por impotencia. Se le antojaba que cuanto le sucedía era tan y tan grande, tan grave, que estudiar en aquellas circunstancias era lo de menos.

Primero pensó en su mala suerte.

Luego comprendió que el encuentro no era ni mucho menos casual.

Se sintió desfallecida.

–Señor Blázquez... –se dejó arrastrar por un conato de abatimiento.

–¿Cómo estás, cariño? –la besó en las mejillas, como viejos amigos que se reencuentran.

Era un hombre joven, de unos treinta y algunos. A Rocío le gustaba más que mucho. Rocío siempre decía que, en el fondo, los hombres mayores eran mucho mejores, por experiencia, por haber vivido, porque se podía aprender de ellos. Los jóvenes, siempre según su amiga, no tenían ni idea, de nada, y mucho menos de temas afectivos, aprendían sobre la marcha gracias a ellas, se equivocaban sin arreglar ningún estropicio y después... En cambio los mayores eran más constantes, agradecían a la vida sus dones, en especial los sentimentales. Su tío de cincuenta se había enamorado de una chica de veintitrés y por lo visto ella le contaba muchas cosas, como amigas.

Rocío era Rocío.

Para Cecilia el profesor Blázquez, su tutor, era un hombre atrapado en una cárcel de cristal. Daba literatura y su sueño era convertirse en escritor, cosa que nunca había logrado profesionalmente. A veces se preguntaba cuántos libros le habrían devuelto las editoriales, y a cuántos premios se habría presentado sin éxito.

Aunque no era un mal tipo, todo lo contrario.

La prueba era que estaba allí, en una tarde de julio dominada por el sol y la presencia de las vacaciones de agosto a la vuelta de la esquina.

El hombre no se anduvo demasiado por las ramas.

–¿Tu madre...? –soslayó su rostro.

–Resiste –fue lo único que acertó a decir.

Ricardo Blázquez suspiró. No supo si como muestra de alivio o como sentimiento de

pesar al darse cuenta de que nada había cambiado, que todo seguía igual.

Arrastrando a su alumna.

–¿Cómo estás tú?

–Yo también resisto –sonrió levemente.

–Ha de ser muy duro.

–Sí –no se lo ocultó ni quiso concederse la frivolidad de la resignación.

–Escucha, Cecilia, ya sé que debe de ser en lo que menos piensas, pero...

–Ya repaso –le mintió.

–¿Seguro?

–Al menos lo intento. No tengo la cabeza lo que se dice muy centrada.

–Lo imagino.

–He de atenderla, llevarla al hospital, estar pendiente de su evolución y su estado, ocuparme de cosas que ni siquiera sabía que existían... Mis abuelos tienen demasiados años.

–Sabes que yo intentaré que sean benevolentes contigo, que los exámenes no sean excesivos, para que no pierdas el curso, pero...

–El señor Damián no colaborará –se refirió al profesor de matemáticas.

–Contra él no puedo nada. Sigue siendo un hueso.

–No se preocupe.

–Sabes que sí lo hago –respiró con avidez antes de soltar lo que, probablemente, había ido a averiguar-. ¿Puedo preguntarte algo?

–Claro.

–Es... personal –fue sincero.

Cecilia se encogió de hombros, aunque temía esa clase de preguntas. Y todo el mundo se las hacía, comenzando por Juancho.

–¿Estás llevando esto tú sola?

–Sí.

La mueca fue de desagrado y pesar.

–No podrás –le dijo.

–¿Por qué?

–Porque nadie es tan fuerte a los dieciséis años.

–Cumpló diecisiete el próximo día 3.

–Da lo mismo, no te hagas la lista. Diecisiete son los mismos que dieciséis y, si me apuras, que dieciocho. Simplemente no estamos preparados para algo así. Y sé lo que me digo. Yo perdí a mi padre a los diecinueve y aún no lo he aceptado. Llevo toda mi vida con ese peso y su ausencia encima de mi ánimo.

–¿Y qué quiere que le haga?

–Puedo buscarte un psicólogo.

–No.

–Cecilia...

–¿Para qué quiero un loquero, para que certifique el tema?

–Necesitas llorar.

–Ya lloro.

–Y sacar fuera toda la mierda, porque esto te afectará el resto de la vida.

–No iré a ningún psicólogo ni psiquiatra ni nada que se le parezca –se mantuvo firme.

–Puedo recomendarte a un amigo. No te cobrará.

–No.

–¡Ve a verle una sola vez!

–¡No!

–¡Maldita sea! ¿Por qué sois tan cabezotas todas las adolescentes? ¿Qué os creéis, que sois de hierro?

–¿Quiere que lllore? –aparecieron dos enormes perlas en sus ojos–. ¡Ya lloro! ¿Quiere que lllore más? ¡Puedo hacerlo! –las perlas resbalaron por sus mejillas como torrentes desatados, hasta llegar a la barbilla, desde donde despegaron hacia la nada–. ¡Joder!, ¿vale? ¡Ya lloro!

–Dios, cariño...

Hizo ademán de querer abrazarla pero ella dio un paso atrás. No quería más consuelos. Fue una reacción visceral. Apreciaba a su tutor, le caía bien, y era un tipo genial, como lo demostraba el hecho de que estuviese allí, interesándose por su estado.

Pero la mantenía en pie la rabia, y no quería perderla.

Ni renunciar a ella.

–Por lo menos habla conmigo –se rindió el hombre–. Cuando quieras, a la hora que lo necesites, de día o de noche. Yo acudiré. Tienes el número de mi móvil.

–Me lo dio, sí.

–Pues no lo pierdas.

Se pasó el antebrazo por los ojos y retiró las lágrimas, los restos de la humedad. Con ello abortó el conato de desesperación. La calma volvió a su ser, y la tensión de sus terminaciones nerviosas desapareció lo mismo que el agarrotamiento muscular.

Todo estaba dicho, o casi.

–Gracias –le dijo a Ricardo Blázquez.

El hombre se encogió de hombros.

El último acto fue para el beso común, en las mejillas, antes de que él iniciara la retirada, cabizbajo, y ella retomara el camino a su casa.

VEINTIDOS

La ambulancia pasó por delante de ella en la esquina de su calle, como si acabase de arrancar y tomase ímpetu tras recorrer los primeros metros. Nada más doblarla conectó la sirena.

La estridencia de aquel sonido histérico la sobresaltó.

–¡Mamá...! –gimió.

Echó a correr en el mismo instante en que el corazón le daba un vuelco y la sangre huía de su cabeza.

No parecía haber nadie frente a la casa, pero no se fió. Incluso la calle estaba demasiado tranquila. Aun así no menguó en su esfuerzo. No se necesitaba a toda la vecindad para sacar a su madre en camilla, ni para meterla en la ambulancia. A la carrera, esquivando peatones, con los talones de sus zapatillas deportivas golpeándole el trasero debido a la fuerza de su impulso, devoró la distancia que la separaba del edificio y se lanzó sobre el vestíbulo con el fantasma del miedo final atenazándola sin llegar a dominarla, porque de lo contrario sus músculos se hubieran agarrotado.

No tomó el ascensor.

No estaba en la planta baja, y eso significaba que no había descendido nadie en él durante los últimos minutos.

No era su madre, no era su madre, no era su madre...

–¡Mamá! –volvió a gemir.

Llegó a su rellano jadeando, sudorosa por el esfuerzo en plena ola de calor, congestionada y sin aliento. A duras penas encontró las llaves en su bolsa y se puso aún más nerviosa cuando, tras dar con ellas, se le cayeron al suelo hechas un ovillo.

–¡Mierda! –protestó al límite.

Abrió la puerta y lo primero que vio fue la luz que salía de la sala.

Una luz extraña, que no correspondía a la lámpara del techo, ni a la de la butaca.

Una luz que oscilaba y crepitaba.

Hacía mucho más calor allí.

Cerró sin hacer ruido y avanzó por el pasillo. Al pasar por delante de la habitación de su madre vio el armario abierto de par en par, lo mismo que los cajones.

No entendió nada hasta llegar a la sala.

La chimenea estaba encendida. Nunca la hacían funcionar, ni en pleno invierno; era más un adorno que otra cosa. Una casa antigua con chimenea. Precioso pero poco práctico. Y si no la encendían en invierno, menos en verano.

Su madre quemaba fotos.

Su pasado.

Su vida.

La vio besar una. Desde la puerta de la sala parecía una de las que compartía con aquella mujer.

Luego la echó al fuego.

Cecilia no supo qué hacer. Se quedó muerta, atravesada por una extraña sensación de pánico.

Otra foto. Y otra más.

La mano de su madre tomó una de las libretas en las que se contaba su vida.

Aquellos diarios tan íntimos.

También lo besó.

Pero ya no pudo arrojarlo a las llamas.

–Mamá, no –se oyó decir Cecilia a sí misma.

Y la mano de su madre se detuvo en seco.

No volvió la cabeza. No se sobresaltó. Se quedó muy, muy quieta, como una estatua de sal, con el diario en la mano.

La escena se congeló.

Hasta que muy despacio, una eternidad después, reaccionó y bajó la mano, no en dirección al fuego, sino hacia su lado, donde dejó el diario.

Tercera parte Huellas y manchas

VEINTITRES

El último diario terminaba con la frase: «Finalmente mi vida tiene un término. Voy a morir».

Después de él, nada.

De eso hacía ya mucho tiempo.

Allí estaba todo, los recuerdos de los años hippys, el ir y venir por una América en ebullición al comenzar la década de los 70, San Francisco, el amor por Eileen, la felicidad, la vida en común, los sentimientos que ese amor despertaban en ella, la decisión de la maternidad, la inseminación, el embarazo, el parto, la dolorosa muerte de Simón...

La primera vez había sido incapaz de leerlos todos, minuciosamente. Lo hizo como robando un secreto, pasando páginas a velocidad de vértigo con sus ojos picoteando aquí y allá, sintiéndose traidora y llena de remordimientos. Encontró los escasos datos de su presunto padre, el donante del semen con el que ella se había inseminado y que le sirvieron para iniciar su rastro, y también lo relativo a Eileen. Fue suficiente. Por más tentaciones que había tenido las superó.

Ahora era distinto.

Su madre se los había dado todos.

Sólo le hizo aquellas preguntas...

–¿Cuándo los encontraste?

–Fue sin querer, buscando cosas, cuando estabas en el hospital, hace muy pocos días.

–¿Los leíste?

–Mamá, perdona.

–¿Los leíste?

–Sólo pasé unas páginas... Estaba tan sorprendida...

–No importa –se había llevado una mano a la cabeza mientras las llamas de aquel fuego arrancaban tintes rojizos de su cuerpo–. Tal vez sea mejor así. Ni yo misma sé por qué... O tal vez sí, no sé.

Una mirada.

–Todas las respuestas a tus preguntas están aquí, hija.

Cecilia se había agachado para recoger los diarios. Sólo ellos.

Y su madre se había quedado muy quieta, rodeada por las fotos que aún no había quemado ni quemaría.

La intensidad del fuego menguaba muy rápido.

Ahora estaba en su habitación, leyendo, penetrando a través del túnel del tiempo en el

pasado de su madre. Y era igual que enfrentarse a una desconocida, porque la mujer de los diarios apenas si se correspondía con aquella con la que había compartido la vida. Los poemas de juventud, inspirados en leyendas como Jim Morrison o Peter Gabriel, las reflexiones sobre el mundo, el tiempo, la vida, la esencia del amor, los sentimientos acerca de tantas y tantas emociones atrapadas en aquellas páginas auténticas y reales. No eran unos diarios al uso, es decir, con lo hecho cada día anotado rigurosamente. A veces había saltos de semanas y meses en las anotaciones. Pero eso no importaba. La calidad de aquella voz humana era inmensa. El calor que anidaba en cada palabra, en cada frase, testimoniaba la intensidad de una existencia de la que Cecilia llegó a sentirse esclava.

Cuando hablaba de Eileen...

«Te quiero. No me preguntes por qué. Te quiero. Al tocarte mis dedos tiemblan, mis ojos se nublan, mis sentidos se emborrachan. Cada beso es un cometa que atrapamos en el espacio sin límite de nuestra dimensión. Cada palabra nos une. Cada caricia nos despierta. Quiero que el calor de tu cuerpo sea mi refugio, y que me necesites. Quiero que los años nos hagan más y más fuertes, y que me necesites. Quiero que el tiempo nos arrope hasta el infinito, y que me necesites. Porque yo te necesito a ti, mi amor, y eres todo lo que tengo.»

Podía tratarse de un hombre. ¿Qué más daba? Eran sentimientos puros y desnudos, refrendados por la alegría de vivir y experimentarlos. En los textos de su madre se captaba incluso la inocencia.

Sí, podía tratarse de un hombre.

Era amor.

A veces desnudo y directo...

«Te sueño desnuda, con ese cuerpo en perfecta sintonía que te contiene el espíritu. Veo ese triángulo invertido que forma tu espalda de guitarra, y la armónica curva de violín de tus nalgas partida por el desfiladero de mis caricias. Siento en mis manos la delicada firmeza de tus muslos, la suavidad de tus pies o el destello apenas perceptible de tus senos. Y bebo de tu miel. Eres un prodigio natural, equilibrio entre la vida y dimensión, forma y contenido, escultura y fantasía forjada por la imaginación de un artista perfecto. Y real. Te sueño desnuda como te poseo y te poseo tan vital como ansío. Y más y más real. Percibo las humedades de tu alma. Nunca vi más luz que en el abismo de tu ser, ni más pasión que en nuestros días. A tu lado soy como una niña jugando a descubrir el universo. Te anhele, te percibo y te siento. Eres la búsqueda de mi candor olvidado y la pureza de todas mis emociones. Teclado de infinitas teclas, blancas, negras, azules, rojas o violetas. Sinfonía de ballet inacabada, pentagrama cósmico en el que trenzar la música de un cometa milenario. Te sueño desnuda. Te siento vestida. Te veo gitana, de bronce esculpida.»

Primero le había causado dolor. No el hecho de que la persona amada fuese otra mujer, sino el hecho de ver a su madre como a alguien normal, de carne y hueso, capaz de escribir aquellas cosas. De nuevo volvió a ella la sensación de incomodidad, como si los padres no pudieran ser normales, amarse, disfrutar de la facultad de ser libres. Siempre se había imaginado a su madre, de hippy, con chicos y hombres con el pelo largo y ropas de colores. Imaginarla con otras mujeres era diferente. Todavía le costaba. Ahora ya se iba acostumbrando, aunque aún se le aceleraba el corazón al leer determinadas frases o los deliciosos poemas con los que se salpicaban los primeros años de su relación.

Con la madurez, se notaban los cambios, aunque la forma de escribir de su madre era la misma, a veces llena de inocencias, a veces ingenua, siempre inundada de ensoñadoras evocaciones.

Y esperanzas.

«Estoy embarazada. Ha resultado. Creo que es el día más feliz de mi vida. Eileen también está contenta por encima de su escepticismo, porque seguía creyendo que no saldría bien. Sé que ese hijo o hija nos ayudará a estar más unidas en el futuro. Es hora de hacer que la vida fluya de otra forma. Eileen tiene que entenderlo. Sea lo que sea lo que nazca es un milagro. Cuando se pierden las esperanzas y el destino te hace un regalo así, sólo puedes agradecerlo y pensar que eres alguien privilegiado.»

Únicamente hacia el final las cosas se trastocaban y daban un giro de ciento ochenta grados, porque en esa recta final aparecía el lado oscuro, o la fatalidad de una persona a la que la suerte había dado la espalda, sumiéndola en el desastre, golpe tras golpe. El fin de la relación con Eileen, el dolor de la soledad, la recuperación y, acto seguido, la muerte de Simón, el regreso a España como imposición a la búsqueda de un nuevo horizonte...

El cáncer.

Miró la hora. Se había hecho muy tarde. Llevaba una eternidad en su habitación, leyendo, mientras su madre esperaba al otro lado de la puerta.

Cuando le entregó los diarios no estaba nerviosa.

Quizás se sacase un enorme peso de encima.

La nerviosa era ahora ella, porque no sabía cómo enfrentarse a lo que venía.

–No has de enfrentarte a nada –se dijo–. Ahora ya no hay secretos.

VEINTICUATRO

La encontró en la cama, recostada sobre la almohada y la pared, con los ojos fijos en las fotografías de sus dos hijos que cubrían la parte superior de la cómoda. Simón detenido a los cuatro años. Cecilia repetida hasta el presente. Al ver a su hija meter la cabeza por el quicio de la puerta reaccionó.

–Pasa.

Ya era tarde para echarse atrás.

Y ni siquiera quedaba un mañana en el que confiar.

Cecilia se sentó en la cama, a su lado, como había hecho tantas y tantas veces en aquellos meses, en la crecida de la enfermedad. Su madre vaciló un sólo instante, hasta que ella se inclinó sobre su cuerpo y la abrazó.

No había nada que perdonar.

Era su madre y la quería.

La mujer se estremeció.

–Tenía que haber confiado en ti –se rindió al fin.

–Sí –dijo la chica en lo que tal vez fuera su único reproche.

–Es que no sabía...

–Dijiste que me educaste para ser fuerte, mamá.

–Ya, pero a veces las cosas no son tan fáciles.

–¿No decías tú que somos las personas las que las complicamos, porque la vida en el fondo es muy sencilla?

–De padres a hijos, y de hijos a padres, siempre han habido abismos.

–¿Por qué?

–Miedo, estupidez... A los padres nos cuesta aceptar que habéis crecido y ya voláis solos, que no dependéis de nosotros, y que hemos de trataros como a personas cuando hace dos días erais unos críos a los que todavía educábamos o dábamos una buena palmada en el culo. Además, nos da vergüenza mostrarnos débiles y que nos juzguéis, cosa que un hijo nunca debe de hacer porque por lo general es más lo que ignora que lo que sabe. Y a los jóvenes se os hace duro aceptar que somos personas normales y corrientes, que peleamos por daros lo mejor aunque casi siempre nos equivoquemos. No os fiáis de nuestra experiencia. Receláis de la edad. Os sentís fuertes e indestructibles. De ahí los abismos. Hagamos lo que hagamos, siempre hacemos algo mal. Y tarde o temprano nos lo echáis en cara. A eso se le suele llamar «conflicto generacional». Por eso la mayoría de padres callan sus secretos, para no mostrarse vulnerables, para no perder

poder, para que sus hijos sigan creyendo en ellos mientras puedan.

–Pero si Eileen y tú hubierais seguido juntas, yo habría crecido con las dos.

–Cuando me dejó y vi que no podía volver a amar a nadie... ¿Para qué complicarlo? Después vino lo de tu hermano y la vuelta a España...

–¿Los abuelos nunca lo supieron?

–Esa parte no.

–¿Y tú?

Ella entendió la pregunta.

–Tenía catorce o quince años, en un tiempo y en un país en el que algo así era... pecado –lo dijo con acritud–. Una dictadura, unas normas, el sentimiento de la culpa que impulsan siempre todas las religiones... Ser lesbiana significaba «estar enferma» –de nuevo el tono áspero–, tener «una desviación». Era incluso suficiente para que te llevaran a un manicomio o te atiborrraran de pastillas para curarte... Dios –el sarcasmo tomó ahora su tono–. Siempre fui libre, o me sentí libre, pero en los primeros años de vida a mí y a los de mi generación nos echaron encima tanta mierda...

–¿Por eso te fuiste a Estados Unidos?

–No podía quedarme aquí, tener una relación estable, una pareja. Y era lo que quería. No fui promiscua jamás. En Estados Unidos sucedían cosas, corrían vientos de libertad, no como ahora. Se luchaba contra la guerra de Vietnam, la música vivía su momento de mayor esplendor, y San Francisco era... el paraíso en la tierra. No tuve ninguna duda, aunque con ello les hice daño a mis padres, me consta. Pero se trataba de mi vida.

–¿De verdad no pudiste volver a enamorarte?

–No, no pude.

Cecilia dejó de apoyarse en su regazo, abandonó el abrazo y se enfrentó a sus ojos.

–¿Lo intentaste?

–Cariño... eso no se intenta. Sale o no sale. El amor es un don. Puedes desear amar, entregarte, incluso buscar. Pero si no aparece por sí mismo... Y estabais tu hermano y tú.

–¿Fuiste feliz?

La mujer forzó una sonrisa envuelta en un pequeño soplo de aire.

–La felicidad no se mide por días, sino por momentos. Valen más tres suspiros y dos semanas de luz que diez años de discreción.

–He leído una frase parecida en uno de tus diarios –reveló Cecilia–. Se me ha quedado grabada. Dices que en la vida no cuentan los momentos en los que respiramos, sino los que nos dejan sin aliento.

–Sí.

–Es bonita.

–Así era Eileen.

Iba a morir y seguía dominada por el gran amor de su vida. Tenía cincuenta y cinco años y no había olvidado a la persona con la que creyó que viviría para siempre. Por un lado, daba miedo. Por el otro, era maravilloso. El amor por encima del tiempo y la adversidad.

–¿No la odiaste por dejarte?

–Nunca odies a quien hayas amado, cariño.

–Pero...

–No importa lo que te haya hecho. Ama. Si odias destruyes no sólo tu presente, sino también tu pasado. Y siembras de minas tu futuro, porque sigues viviendo bajo los efectos del resentimiento y la desconfianza.

–No es fácil.

–Ya lo sé. Esa es la cuestión.

–¿Has sabido algo de ella?

–No.

Se quedó sin preguntas, momentáneamente. Su madre le acarició la mejilla. El cáncer las había empujado a la verdad.

¿Cuánto tiempo les quedaba?

–¿Puedo hacerte yo una pregunta, Cecilia?

–Claro.

–¿Has sentido alguna vez algo por alguna amiga...?

–No.

–¿Nada?

–No, me gustan los chicos. Me enamoré como una tonta de Emilio, me hizo mucho, muchísimo daño perderle, y ahora tengo una oportunidad con Juancho aunque me domina el miedo. Los celos, como acabas de decir.

–El amor es así.

–Ya –se encogió de hombros.

–Pero por mucho que nos marque el primero, o el tercero, o el noveno, hay que seguir.

–Tú no seguiste.

La mueca fue de resignación.

–Yo ya era mayor.

–Mamá.

–¿Qué?

–¿Te alegras de que sea heterosexual?

–Quiero que seas feliz. Nada más. Hoy las cosas han cambiado, aunque aún falta mucho para una normalidad plena. Estamos a mitad de la primera década del siglo XXI y ya hay incluso matrimonios gays. Todo un lujo.

Su madre cerró los ojos. Cecilia percibió el agotamiento.

Había sido un largo anochecer.

–Descansa –se levantó de la cama–. Mañana seguiremos hablando.

–Sí –se lo agradeció en el alma.

–¿Te apago la luz?

–No –fue rápida–. Déjala encendida.

–Que descanses –Cecilia se retiró igual que si flotara.

Eso era un lujo y las dos lo sabían.

VEINTICINCO

Su madre se había abierto con ella. Ella se abría ahora a Rocío y Elisa. No quería cometer el error de encerrarse en sí misma. Las decisiones eran suyas, sabía que sus amigas opinarían, quería escucharlas y en paz. Tampoco tenía que escoger de inmediato.

El mismo que se hacía corto para algunas cosas, se hacía infinitamente largo para otras.

Recordaba haber leído la biografía de un famoso escritor. Había olvidado el nombre, pero le impactaron sus últimas palabras. Tenía noventa y siete años y su suspiro final fue para exclamar: «¿Ya está? Dios... ha sido tan corto».

El hombre se refería a su paso por la vida.

Y lo decía con noventa y siete años, cuarenta y tres más que su madre.

–Carpe diem –suspiraba a veces ella.

Le costaba centrarse en una sola cosa, aunque hablara con Rocío y con Elisa. Su cabeza se le disparaba yendo de un lado a otro. Sus amigas estaban expectantes. Y hasta el momento sólo les había contado sus pesquisas para encontrar al hombre que había colaborado en su nacimiento sin saberlo.

–Es lo más fuerte que he oído jamás –convino Elisa.

–Y parece tan imposible –balbuceó Rocío.

–Como que nadie lo ha intentado antes, eso está claro –quiso enorgullecerse Cecilia–. Si lo consigo daré que hablar, seguro.

–Te harás famosa.

–No lo hago por eso, pero me consta que abriré una puerta por la que otros querrán pasar.

–Se inventarán alguna ley. Es demasiado fuerte. ¿Te imaginas a un pobre chico que vendió o dio semen de joven, paga ganar dinero, pagarse los estudios o por altruismo, y que ahora empiezan a salirle hijos...? Eso es un palo.

–A mí me parece normal que un chico o una chica quiera saber de dónde viene –objetó Cecilia–. Tampoco voy a pedirle nada si lo encuentro.

–¿Y si es multimillonario?

–No creo que sea tan fácil. Una donación de semen no es como hacer el amor conscientemente con una mujer y embarazarla. Ahí tienes una responsabilidad. Pero si das semen a un banco de semen es precisamente para eso, para procrear, para que las mujeres que no pueden se beneficien de ello.

–Vais a convertirlos en expertas –logró sonreír Cecilia.

–Es que nos has dejado...

Hablaban las dos, alternativamente, sin parar. Logró hacerlas callar cuando les anunció:

–Pues eso no es todo.

–¿Hay más? –abrió los ojos Rocío.

–Lo que no te pase a ti... –se puso expectante Elisa.

–Juancho me ha pedido que me vaya a vivir con él.

Lo de su presunto padre las había puesto a cien de curiosidad. Eso las puso a mil.

–¿Qué?

–¿En serio?

–¿Lo ves?

–¡Cuenta, cuenta!

Cecilia mantuvo la calma. Otras veces se sumaba al nerviosismo general, las tres se disparaban, hablaban, se atropellaban, saltaban. También en eso se notaba distinta, más serena y reflexiva.

Ya no eran juegos.

–Me dijo que cuando me quedara sola... –no quiso decir «cuando mi madre muriera»–, y dado lo excepcional de las circunstancias, podríamos hacerlo.

–¿Qué le contestaste? –la interrumpió Elisa antes de que continuara por sí misma.

–Que mi intención era vivir con mis abuelos hasta los dieciocho años, y que luego sí pensaba hacerlo sola, o con alguien, por lo de los gastos.

–Está colado por ti –se puso grave Rocío–. Es tan mono.

–¿Pero lo harás o no? –quiso que lo precisara Elisa.

–No lo sé –admitió ella–. Me parece algo tan fuerte...

–¿Por qué? Eso de las edades son zarandajas –repuso Rocío–. A unas personas las cosas les pasan a los veinte y a otras a los cuarenta. Nadie dice que no puedan suceder a los diecisiete.

–Irse a vivir con un chico no es como hacer una excursión.

–Toma, ya lo sé –replicó la chica–. Pero yo que tú lo haría. No tienes nada que perder.

–¿Que no tengo nada que perder? –alucinó Cecilia–. ¿Y si sale mal?

–Pues ajo y agua –se mantuvo su amiga en sus trece–. Hoy en día no creo que haya apenas ninguna relación que dure toda la vida, como las de nuestros padres. La gente cambia.

–¿Sabes el palo que representa una ruptura?

–Lo imagino.

–No, no lo sabes –insistió Cecilia–. Yo lo he vivido, ¿recuerdas?

Elisa había estado callada los últimos segundos.

-¿Qué hay de Emilio? -quiso saber.
 -¿Cómo que qué hay de Emilio? -no la entendió ella.
 -No estará siempre así, y en el fondo aún le quieres.
 -No como antes.
 -Le quieres -se aferró a su idea Elisa-. Si él saliera de su burbuja...
 -Ya no, de verdad. Eso pasó. Con Juancho todo es tan diferente...
 -Porque es mayor, ya te digo.
 -Por lo que sea, pero lo es.
 -Yo pienso que te aferras a él para no estar sola -siguió terciando Elisa.
 -Emilio no ha crecido -dijo Rocío-. Cecilia sí.
 Elisa la miró fijamente, para dar más énfasis a sus palabras.
 -Arréglalo -le sugirió.
 -¿Cómo?
 -Hazle un hombrecito.
 -¿Quieres que... me acueste con Emilio como si eso fuese todo?
 -Suele serlo. Ya verás como vuelve a este mundo. A los tíos es lo que les va.
 -¡Qué bestia eres! -mascullo Rocío.
 -Pues bueno -se encogió de hombros Elisa-. Es mi opinión.
 -Yo voto por Juancho -asintió Rocío con vehemencia-. Y voto por intentarlo con él,
 iros a vivir juntos. Emilio y tú tuvisteis una oportunidad y pasó. No se puede volver atrás.
 -Eso no es volver atrás, es intentarlo de nuevo, resituarse -quiso dejarlo claro Elisa.
 Comenzaron a discutir. Rocío a favor de Juancho y del paso decisivo. Elisa a favor de Emilio en defensa del «amor de una vida». Cecilia desconectó de las dos por unos segundos.
 -Vale, ¿y por qué ha de ser uno u otro? -gritó Rocío-. ¡Hay más manzanas en el árbol! ¡Cuando haya pasado todo este marrón y reaccione puede que ni siquiera piense en Juancho!
 -¿Y qué, va a cambiar de chico como de bragas? -también gritó Elisa.
 No tuvo más remedio que volver a ellas.
 -¿Queréis hacer el favor de no chillar como locas?
 -¡Si es que las cosas no son blancas o negras!
 -¡No, claro, son verdes y amarillas!
 -No os voy a contar nada más -objetó Cecilia.
 Eso logró capturar su atención.
 -¿Queda algo? -preguntó Rocío.
 Quedaba, pero eso sí formaba parte de su privacidad.
 Y de la de su madre.

–No –acabó diciendo.

Volvió la calma, el silencio, la solidaridad de las dos para con su amiga en los momentos más difíciles de su vida. Ellas se iban ya de vacaciones, primero una, después la otra. Un tórrido agosto, tres semanas de separación en cada caso. Si su madre moría ni Elisa ni Rocío estarían a su lado para animarla o consolarla.

–¿Queréis subir a verla? –dijo Cecilia–. A mi madre le gustará veros. Lleva unos días un poco mejor.

VEINTISEIS

De noche, en su cama, toda la conversación con Rocío y Elisa volvió a ella. Y con cada palabra arrastró igual que un alud sus sentimientos. Sobre todo los de su pasado y su presente, Emilio y Juancho. El futuro tenía que empezar a escribirlo ya.

No tenía sueño, así que acabó incorporándose en la cama sin saber qué hacer. No le apetecía leer un libro, ni poner la televisión de su habitación sólo para sentirse acompañada. Tampoco quería pensar en Juancho, y menos en la búsqueda de su padre. Así pues, no le quedaba demasiado en perspectiva.

Los diarios de su madre seguían sobre su mesa.

Aquella puerta abierta al corazón.

Ya tenía partes señaladas, hundidas en su corazón. Fragmentos arrancados del tiempo y convertidos ahora, años después, en revelaciones inesperadas o maravillosas declaraciones de principios. Descripciones, confesiones... Un cúmulo de pinceladas cuya suma total equivalía al alma de su madre.

Se levantó de la cama, tomó las libretas y regresó a ella.

Abrió el primero al azar, por uno de sus muchos puntos, y se encontró con aquel breve pero sustancial texto:

«El amor no siempre es como lo soñamos, lo imaginamos o lo esperamos. El amor tiene muchas formas, y es, ante todo, un sentimiento, por más que nos esforcemos en convertirlo en imagen. De joven me gustaban las chicas con el cabello muy largo, labios grandes y sensuales, bastante pecho, ojos claros. Y Eileen no tiene nada de todo esto, el pelo corto, los labios delgados, poco pecho y los ojos tan marrones como los míos. Pero es ella. La quiero. Es lo que tiene dentro, lo que transmite, lo que hace que me sienta viva, feliz y en plenitud. Eso es el amor. Por esta razón hay tantas clases de amor como de edades, porque no es igual el de la adolescencia al de la juventud, ni el de la juventud al de la madurez. Pero siempre, al reconocerlo, el amor se hace milagro. Está ahí, y es nuestro instinto, como el de cualquier animal cuando echa a andar o aprende a amamantarse, el que nos grita y nos paraliza al encontrarlo.»

Lo que más le gustaba eran los haikus, aquellos breves poemas de tres líneas formados por cinco sílabas en la primera, siete en la segunda y de nuevo cinco en la tercera, aunque sin corsés. Su madre los había escrito a cientos, en muchos rincones, salpicando la narración o como resumen de un día o un sentimiento. Cada haiku era una unidad en sí mismo, un breve, brevísimo poema único. Algunos ya los había memorizado. Como aquel, que tan bien definía a su autora:

Mis sueños pasan.
Mis esperanzas quedan.
Todo se mueve.

Y también los que estaban tan y tan llenos de ternuras, reflexiones, pinceladas de amor:

La luz enciendo.
Oscuridad en quiebra.
Y tú eres real.

Acariciame.
Toca todo mi cuerpo.
Rompe tus dedos.

Hoy amanezco
con la primera arruga
de este mañana.

Buscó el diario en el que su madre se despedía de Simón y se dejó arrastrar por la hermosa fuerza de aquel párrafo que decía:

«Hijo mío, me gustaría haberte dicho tantas cosas. Ya no te veré crecer, no cuidaré de ti, no serás mi luz junto a tu hermana. La vida es hermosa pero imperfecta. Sólo así se entiende que tu oportunidad apenas haya llegado, aunque tu huella será siempre firme e indeleble en mi corazón. Apenas si te has dado cuenta de lo que ha sido tu existencia. Pero yo sí. Y yo guardaré tus sonrisas, el eco de tu voz, las caricias de tus manitas de ángel en mi piel, los besos y los abrazos de cada noche. No sé cómo expresar mi dolor, como no sea a través de la felicidad de haberte tenido. No hay dolor sin amor previo. Quizás este sea el sentido. Quizás...»

El párrafo terminaba así, abruptamente, tal vez porque su madre se hubiera puesto a llorar o porque en aquel momento se quedó sin fuerzas y sin aliento. Pero la forma en que describía en tan pocas líneas aquel sentimiento la tenía arrebatada. Tanto como la manera en que su madre la veía a ella apenas tres años antes, cuando cumplió los catorce:

«Cecilia. Catorce años. Parece un sueño. Un soplo de tiempo. Ha sido hermoso verte crecer, pero hoy siento como si ya empezaras a escaparte de mis manos. Cada segundo que no recuperaremos, desde aquellos días en que estabas indefensa, a hoy en que lo

estoy yo. Eres mi dulce fantasía, el límite de mis sueños, cuerpo de mujer atrapado en la frontera, burlándole a la vida tu energía. Te queda casi todo y no lo sabes. Lo tienes casi todo y eres libre. Quisiera creer que te enseñé a reír. Quisiera pensar que te di un motivo. En sólo catorce años, la felicidad forma arrugas en mis manos. Debo de estar haciéndome vieja. Y al verte no me importa. Y si me importa no lo siento.»

Junto a ese pequeño regalo, escrito en el mismo día de su cumpleaños, destacaba otro más, hacia el final, poco antes de la última frase del último diario, anunciando su muerte. Su madre hablaba de cómo la veía:

«Cecilia es fuerte, más de lo que sabe ella misma. Tiene las dudas de su edad, las vacilaciones propias de la inestabilidad de estos años, agravada por lo que le ha sucedido con Emilio, pero sin duda es muy, muy fuerte. Ahora se mueve por un campo de minas. El desamor es así. Cuando comprenda que cada día caminamos por campos de minas, de uno u otro tipo, será una mujer esplendida. Tiene tanta capacidad de amar, tanto potencial, tanta energía, que en el momento en que sepa dominarla y canalizarla no habrá quien la detenga. Estoy orgullosa de ella. Tantas veces me ha resarcido de las mareas negras del pasado. Tantas veces la he mirado y me ha hecho sentir en paz conmigo misma y con la vida. Cuanto hice, de bien y de mal, está ahí, concretado en su ser. El día que dependa de sí misma tendrá que echar mano de todo su carácter, y eso es esencial. Espero que el amor, tal vez su punto débil, su flaqueza, como lo ha sido en mí misma, no estropee su futuro ni le arruine la existencia. Le entregó su amor a Emilio. Y deberá entregárselo a quien ame después, sin miedos, sin recelos, porque el amor es así y porque ella es así, como yo. Nunca sabremos actuar a medias. Eso nos hace vulnerables, pero auténticas. Cecilia es auténtica y sé que aunque pase momentos muy duros, lo conseguirá, precisamente porque el amor mata y cura a la vez.»

Podía pasarse la noche entera leyendo aquellas páginas una y otra vez, y no quería caer en esa tentación. A veces reía, a veces lloraba, porque su madre era tan payasa en ocasiones contando detalles hilarantes de su relación con Eileen, como intensa en otras, expresando sus pasiones o emociones ante hechos determinados, importantes o no. Los diarios estaban llenos de su amor por aquella mujer, y de su amor por ellos desde el mismo instante de ser concebidos.

Volvió a los haikus, los de amor y los de desamor tras la marcha de Eileen:

¿De cuántas formas,
y que parezca cierto,
se dice te amo?

Jaula abierta.

¿Dónde has puesto mi amor?
Se nos escapa.

Dulce cariño,
¿quien asfaltó tu senda
con piedras negras?

Quitaste el cuadro.
Una grieta en el muro.
Te vas de casa.

Haz la maleta.
No te lo lleves todo.
Déjate el alma.

Cecilia pensó en el dolor de su madre al quedarse sola, con ellos dos, pero sin Eileen. De hecho la perdió por darles la vida, por su maternidad. Su compañera no soportó el cambio, el adiós de la inocencia, el choque de la nueva realidad. Un egoísmo que acabó con su amor y su relación.

Cerró los ojos.
Apoyó el diario en su pecho.
Ni siquiera se dio cuenta de que se quedaba dormida en unos pocos segundos.

VEINTISIETE

La llamaban «la senda de los pasos perdidos», porque aunque se dirigían a su casa o al hospital, en realidad no iban a ninguna parte, sólo se acompañaban el uno al otro. Cuando disponían de un poco más de tiempo, pasaban por el parque, y esa sí era la autentica «senda de los pasos perdidos». Caminaban cogidos de la mano, o con el brazo de él por encima de los hombros de ella. Unas veces hablaban y hablaban, para aliviar la tensión que a Cecilia le pesaba en el alma. Otras no decían nada, les bastaba caminar, poner un pie delante del otro con la mirada aparentemente perdida en el suelo y la atención prendida del compañero. El silencio los arropaba tanto como las palabras.

Cecilia miró a Juancho de soslayo.

Tan distinto a Emilio.

Tanto como el amor de la adolescencia al amor de la juventud. O de la primera juventud.

A veces pensaba que se enamoró de Emilio porque era diferente. Y en ese sentido, Juancho no era así. Claro que la diferencia de Emilio lo había empujado casi a la locura, mientras que la normalidad de Juancho la conducía a la paz y el equilibrio.

Cecilia sintió una suave brisa en el corazón.

Y una llamarada de contenida ternura en el alma.

Sin dejar de andar puso la cabeza en el hombro de su compañero, le rodeó la cintura con su brazo derecho y con la mano izquierda le acarició el rostro.

Se detuvo a los tres pasos.

Entonces se colocó delante suyo y le besó.

Un beso dulce, tierno pero intenso, en el que los dos, con los ojos cerrados, bebieron de sí mismos con la fruición de la plenitud.

Todavía con los labios rozándose, ella se lo dijo por primera vez:

–Te quiero.

Juancho se sintió conmovido.

–Vaya...

–Sssh... –le impidió hablar.

–Pero...

Volvió a besarle, para cerrarle la boca, para que no dijera nada en ningún sentido. No quería escucharlo. Lo único que deseaba era sentir el beso, el abrazo, la caricia, y embeberse de su dulzura. Le bastaba con eso ahora que acababa de refrendar con palabras lo que su mente y su corazón sabían desde hacía mucho más tiempo.

Los envolvieron unos segundos lánguidos, quizás incluso uno o dos minutos de paz.

«Cuando alguien le dice a una persona te quiero, todo está dicho», había leído en el diario de su madre.

–Estás distinta –le susurró Juancho al oído antes de besarle la oreja.

–¿Cómo? –ella se pegó un poco más a él.

–Más relajada.

–Me siento más tranquila, sí –lo reconoció–. Estos días mi madre y yo por fin hemos hablado, y desde que hemos roto la catarsis lo hacemos mucho.

–¿De qué habláis?

–De nuestras cosas, del pasado, de tantos silencios...

–¿Le has contado lo de tu búsqueda?

–No, eso no.

–¿Sigues sin saber nada de esos detectives de Internet?

–Nada. Pueden tardar semanas, o meses, o no encontrarlo, que es lo más normal.

–¿Se lo dirás a ella?

–No, Juancho. Lo poco que le quede quiero que sea como ahora, sin problemas añadidos. Cuando me cuenta cosas es... tan alucinante, y la noto tan feliz.

–Entonces es que está mejor.

–No –fue categórica en eso–. Ni siquiera sé de dónde saca las fuerzas. Pero es otra. Han caído los últimos miedos.

–¿Qué miedos eran esos?

–En el fondo lo que sucede es que ha dejado de querer protegerme y ha aceptado que tengo derecho a saber y decidir por mí misma.

–Ya, pero...

–Ahora no –le besó la mejilla, el cuello–. Es otra, y es mía, me pertenece. Quiero apurarla al máximo. Déjame que también te apure a ti sin mezclarlo.

El nuevo beso fue el de la entrega pura y apasionada, con los dos ávidos de sí mismos, despreocupados, libres. No estaban en mitad de la calle, sino en el Paraíso, o en el limbo. Nunca habían tocado el cielo con las manos juntos y lo hacían gritando en silencio. Para Juancho era el fin de la espera. Para Cecilia significaba la comprensión y la paz, la rendición a lo inevitable y la felicidad de aceptarlo.

Cuando reemprendieron la marcha lo hicieron sin decir una palabra más, unidos por los brazos que rodeaban sus cinturas, con la cabeza de ella de nuevo apoyada en el hombro de él. Paso a paso se reencontraron con lo familiar, lo habitual de su entorno. Ella reconoció su calle, su casa, su pequeño mundo personal. Al detenerse a escasos metros de la puerta repitieron el abrazo, más liviano, y ya no se besaron. Entró un vecino. Salió una vecina. Su madre se moría. Le importaba poco lo que dijeran, porque ella

misma quemaba sus últimos días en el edificio, pero por respeto a su madre evitó el beso y cualquier posible murmuración. Juancho lo sabía, así que lo único que hizo fue rozar su mejilla.

–Hasta mañana.

–Hasta mañana –le deseó ella.

–Vuelve a decírmelo.

Y lo hizo.

–Te quiero.

–Otra vez.

–Te quiero.

–Y yo a ti.

El contacto final lo trenzaron sus dedos, sus yemas rozándose antes de la separación definitiva. Juancho se la quedó mirando y fue ella la que dio media vuelta y entró en el vestíbulo de la casa, un poco roja, arrebolada por una timidez que poco a poco daba paso al valor que afirmaba la certeza de su nueva realidad.

Se lo había dicho.

Círculo cerrado.

Y se sentía feliz, libre.

Porque era verdad: le amaba.

Llegó al rellano de su piso envuelta en aquel calor preñado de luces. Cuando se detuvo frente a la puerta, sin embargo, se impuso la vuelta a la realidad. Al otro lado nada había cambiado en cuanto a la situación física de su madre. Así que la abrió despacio, según su costumbre, y oteó el panorama. Ningún ruido. Sólo la calma tan llena de presagios.

Su madre dormía.

Ningún gesto de dolor.

Fue a su habitación, dejó la bolsa y conectó el ordenador. Mientras el aparato iniciaba la puesta en marcha pasó por el cuarto de baño. Regresó a la habitación tres minutos después y entró en Internet sin sentarse en su silla, de pie. Quemó la siguiente espera, leve, quitándose la ropa para ponerse algo más liviano. El calor era pegajoso, muy húmedo. Ya más fresca sí ocupó su sitio y bajó el posible correo electrónico que pudiera tener, que nunca era mucho salvo por los spams.

Esta vez se quedó sin aliento.

–Dios... –gimió.

Estaba allí, en forma de mensaje. Sólo tenía que abrirlo.

La respuesta de los detectives de Omnitrace.com.

VEINTIOCHO

Al otro lado de la línea, la respuesta se hizo esperar.

Estuvo a punto de colgar, pero resistió. Por lo menos le dejaría un mensaje.

Finalmente...

–Hola –lo saludó con cierta sequedad la voz de Emilio.

Cecilia no se fue por las ramas.

–Lo han encontrado.

–¿Qué? –apenas si pudo proferir el chico.

–Lo tienen, es decir... lo tengo. Acabo de recibir el correo electrónico confirmándomelo. Nombre, dirección... Todo sobre mi padre.

–¿En serio?

–¡Que sí! –apenas si estalló.

–No quiero que te hagas falsas ilusiones y que luego...

–Es él, Emilio, ¡es él! El correo lo pone bien claro: es la única persona de Estados Unidos con todas las coincidencias. El apellido es Hauser, los estudios son los que dijo que cursaba cuando era donante, la fecha de nacimiento es la misma, y también las características físicas en las que se basó mi madre para aceptar su semen y no el de otro hombre. Así que... ¡lo tengo!

A través de la línea se propagó un extraño silencio.

–¿Emilio?

–Estoy aquí.

–¿Estás bien?

–Como la última vez, pero sin fantasías en torno a la CIA –se burló un poco–. ¿Por qué no vienes? Esto habría que celebrarlo.

–Ven tu.

–Ceci...

–Te dije que no volvería hasta que tú salieras.

–¡No puedo!

–Si yo he encontrado esa aguja en ese pajar, tú puedes hacer lo que quieras, incluso volver a la vida.

–Mi vida está aquí.

–Y también tu muerte –fue dura ella.

–Por favor...

–Emilio, ¿vas a escucharme?

–No si estás enfadada.

–¡No hagas de niño pequeño conmigo! ¡Eso ya pasó! –trató de no gritar–. ¡Yo no estoy enfadada, pero colgaré si no me escuchas!

–Te escucho.

–Cuando quieras lo celebramos, pero aquí, en mi casa, o en la calle, en un bar, o cenando, o yendo al cine, ¿de acuerdo? Eres mi mejor amigo, y siempre lo serás, pero no volveré nunca a tu cárcel si no das el paso primero y sales de ella. ¡Dios, Emilio... Dios! –gimió–. ¿Sabes lo importante que es para mí lo que acaba de sucederme? ¿Y sabes lo que representa no poderlo compartir contigo?

–Sí lo compartes.

–¿Por teléfono?

Dejaron transcurrir otro puñado de segundos. Cecilia se lo imaginó en su paraíso artificial, con sus padres al otro lado de la puerta. Un enfermo tecnológico del siglo XXI. Las pequeñas rémoras del progreso.

Emilio no quiso seguir hablando de sí mismo.

–Has dado con el cincuenta por ciento de tu identidad –suspiró–. ¿Qué vas a hacer ahora?

–Tengo un padre –lo repitió para convencerse–. Es alucinante pero... lo tengo.

–Un padre que no sabe que existes.

–¿Y qué? Eso no significa que no lo tenga.

–¿Qué vas a hacer?

–No lo sé –fue sincera.

–¿No lo sabes?

–¡No! ¿Qué importa eso ahora? Ni tengo la menor idea de qué hacer con ello, si escribirle, llamarle por teléfono, ir a verle, decírselo, callar... ¡Ni idea! ¡Y no quiero ni pensarlo! ¡No con mamá enferma! Pero estoy emocionada, ¿vale? Emocionada y conmovida.

La densidad de sus palabras se propagó a través de la línea.

–¿Se lo dirás a tu madre?

–No.

–¿Por qué?

–Es demasiado tarde. Se va. No necesita saber algo tan fuerte.

–¿Y tú eres la que le pedía sinceridad a ella?

–Es distinto.

–Todos vivimos en habitaciones cerradas, ¿te das cuenta?

El comentario de Emilio la atravesó.

Solía decir frases así, ya cuando eran novios. Frases que obligaban a pensar.

–Eres un genio perdido –susurró Cecilia.

–O encontrado –repuso él.

–Eso depende de ti.

Los silencios se hacían más explícitos que las palabras. Hablaban, pero también era una pugna. Sin embargo la alegría, la excitación de la chica era demasiado fuerte y poderosa como para dejarse dominar por nada que no fuera su orgullosa satisfacción.

Emilio dejó de chocar contra su muro.

Y ella de luchar contra él.

–¿Cómo se llama, qué hace...? –le preguntó.

–Se llama George Hauser –comenzó a contárselo–. Vive en San Diego, California, al sur de Los Angeles, cerca de la frontera mexicana, y es biólogo marino.

–Bien –ponderó Emilio.

Continuó hablándole de él, de lo que sabía, de lo que los detectives de Florida habían averiguado, de lo poco y a la vez mucho que decía aquel correo electrónico.

La puerta más inesperada de toda su vida.

VEINTINUEVE

–Cecilia...

No tuvo que llamarla una segunda vez. Apareció rápido, igual que si estuviera al otro lado de la puerta, o en el pasillo, haciendo guardia. Había desarrollado una sensibilidad especial, como la de las madres al dar a luz y tener a su cargo una nueva vida.

–¿Sí, mamá?

–¿Puedes traerme un papel y un bolígrafo?

No le preguntó para qué. Tampoco hacía preguntas. A veces las preguntas eran estúpidas por obvias. Fue a su habitación, extrajo una hoja de papel de sus libretas grandes, la colocó en una carpeta con un fijador de muelle en la parte superior, para que pudiera escribir sobre una superficie dura, y por último cogió un bolígrafo. Regresó con todo hasta la cama de su madre.

–Déjalo ahí, en la mesilla de noche –le pidió ella.

La luz, mortecina, le confería un aspecto muy pálido.

Pero en esa oportunidad era mucho más que eso.

Aquella blanca y fantasmal apariencia...

–¿Estás bien?

–¡Huf, en cinco minutos me visto y me voy de marcha! –bromeó sin fuerzas–. No me esperes levantada.

–En serio.

–Estoy –se limitó a decir la enferma.

–¿Te preparo algo?

–Mi gran fracaso –suspiró manteniendo aquella nota de humor macabro–. No te enseñé a cocinar.

–Mamá...

–Dame una pastilla, venga –le pidió conteniendo un gesto de dolor.

Se acercó a la mesita de noche, tomó la pastilla, el vaso de agua, luego se sentó en la cama y se la puso en los labios. La ayudó a incorporarse lo justo para que pudiera beber.

El gesto de dolor se acentuó.

–Ya –se dejó caer hacia atrás.

Si con todas aquellas medicinas, algunas muy fuertes, todavía sentía ese dolor, ¿cómo sería sin ellas?

Cecilia se estremeció.

–Escucha... –puso su mano sobre las rodillas de su hija–. Digan lo que digan esos

diarios, he sido feliz, ¿sabes?

–Es lo que me parece a mí.

–¿Sí?

–Pues claro.

–Eileen, Simón, el cáncer... –arrugó las facciones en una mueca de desagrado–. Esas fueron las partes malas. Es decir, el final del amor con Eileen o la muerte de tu hermano, antes no. Y para que algo nos haga daño por lo general es que primero nos ha hecho bien.

–¿Por qué me lo dices?

–No quiero que veas sólo esta derrota –manifestó refiriéndose a su postración.

–No soy tonta –dijo Cecilia–. Es más, en cualquiera de esos muchos haikus que escribiste a lo largo de los años, lograste encerrar más felicidad que en mil palabras.

–No todos son alegres.

–La mayoría sí. Tienen algo especial, una luz propia.

–Eres mi hija.

–No lo digo porque sí. Es la verdad.

–¿Sabes qué es lo importante en la vida, Cecilia? –no esperó su respuesta–. Tener la oportunidad de vivirla y aprovecharla. Y eso es lo que yo intenté siempre. Porque la vida es eso, una oportunidad única.

Cecilia se mordió el labio inferior. No quiso decirle que frente a la oportunidad, en su caso, se erigía el muro de la fatalidad. Y la peor de todas las fatalidades era morir en plena vida, como ella.

Tan joven todavía.

Pensó en George Hauser.

Y lo escondió de nuevo en lo más profundo de su ser, para que su madre no pudiera encontrarlo por mucho que buscase en sus ojos.

–Te quiero, cariño.

–Yo también.

–Oh, pero yo más.

Cecilia se sumergió en su sonrisa y la abrazó. Cuando besó aquella piel apenas extendida como un sudario sobre los huesos recordó el beso de Juancho, otro calor, otra dimensión. La diferencia entre un «te quiero» de amor materno y un «te quiero» de amor de hombre era mínima y abismal a la vez.

Su madre la retuvo.

Más y más.

Así que se quedó allí, un largo rato.

También aquella era otra clase de oportunidad.

TREINTA

Despertó de golpe.

Sobresaltada.

Quedó sentada en la cama, aturdida por lo fulminante del paso del sueño a la consciencia, y con el corazón latiéndole más rápido de lo normal.

Fue eso último lo que la alarmó.

Miró la hora y alzó las cejas. Las ocho treinta y siete de la mañana. No era tarde para ser un día de agosto, pero sí tarde para empezar a moverse, atender a su madre...

Y había dormido toda la noche, de un tirón.

–Demasiado –se dijo.

Siempre dormía con la antena puesta, así que eso significaba que en aquellas horas, su madre no la había llamado ni había gemido una sola vez.

¿Cuánto hacía que no sucedía algo parecido?

La primera noche en mucho tiempo que dormía a pierna suelta, descansada.

Apartó la sábana con la que se cubría, porque no se acostumbraba a no taparse y dormir sobre ella por mucho calor que hiciese, y puso los dos pies en el suelo, según su costumbre. Ni el derecho ni el izquierdo: los dos. Las baldosas le comunicaron un poco de frío, no mucho. Luego se calzó las zapatillas y salió para iniciar su ronda, el cuarto de baño, su madre, la cocina...

Al pasar por delante de la habitación de ella metió la cabeza.

Calma en lo más profundo de la penumbra.

Cecilia suspiró y prefirió no hacer ruido. Cada minuto que dormía era una bendición. Significaba que el dolor no la sacudía y que no era consciente de su estado. Primero fue al cuarto de baño y se duchó. Se quedó un rato bajo la alcachofa, con el agua corriendo por su cuerpo llena de libertad, bastante fría. Una vez seca se lavó los dientes y se secó un poco el cabello con el secador, para que no le cogiera formas raras. Reconocía que eran manías pero...

Mientras preparaba su desayuno, unos cereales con leche, se dio cuenta de que el silencio era más denso que otras veces.

Un silencio tan profundo que parecía provenir del más allá.

Eso la hizo estremecer.

Cerrar los ojos.

Reaccionar.

–Mamá...

Su suspiro fue un gemido. Se le quebró en el pecho. La imagen de su madre abrazándola la noche anterior, y diciéndole que la quería, se le apareció y se le atravesó en el centro del alma, igual que un camión en mitad de una autopista. Dejó el tazón de leche, los cereales, y salió de la cocina.

Cubrió los tres pasos que la separaban de la habitación de su madre a cámara lenta.

Su mente corría, ella no.

Sintió el cosquilleo en los dedos de las manos, la sangre zumbándole en los oídos. El silencio se hizo grito. Al cruzar el umbral y adentrarse en la penumbra quiso escuchar aquella respiración sorda, a veces áspera, pero no le llegó nada.

Tragó saliva, o lo intentó. La bola formada en su garganta se lo impidió.

Antes de llegar hasta su madre vio la hoja de papel sujeta a la carpeta que le había entregado la noche anterior. Estaba sobre la mesita, con el bolígrafo a un lado. Por detrás asomaban las medicinas, la farmacia particular.

Vio los dos tarros abiertos.

Vacíos.

Ya no quiso mirarla a ella. No se atrevió. Tomó la carpeta y pese a la oscuridad la llevó hasta sus ojos para ver el breve texto escrito en la hoja de papel. La penumbra quedaba apenas rota por la claridad que penetraba a través de la puerta abierta.

Las primeras palabras se le desdibujaron por las lágrimas.

Después logró atravesar aquella última barrera.

«Es hora de que todo esto acabe y las dos tengamos la paz que necesitamos. Yo no quiero sufrir más. Y tú has de comenzar a vivir cuanto antes, cariño. Recuerda que te hablé de la dignidad. La mía pasa por no sucumbir hasta el final y ceder cuando la muerte lo quiera. Mi vida es mía, y soy yo quien decide sobre ella. Perdóname mis silencios, no haber confiado en ti hasta el final, pero nací y crecí en un tiempo en el que los secretos, los miedos y las frustraciones te marcaban para siempre.

Esto no es un acto de cobardía y lo sabes. Es una liberación.

Te quiero, Cecilia. Ni te imaginas cuánto.

Ahora te toca a ti. Sé feliz, libre.

Vive.»

Volvió la cabeza y la miró.

Tenía los ojos cerrados, y una hermosa expresión de paz.

Había recuperado toda su belleza de pronto.

–Yo también te quiero, mamá –se despidió de ella–. Y tampoco te imaginas cuánto.

TREINTA Y UNO

El hombre, enlutado, grave, se acercó a ella con aire solemne y se inclinó hasta que la mitad superior de su cuerpo formó un ángulo casi imposible de cuarenta y cinco grados.

–¿Desea verla por última vez?

Cecilia negó con la cabeza.

El hombre se retiró, despacio. Tendría como doscientos años y probablemente habría hecho un pacto con el diablo para seguir vivo. Eso o el contacto diario con la muerte lo estaba convirtiendo en un cadáver con piernas.

Se hizo el silencio.

Luego apareció la música.

A todos les había parecido extraño. Más adecuado un canon. Sin embargo la decisión era suya, y ella sabía que a su madre le habría gustado.

Sonaron las notas de «Puente sobre aguas turbulentas» a cargo de Simon & Garfunkel.

Y el ataúd empezó a rodar hacia el crematorio.

«Polvo al polvo. Ceniza a las cenizas».

Cecilia susurró algunos de los haikus escritos por su madre. Hacían mención de la vida y la muerte.

Todo este tiempo,
que fugaz se me escapa,
no lo retengo.

El tiempo pasa
y tras él sólo queda
la eternidad.

Hoy me he caído.
Estaré levantada
mañana al alba.

Su abuela le cogió la mano. Debió de creer que rezaba. Tanto ella como el abuelo miraban fijamente el ataúd en el que su hija emprendía el último viaje al Más Allá. Ellos también habían sucumbido al tiempo y ya tenían doscientos años a sus espaldas. Aún no se habían desmoronado, pero lo harían. Quizás cayeran juntos en unos meses. Al

término de su existencia se enfrentaban al mayor de los dolores: enterrar a quien un día dieron la vida.

Cecilia volvió un poco la cabeza, sólo para sentir su presencia.

Se encontró con los ojos de Juancho, en el banco de atrás, mirándola fijamente.

Son ya las doce.

Esta última hora,

fue la más breve.

¡Qué rapidez!

Se marchó ese minuto.

Ni lo aprecié.

Un parpadeo.

Cierro y abro los ojos.

Todo es distinto.

La muerte era así, un parpadeo, lo mismo que el minuto o la hora a que se refería en los dos haikus anteriores, de una precisa concreción.

Sólo faltaban Rocío y Elisa, de vacaciones. El resto de las personas que se habían acercado para despedir a su madre eran amigas, vecinas, algunas primas muy, muy lejanas...

El ataúd acabó de penetrar en el horno crematorio.

La puerta se cerró automáticamente.

Y Cecilia se estremeció.

Art Garfunkel cantaba el estribillo de la canción compuesta por Paul Simon, el artista que un día le dio su nombre a su hermano.

Dejó de recitar los haikus y recordó lo que decía la letra en español:

Cuando llegue la oscuridad

y te rodee el dolor,

yo me tenderé

como un puente sobre aguas turbulentas.

Navega muchacha de plata, sigue navegando.

Tu tiempo ha empezado a brillar.

Todos tus sueños están en marcha.

Mira cómo resplandecen.

Si necesitas un amigo,
estoy navegando detrás de ti.
Como un puente sobre aguas turbulentas.
Yo apaciguaré tu espíritu.

TREINTA Y DOS

La urna con las cenizas de su madre no pesaba demasiado. La mantenía firme contra sí con el brazo izquierdo, porque con el derecho se aferraba a la mano de Juancho. Sus abuelos esperaban, sentados, de nuevo ingrátidos y muy solitarios, a que ella y él los llevaran a casa. Los últimos pésames desfilaban por encima de sus cabezas con melancólica presencia.

Un hermoso día de agosto, con algunas nubes impidiendo que el sol los castigara en exceso.

Luna de Leo.

Más besos, más contención, más asentimientos con la cabeza cuando alguien le decía que «había sido una gran persona» o algo parecido.

Y por fin...

–¿Qué harás con las cenizas?

Lo había decidido mucho tiempo atrás, desde el día en que el abogado Eduardo Torralba le comunicó los deseos de su madre de ser incinerada.

–Cuando murió Simón, ella se subió al Golden Gate y desde allí echó sus cenizas al agua.

–¿Vas a ir a San Francisco? –Juancho alzó las cejas.

–Después de los exámenes, sí.

–¿Por qué...?

–Porque mamá ha de estar con Simón –le miró con ternura–. Por eso, Juancho.

Y porque había algo más que todavía no le había dicho.

De San Francisco a San Diego.

Por fin.

–Podría pedir unos días... –comenzó a decir él.

–Esto he de hacerlo sola, cariño.

Juancho no dijo nada más. Pero notó la forma delicada aunque enérgica con que ella le apretó la mano, comunicándole todo su amor.

Fue suficiente.

Los asistentes iniciaron la retirada. Algunos habían tocado el ánfora, otros la habían besado y abrazado a ella. Los más le miraron a él, curiosos, aunque comprendiendo cuál era su papel allí. Cecilia dio un primer paso en dirección al banco en el que aguardaban el abuelo David y la abuela Natalia. Más que su nieta, de pronto se convertía en una cruce de madre e hija para ellos. La madre que los cuidaría y la prolongación de la hija que

acababan de perder.

Y fue en ese momento cuando tres siluetas se recortaron en la entrada. Un hombre, una mujer y... un joven.

Cecilia miró hacia ellas.

–¡Oh, Dios...! –gimió–. Ha salido. Lo ha conseguido...

Juancho siguió la dirección de sus ojos.

–¿Quiénes son? –preguntó.

Cecilia ya no pudo responderle. Le pasó el ánfora con los restos de su madre y echó a correr hacia la puerta para darle a Emilio el primer abrazo de su nuevo futuro.

Epílogo

Llevaba impresos en papel todos los correos electrónicos intercambiados en aquellas semanas.

Se los sabía de memoria.

Y aún así, los leía, y leía, y leía, como para aferrarse a ellos y saber que no era un sueño.

Aunque al acercarse el momento decisivo...

El taxi se detuvo en lo alto de la colina. Desde ella se veía la base naval de los Estados Unidos, el enjambre de barcos de guerra que parecían llenar el horizonte. Una visión nada poética del mundo, pero que confería a San Diego parte de su idiosincrasia y vitalidad. El conductor recibió su billete de cien dólares y, tras inspeccionarlo minuciosamente y considerar que era bueno, le entregó el cambio.

Cecilia se quedó en la calle, sola, con su bolsa de viaje a la espalda.

De cara al mar, hacia su izquierda, quedaba otro mundo cercano y lejano a la vez: la frontera con México, la ciudad de Tijuana.

Él le había dicho que la llevaría a visitarla.

Él.

Aún le costaba llamarlo «padre», porque no lo era ni nunca lo sería.

Su caso ya había salido en los periódicos. No lo pretendía, pero tal y como le dijo Emilio, había sentado un precedente. Era la primera persona en el mundo que encontraba al hombre que donó semen de forma anónima para una inseminación artificial. Las revistas médicas tanto como los mentideros de Internet hablaban de ello.

Cecilia miró la casa.

George Hauser tenía treinta y nueve años, dos hijos pequeños y una esposa. Era un hombre feliz, dedicado a un trabajo que le apasionaba. Y por la foto que le remitió, se parecía extraordinariamente a él. Al escribirle contándole la historia, con delicadeza, primero fue la sorpresa, después el escepticismo, pero finalmente la curiosidad se había

impuesto. Nunca sería «su» padre. Jamás sería «un padre». Pero existía un vínculo, y la naturaleza humana hizo el resto.

La invitación, a fin de cuentas, fue suya.

–Quiero conocerte, y mi esposa y mis hijos también. Les parece algo sorprendente pero estaremos encantados de tenerte aquí unos días.

Había ido ya a San Francisco.

La segunda parte de su viaje estaba allí, delante de sus ojos.

Su corazón se aceleró al dar el primer paso. La casa era muy estadounidense, una sola planta, con un jardincito envolviéndola, ni muy lujosa ni muy humilde. Normal. Era de madera y parecía recién pintada de blanco, con las ventanas azules y el techo oscuro. El garage estaba abierto y se veían dos coches en su interior.

Vaciló al detenerse frente a la puerta.

Pero ya no hizo falta que llamara.

Lo primero que vio de George Hauser fue su sonrisa.

CRÉDITOS Y AGRADECIMIENTOS

En noviembre de 2005, la revista científica *New Scientist* publicó la asombrosa historia del primer ser humano nacido mediante la inseminación artificial de su madre y con un donante anónimo de semen, que lograba descubrir quién era este. Ni qué decir tiene que el caso sentó uno de los precedentes más increíbles de la historia. El protagonista del mismo era un muchacho estadounidense de 15 años que, sin duda, se benefició de las posibilidades de Internet para lograr su propósito, abriendo el camino a otros nacidos por el mismo sistema, por lo menos en Estados Unidos, ya que en España no hay ninguna empresa dedicada a cruzar muestras de ADN ni se dan a las mujeres receptoras de semen informaciones tan concretas sobre los donantes, sólo la edad y el color de la piel o los ojos. Que utilizara una empresa dedicada a encontrar hombres con el mismo ADN mediante el cromosoma Y, que pasa de padres a hijos varones, para hacer árboles genealógicos, y después a unos detectives especializados en buscar personas es, en el fondo, tan simple, que en ello reside lo fascinante del tema.

Todos los datos relativos al caso y que aparecen en la novela son reales, desde las webs de familytreedna.com y omnitrace.com hasta el proceso seguido por el chico a través de ellas, los comentarios sobre las leyes americanas, inglesas o españolas y otras cifras. El hecho de que él permanezca en el anonimato por ser menor de edad me impulsó a inventar la historia de Cecilia como marco del suceso. Como colofón cabe decir que cuando el joven se puso en contacto con «su padre», este por supuesto se sorprendió, pero llegaron a conocerse y a ser amigos. Por lo tanto, hablamos también de una final feliz para el caso más revolucionario de la historia de la genética.

Mi gratitud a las personas y entidades citadas en la novela, como los responsables de familytreedna.com y omnitrace.com, pero muy especialmente a este héroe anónimo, que demostró que quien de verdad desea algo, puede conseguirlo, y más si se emplea sabiamente la tecnología de este nuevo siglo. A él le pido perdón también por haber inventado mi novela y mis personajes partiendo de su hábil investigación.

Barcelona, Madrid y Quito, noviembre de 2005

Vallirana, junio de 2006



El reino de las almas robadas

Risley, Alexandra

9788416096992

290 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Érase una vez un reino en el que todas las almas vivían eternamente. Y la eternidad era su castigo. La muerte está a punto de irrumpir en la existencia de la joven Raven Davis. Shadow, su enigmática compañera de habitación en el internado, aparece desangrada en el baño el día antes del baile. Todo indica que se ha suicidado. Un año después, Raven llega a Christchurch con la intención de pasar unas tranquilas vacaciones. Pero una mañana es atropellada por una camioneta y, tras experimentar una extraña sensación, comprende que ella también ha muerto. Mientras atraviesa el umbral que separa la vida de la muerte, Raven vuelve a ver a Shadow, alejada del camino luminoso por donde transitan otras almas. En vano, Raven trata de acercarse a ella, pero solo consigue perderse en un bosque oscuro nebuloso. Ahora está atrapada en un mundo que no es el suyo. Pronto descubre que se encuentra en un reino donde todas las almas han sido condenadas a vivir eternamente y a luchar entre ellas por el poder y la tierra. ¿Hay alguna posibilidad de escapar? Y no menos importante: ¿brillará, entre las tinieblas de la muerte, la luz del amor?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El suspiro del infierno (Los Elementos Oscuros 3)

Armentrout, Jennifer L.

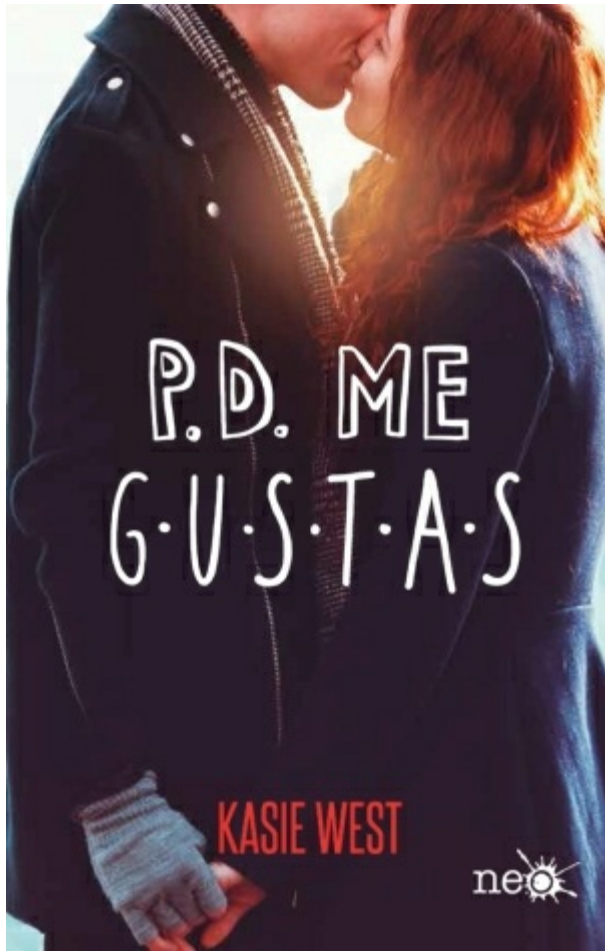
9788417114053

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ALGUNOS AMORES DURARÁN HASTA EL ÚLTIMO SUSPIRO Toda elección tiene sus consecuencias, y Layla tiene que hacer frente a elecciones especialmente complicadas. Luz u oscuridad. Roth, el diabólicamente sexy príncipe de los demonios, o Zayne, el atractivo Guardián que nunca creyó que podría ser suyo. Sin embargo, la elección más complicada que debe tomar Layla es en qué parte de sí misma debe confiar. Además, Layla tendrá que hacer frente a un nuevo problema. Un Lilin, el demonio más letal de todos, anda suelto, y está creando caos entre aquellos que la rodean..., incluyendo a su mejor amiga. Para salvar a Sam de un destino mucho mucho peor que la muerte, Layla tendrá que hacer un pacto con el enemigo para salvar de la destrucción la ciudad y a todos los seres humanos. Dividida entre dos mundos y dos chicos distintos, Layla ya no está segura de nada, ni siquiera de su supervivencia, especialmente cuando reaparezca un antiguo trato que los atormentará a todos. Pero a veces, cuando los secretos están por todos lados y la verdad parece indescifrable, tienes que escuchar a tu corazón, elegir un bando y darlo todo en la lucha.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



P.D. Me gustas

West, Kasie

9788417114770

235 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

FIRMADO, SELLADO, ENTREGADO Para distraerse en clase de Química, Lily escribe en la mesa un fragmento de la letra de una de sus canciones favoritas. Al día siguiente, descubre que alguien escribió la continuación de la letra de la canción, y que además le había dejado un mensaje. ¡Qué intriga! Pronto, Lily y su misterioso amigo por correspondencia empiezan a intercambiar cartas enteras en las que comparten secretos, se recomiendan grupos de música y se sinceran el uno con el otro. Lily empieza a enamorarse. Pero ¿quién es él? Mientras intenta resolver el misterio y hace todo lo posible por compaginar el instituto, las amistades, los flechazos y su alocada familia, descubre que a veces es imposible poner por escrito los asuntos del corazón. Kasie West vuelve a enamorarnos con una historia de amor irresistiblemente ingeniosa, cálida y llena de luz.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Obsidian (Saga LUX 1)

Armentrout, Jennifer L.

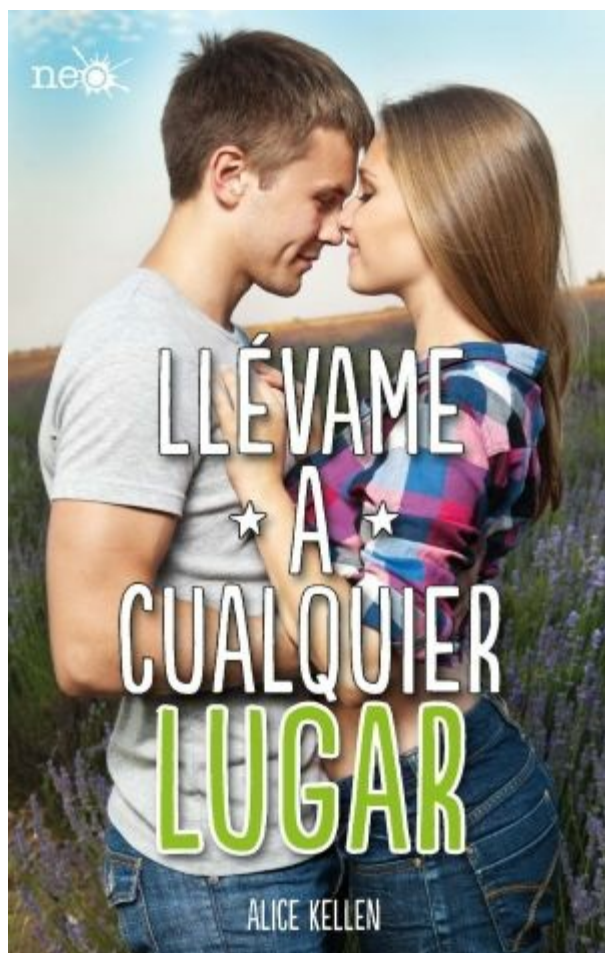
9788415750826

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental, justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino, Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes... y también insufrible, arrogante y malcriado. Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Llévame a cualquier lugar

Kellen, Alice

9788416096879

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Léane y Blake, ella francesa y él inglés, no son dos piezas de un puzle destinadas a encajar. En realidad, ni siquiera se soportan cuando el concurso de periodismo de la universidad los sitúa en el mismo punto de partida. Él valora sus sueños por encima de todo y no dejará que nada se interponga en su recorrido hacia la meta, ni siquiera el seductor acento de Léane. Ella necesita el dinero del premio y utilizará todos sus encantos para convertirse en ganadora. Ambos están dispuestos a todo, incluso a ignorar el magnetismo que poco a poco irá surgiendo entre sus artimañas y discusiones. Pero, cuando el calor de la atracción entre en su punto álgido, el frío de la realidad les demostrará que a veces los caminos más largos deben realizarse con alguien que te lleve de la mano

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Contenido	4
Primera parte: Huellas	6
1	7
2	11
3	14
4	18
5	21
6	25
7	31
8	35
9	39
Segunda parte: Manchas	42
10	43
11	46
12	51
13	55
14	58
15	63
16	68
17	71
18	75
19	80
20	84
21	88
22	91
Tercera parte: Huellas y manchas	93
23	94
24	97
25	101
26	105

27	109
28	112
29	115
30	118
31	120
32	123
Epílogo	125
Créditos y agradecimientos	127